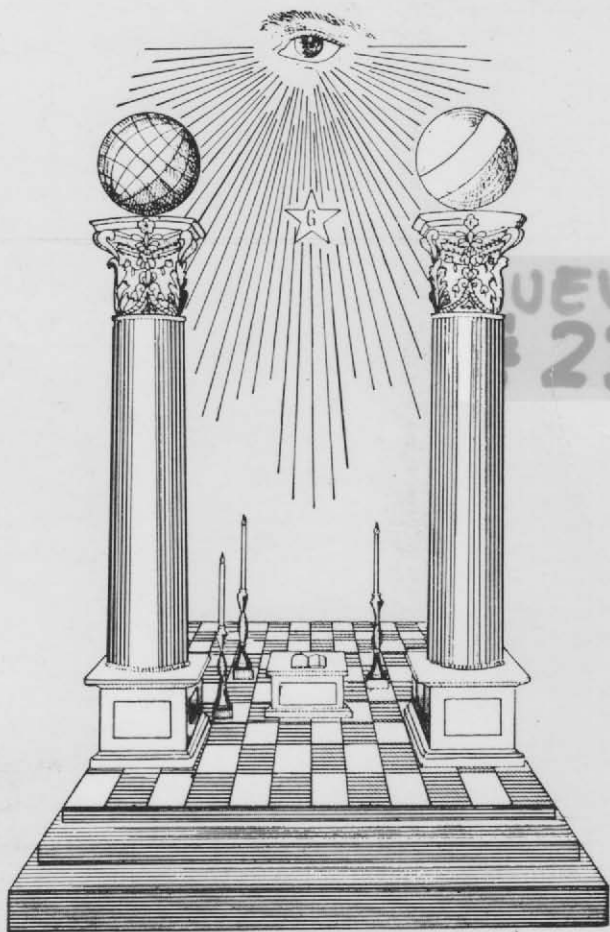


ALDO LAVAGNINI
(MAGISTER)

MANUAL DEL MAESTRO ELEGIDO



UEVO
230

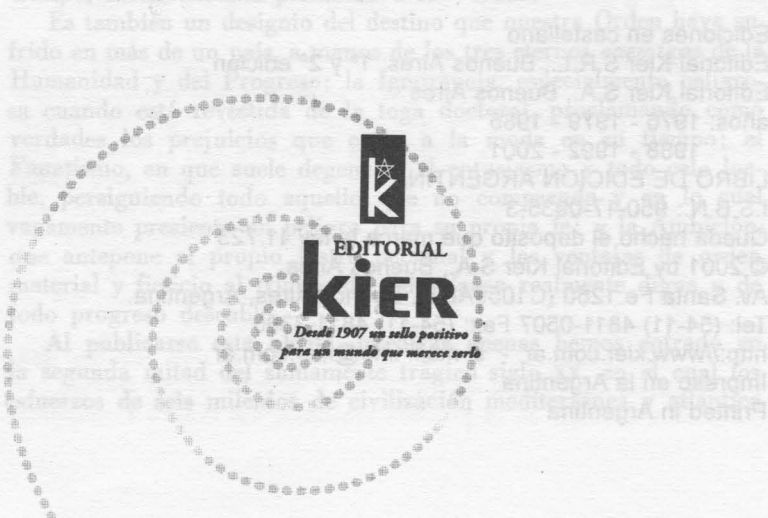
Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio -mecánico, electrónico u/o- y su distribución mediante cualquier sistema o sistema de difusión.

MANUAL DEL MAESTRO ELEGIDO

PRECEDIDO POR EL ANALISIS DE LOS GRADOS ESCOCESES

POR
ALDO LAVAGNINI
(MAGISTER)

OCTAVA EDICION



Se hallan reservados todos los derechos. Sin autorización escrita del editor, queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio -mecánico, electrónico y/u otro- y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Ediciones en castellano

Editorial Kier S.R.L., Buenos Aires; 1ª y 2ª edición

Editorial Kier S.A., Buenos Aires

años: 1976 - 1979 - 1985

1988 - 1992 - 2001

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N.: 950-17-0935-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2001 by Editorial Kier S.A., Buenos Aires

Av. Santa Fe 1260 (C1059ABT), Buenos Aires, Argentina.

Tel: (54-11) 4811-0507 Fax: (54-11) 4811-3395

<http://www.kier.com.ar> - E-mail: info@kier.com.ar

Impreso en la Argentina

Printed in Argentina

PREFACIO

Esta obra sale hoy a la luz quince años después de cuando estuvo por primera vez preparada para hacerlo, debido a la Revolución Española, en cuya última fase reaccionaria fueron destruidos los originales de este tomo y del siguiente Manual.

Diferentes actividades impidieron después al Autor volver a escribirlos; de manera que, por esta razón, la MASONERIA REVELADA se ha quedado largo tiempo trunca con el cuarto de los doce tomos en que fue originariamente concebida.

A pesar de todo, esta destrucción y la regeneración subsecuente no dejan de ser simbólicos del destino de todas las nuevas ideas, y en particular de las ideas espirituales e iniciáticas, que al ser dadas a luz son, como Hércules y como Jesús, amenazadas de muerte; y que más de una vez necesitan *volver a nacer*, antes de poder contar en definitiva con el triunfo que, con el tiempo, infaliblemente pertenece a la Verdad.

Es también un designio del destino que nuestra Orden haya sufrido en más de un país, a manos de los tres eternos *enemigos* de la Humanidad y del Progreso: la Ignorancia, especialmente peligrosa cuando está revestida de la toga doctoral, proclamando como verdades los prejuicios que están a la moda en su tiempo; el Fanatismo, en que suele degenerar el entusiasmo y todo celo loable, persiguiendo todo aquello que no comprende y en lo cual vagamente presiente un peligro para su propia fe; y la Ambición; que antepone el propio lustre personal y las ventajas de orden material y ficticio al triunfo de toda Causa realmente digna y de todo progreso deseable.

Al publicarse esta obrita, mientras apenas hemos entrado en la segunda mitad del sumamente trágico siglo XX, en el cual los esfuerzos de seis milenios de civilización mediterránea y atlántica

y las aspiraciones pacíficas y laboriosas de la gran masa de la Humanidad amenazan con ser anulados por las nuevas barbaries a las que incitan los credos materialistas —atropellando y pisoteando cínicamente los derechos fundamentales del hombre—, una vez más hacemos hincapié sobre la necesidad de que sean levantados firmemente y enaltecidos los puros Valores Ideales y Humanos.

La lucha hoy entablada en el mundo, y que se ha hecho aún más áspera a raíz del inútil holocausto de dos Grandes Guerras, no es, pues, tanto entre diferentes ideologías y *maneras de vivir* —en las que, más bien, se atrincheran opuestos intereses y equivalentes aspiraciones imperialistas— como entre el concepto material y el concepto espiritual e ideal de la vida: entre el amor a la Libertad y el pacifismo constructivo de la parte más sana de la Humanidad y las fuerzas e intereses que tratan de servirse del mismo como de instrumento para sus propias finalidades antagónicas.

En medio de tal lucha resulta muy oportuno el estudio de este grado masónico de Maestro Elegido, que simboliza al Caballero Iluminado de la Humanidad, quien, en lugar de perseguir las vanas ilusiones —creaciones y deformaciones de su propia fantasía desequilibrada—, apunta la mirada que discierne y el arma de la Verdad sobre los tres *enemigos reales* del Hombre, para descubrirlos y aniquilarlos en sí mismo, y en la autoridad que exteriormente puedan haber usurpado: “los enemigos del hombre”, y no *a los hombres*, como alguien, errónea y profanamente, pudiera creer.

Valga este estudio para rehabilitar *la esencia puramente iniciática* de un grado cuya forma ritual se presta, por cierto, a interpretaciones profanas de las que se han valido y pueden valerse nuestros adversarios para denigrar a la Orden (de la cual el Rito es parte y complemento). Aunque sería suficiente para callar dichas acusaciones el hecho de que no se puede citar un solo caso de crimen político o social que haya sido efectivamente incitado por un grado masónico, no está de más la apología de su simbolismo que en este Manual hemos intentado, junto con su necesaria explicación.

Por otra parte, aprobamos el desuso en el cual los dos grados escoceses de *Elegido de los Nueve* y *Elegido de los Quince* han caído naturalmente en la práctica masónica del Nuevo Continente.

El interés puramente simbólico de un grado no puede ser una razón intrínsecamente suficiente para que se trabaje en aquél, sino que el grado necesita servir de base para una labor efectiva, a la cual su simbolismo se presta de una manera particularmente conveniente.

De todos modos, el estudio de este grado no deja de tener utilidad, dado que en el mismo precisamente se completa la Leyenda de Hiram en sus postreros desarrollos. Y si mañana, en un futuro próximo o lejano, los grados de *Elegido* fueran suprimidos tanto de hecho como de derecho, su simbolismo debería reintegrarse en la Leyenda del Tercer Grado, a la cual por su naturaleza pertenece.

AL MAESTRO ELEGIDO

Vuestro ardor y vuestro celo os hacen digno de este título: no es, pues, de otra manera que puede el Masón merecer esa calificación, que no se halla entendida para halagar su vanidad, sino que tan sólo denota su propia dedicación a los Ideales Sublimes de la Orden y la *llama* de entusiasmo para su realización que éstos han encendido en su propio corazón.

Es justamente el *secreto fervor* del corazón que se ha exaltado, a semejanza del de Hiram, en su búsqueda de la Verdad, aquel que puede conducirnos a descubrir, identificar y vencer dentro de nosotros mismos a los tres grandes enemigos de la humanidad, que son también los obstáculos que cada uno de nosotros ha de enfrentar y superar en su Camino Evolutivo.

Reconocer a estos tres *malos compañeros*, sobreponernos a su dominio en nosotros y perseguirlos hasta que completamente desaparezcan del horizonte de nuestra vida renovada, es la noble y ennoblecedora tarea que incumbe a los *elegidos* de todos los tiempos, para que los *planes perfectos* del G. . A. ., y no las ambiciones vanas e ilusorias de los hombres, sean los que se realizan, haciendo posibles y seguros la Paz, el Progreso y la Prosperidad para todos los hombres.

Este grado tiene, por consiguiente, una razón de ser profundamente humana: es emblemático de la propia humanidad y de la lucha que constantemente necesita hacer *consigo misma* para superarse y librarse de todas las ataduras y de todas las tiranías. Es el grado que muestra la necesidad del triunfo de los *principios*, y de las razones ideales sobre toda consideración y esclavitud material — aquel grado en que especialmente aprendemos la necesidad de que el amor a la Verdad y a la Libertad, que sólo pueden

alcanzarse luchando por ellos, sea el que guía nuestros pasos y alienta nuestros anhelos.

Y, dado que la vida realmente vivida sólo puede ser constante victoria y superación, el lema *Vincere aut mori* se le impone al Elegido: la Victoria de los ideales y principios que perseguimos es más importante que nuestra existencia, y poco importa si en ese noble esfuerzo la vida entera ha de ser sacrificada. Por otro lado, en donde no haya esfuerzo, victoria y superación, la Muerte ya de antemano ha extendido su dominio: todo lo que se conforma con las necesidades evolutivas y no sirve para mejor expresarlas, tiene forzosamente que desaparecer.

Vincere ac mortem es la extensión y el corolario del lema anterior en su correcta interpretación: la muerte necesita vencerse en cuanto se la encuentra en la vida diaria, en la que se instala y se apega escondiéndose en la apariencia de la vida que, al renunciar a su razón de ser espiritual e ideal, ha abdicado prácticamente sus mayores posibilidades. Y la muerte misma no puede vencer a quien pone toda su confianza en la vida: a quien tiene ante sí una obra o labor que cumplir, a quien ha vencido en sí mismo el temor que acompaña la *ignorancia* de la Inmortal Realidad de nuestro ser.

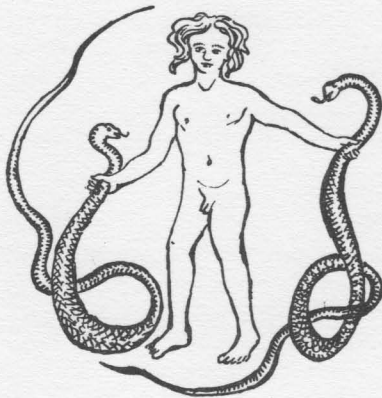
Es, de antemano, evidente que este doble lema también necesita aplicarse a nuestra Institución: ¿no es en ella, pues, *vida real* la que se agota en un vacío formulismo que por igual da cabida, abrigo y apoyo, al error como a la Verdad, y la que se pierde en los pormenores administrativos? Y en la época catastrófica en que vivimos, nuestra Orden Augusta sólo puede esperar sobrevivir levantando y exaltando su propia *vida hirámica* por encima de los tres enemigos de todo progreso que constantemente atentan a ella.

La corona de *olivo y laurel*, que conocisteis como Maestro Secreto, era un emblema profético, dado que sólo puede coronar vuestros esfuerzos como real *elegido*: no pueden, pues, coincidir la Victoria y la Paz sino en cuanto afirmen el amor a la Verdad y la Verdad del Amor.

Vuestro programa como Elegido es, por consiguiente, un programa ideal de *vida*: un programa de Vida ideal. La Estrella de la Mañana y del Atardecer —la luz de un ideal renovador que brilla sobre el umbral de la conciencia— es la que ha de guiar

vuestros pasos en la semiobscuridad crepuscular cuando ya se ha puesto, o todavía no sube a su trono de gloria, la plenitud vivificante del astro luminoso del día. En este dominio "dividido" entre la conciencia y la subconsciencia, precisamente pueden mejor sorprenderse los enemigos simbólicos que en ésta se ocultan.

Vuestra mirada tiene que *adherirse* con firmeza al Ideal más noble y digno que resplandece en vuestro fuero íntimo, y que tiene el poder de exaltar y vivificar vuestra propia existencia: aquel Ideal que para vos es justamente *el camino, la verdad y la vida*. Esa luz guiará con seguridad todos vuestros pasos sobre la estrecha senda que conduce a la *plenitud* meridiana del día y de la luz, de la vida y de la realización. Pues, así como la estrella matutina anuncia el Sol que ha de seguirla en su carro fulgurante, así todo ideal es el anuncio profético de un Nuevo Día: de una nueva etapa de progreso y realización.



PARTE PRIMERA

EL GRADO DE ELEGIDO

EN SU CORRELACION CON LOS GRADOS ESCOCESSES QUE LO PRECEDEN E INTEGRAN

En los *Manuales* anteriores hemos tratado de demostrar —y nos parece haberlo hecho con suficiente claridad— cómo toda la Filosofía Masónica descansa en la que puede llamarse *matesis iniciática*: la matemática espiritual, o sea la ciencia que considera los números y las formas como esencias arquetípicas o realidades primarias, que en cada grado encuentran una diferente aplicación y cristalización.

También hemos visto en el precedente Manual del Maestro Secreto que, mientras de acuerdo con la Leyenda de Hiram no debería haber más que nueve *grados iniciáticos* (que siguen a los tres simbólicos), se fueron éstos de tal manera multiplicando —durante la época de su característico florecimiento, hace aproximadamente dos siglos— que el hermoso diseño numérico y simbólico, que preside a cada uno de ellos y a su conjunto, ha quedado algo obscurecido y confuso en la presentación que de ellos hacen los Ritos actualmente *aceptados*.

Sin embargo, el buen estilo ha acabado por prevalecer, de manera que los grados en que efectivamente *se trabaja* (y que realmente se confieren) han quedado reducidos a un mínimo prácticamente satisfactorio. Puede decirse que ha habido una evolución en sentido contrario a la anterior, semejante a la cristalización que suele acompañar el enfriamiento del metal fundido, con lo cual se hará inevitable, cuanto antes, proceder a las reforma

que la Lógica y la Racionalidad aconsejan y que la Sabiduría ilumina y reclama.

Dejando, por ahora, a un lado este último punto — que tan sólo anotamos entre paréntesis—, la Ley de correspondencia obra de una manera tan perfecta, que aun estos grados intermedios (super-numerarios y teóricos) le obedecen, en parte, respondiendo simpáticamente a las características de su número ordinativo.

Este punto de vista ecléctico tiene especial aplicación a los primeros *nueve* grados escoceses (comprendidos entre el grado 4º y el 12º), que consideramos aquí representando *los Nueve Maestros* en búsqueda de la Tradición Iniciática *perdida*, personificada masónicamente en Hiram, Maestro de Maestros.

EL PRIMER NOVENARIO

Aunque estamos lejos de retener completa y satisfactoriamente esta correspondencia, podemos considerarla como una ficción hasta cierto punto aceptable.

Es indudable que estos nueve grados forman el *ciclo completo* en el cual se concluyen los desarrollos ulteriores de la Leyenda Hirámica; de manera que muy bien podemos apartarlos —para los fines del presente Manual— de los demás grados del Rito que, igualmente bien, hubiera podido limitarse a ellos.

Tenemos, pues, en estos grados, la síntesis y el germen de lo que en otra forma se desarrolla en los subsecuentes, aprovechando otros y distintos aspectos de la misma Tradición Iniciática: lo que éstos hubieran podido ser permaneciendo dentro del sencillo marco simbólico que se delinea en la Logia Azul, formando un todo *unitario* y *coherente*.

Pero, dado que ya hemos hecho un estudio bastante amplio del primero de estos grados (Maestro Secreto), y que el último de ellos (Gran Maestro Arquitecto) nos parece más oportuno examinarlo en el Manual subsecuente, sólo nos queda por estudiar el septenario de los grados escoceses comprendidos entre el 5º y el 11º. Es decir:

Maestro Perfecto,
Secretario Intimo,
Preboste y Juez,

*Intendente de Edificios,
Maestro Elegido de los Nueve,
Ilustre Elegido de los Quince y
Sublime Caballero Elegido.*

MAESTRO PERFECTO

Aunque los puntos fundamentales de este grado pertenezcan a la simbología del anterior —siendo en el sobresaliente el número *cuatro*, tanto en la batería como en el número de las columnas y luces que lo adornan, y en el conocimiento que se ostenta de la *cuadratura del círculo*—, la intención de dar un paso adelante resalta de su nombre.

Otra vez nos aparece la Tumba de Hiram, y por un curioso anacronismo se procede a su entierro (¿o levantamiento?), con la ayuda de un cordón *ad hoc* —evidentemente simbólico del de la Sabiduría o Tradición Iniciática. Lo cual no impide que se tome este grado como pretexto para disertar sobre la necesidad de emplear útil y dignamente la existencia, para que los que nos sobreviven y la posteridad nos tributen los honores que merecemos, a semejanza de los que se rindieron al *Maestro Perfecto* por excelencia, el inmortal Hiram Abí.

El número *cinco* se nos presenta en la hora a la cual se cierran los trabajos: que es justamente cuando aparece la *estrella* que guiará los pasos de los *elegidos*. Y, efectivamente, se nos dice que este grado conmemora la decisión tomada por el Rey Salomón de vengar a toda costa la memoria del Ilustre Desaparecido, persiguiendo, localizando y aprehendiendo a los culpables de crímenes tan horrendo.

Por esta razón Salomón, simbolizando la Sabiduría, ha dejado la presidencia a Adonhiram, *hijo* de su siervo Abda; y sólo después de los trabajos del entierro y sepultura del *espíritu vivificante*, hace su aparición, rodeado de toda su corte. Y, encontrándolo todo apropiado y bien ordenado, hace el signo de admiración (!), justamente símbolo del Espíritu constantemente sepultado en su propia manifestación.

Tratándose de una muerte puramente simbólica no debe extrañarnos que la cámara, más bien que de negro sea tapizada del color verde de la *esperanza* y de la *vida*; y tampoco que en este

grado dé, por primera vez, la *palabra perfecta*, evidente atributo de su perfección nominal, aunque sea para perderla nuevamente en los grados subsiguientes. En éstos, pues, se pierde de vista esa perfección, al ir en pos de la sombra simbólica de los asesinos; es decir, de las ilusiones y desilusiones que se hallan sobre el Camino de la Verdad.

Todo lo cual indica que se trata de un grado ficticio, con elementos tomados a préstamo del grado anterior —al que necesitan reintegrarse—, aunque su nombre y su palabra se refieran a un grado más adelantado.

Pero el número 5 de su orden en el Rito armoniza por demás suficientemente con la *perfección humana*, que en este grado se ha querido simbolizar personificada por Hiram, el *mortal inmortal*: Maestro Sabio y Artista Exquisito, igualmente excelente por su Inteligencia, Rectitud y Bondad, cuya memoria ha de servirnos de estímulo y de ejemplo para hacer de nuestra vida la oportunidad de una actividad útil y benéfica, así como de progreso intelectual y espiritual.

SECRETARIO INTIMO

Conmemora este grado la alianza que, según se nos dice, fue pactada entre Salomón e Hiram II, en virtud de la cual el Rey de Jerusalén, estando un poco corto de moneda, se había ofrecido a corresponder a la ayuda de éste —tanto en hombres, especialmente obreros expertos, como en materiales para la construcción del Templo— con la cesión de veinte poblaciones en Galilea. Pero, habiendo el Rey de Tiro visitado esa región, dándose cuenta de la esterilidad del territorio y del estado sumamente inculto tanto de la tierra como de sus habitantes, por lo cual su administración le hubiera sido onerosa, creyó que Salomón había querido engañarlo.

Por consiguiente, indignado, se apresuró a visitar a este último; y, una vez llegado a su palacio, pasó precipitadamente por en medio de las guardias y, sin hacerse anunciar, se dirigió directamente al aposento en el cual acostumbraban encontrarse los dos reyes.

Los guardias lo siguieron; pero, dándose cuenta de la acogida amistosa que hizo Salomón a su aliado y consejero, se retiraron discretamente. Sin embargo, Johaben, favorito de Salomón y uno

de los *nueve maestros*, habiendo notado la actitud sumamente airada del Rey Hiram y temiendo por la vida de su soberano, en lugar de retirarse con las guardias (a las que se había unido), creyó más prudente quedarse, ocultándose en la sala, y estando así listo para defender, si fuera necesario, a su rey y protector.

Empero, Hiram, mientras discutía con Salomón, se dio cuenta de su presencia; y, doblemente enojado, sospechando que se le espiaba, se quejó vivamente de ello. Habiendo desenvainado la espada, amenazó con hacer justicia sumaria al intruso. Por lo cual Salomón se interpuso, encareciéndole para que se moderara y no hiciera un acto tan irreflexivo sin antes interrogar al culpable.

Así lo hicieron en el acto los dos reyes; y vino a luz haber Johaben cometido esa indiscreción por haberse alarmado al ver la cara y los modales sumamente enojados del Rey Hiram, y temiendo que éste tuviera el propósito de matar a su soberano. De esta manera pudo éste defenderle, aunque reprochándole ese acto indebido e indecoroso, por tratarse realmente de un exceso de celo y fidelidad.

El episodio se concluye con nombrar a Johaben *secretario íntimo*, testigo y custodio del nuevo pacto de solidaridad y alianza perpetua concluido entre los dos soberanos, al cual se refieren las palabras de reconocimiento que se dan con los toques.

Este grado de *Maestro por curiosidad* hace naturalmente hincapié sobre las virtudes masónicas de la Fidelidad y de la Discreción, así como las de desinterés y benevolencia, y el deber que tiene el Masón, en todos los casos, de actuar de una manera *constructiva*, para preservar la paz y la armonía. Hace ver, además, que la Masonería siempre ha de actuar como *pacificadora* en todas las rivalidades y dificultades que surjan entre los pueblos, haciendo todo lo posible para:

- 1) *evitar las guerras;*
- 2) *reducir sus víctimas;*
- 3) *suavizar sus barbaries.*

También se suele tomar a pretexto el argumento que tuvieron los dos reyes para proponer o discutir en este grado las causas de las miserias del pueblo y los problemas de la tierra y del trabajo, buscando sus remedios en una mejor administración de la justicia y en leyes más equitativas. Lo cual está en armonía con

el significado del número 6, expresado por los dos triángulos entrelazados.

Lo que más interesa a nuestro punto de vista simbólico es el nuevo ternario que forman los dos Reyes con Johaben, en sustitución de Hiram el Arquitecto, representando el principio de la Paz y de la Armonía que, con grave riesgo personal, se esfuerza en apaciguar la contienda entre la Fuerza y la Sabiduría, o sea entre el Poder y la Autoridad, que constituyen las dos columnas de toda organización social: el primero tiene que aplicar las *leyes*, mientras la segunda las establece y *determina* su validez.

Aunque la joya de este grado presente tres triángulos acoplados, el número 6 hallaría mejor su expresión en los dos triángulos; formando el Sello de Salomón, que constituye el mejor emblema de la *estrecha y fiel alianza y cooperación* entre la Sabiduría y la Fuerza —entre la Autoridad Legislativa y el Poder Ejecutivo—, base de todo progreso constructivo. Además de representar cósmicamente los dos Principios que presiden a la Manifestación y Evolución de la Naturaleza, de la Vida y del Ser.

Como *tercer maestro* en la búsqueda de Hiram y de sus asesinos, Johaben representa al que descubre el túmulo y que, con la ayuda de los demás, localiza su cadáver y planta en la tierra, para reconocer el sitio, la rama simbólica. Este espíritu *inquisitivo* en la búsqueda de la oculta Verdad lo hace, por consiguiente, digno de la especial confianza que le otorgan los dos reyes representados en la leyenda.

La edad que se le señala es justamente el número triangular de 6, o sea *tres veces siete*, aunque su batería quede la misma que la del grado de Maestro. Precisamente, la *triple perfección*, manifestada en el dominio de la Dualidad, es la característica que mejor corresponde al sexto grado iniciático. En cuanto a la Palabra, es una pura y sencilla reducción de la del grado anterior, y por lo tanto no necesita especial mención.

PREBOSTE Y JUEZ

Este *séptimo grado* debería, en homenaje a su base aritmósófica, constituir una culminación, por cuanto relativa. Y efectivamente representa una dignidad, aunque permanezca puramente

nominal, aun en los raros casos en que se elige trabajar en este grado.

Nos dice la leyenda de su catecismo que, después de la muerte de Hiram, *siete prebostes y jueces* justamente fueron establecidos por el Rey Salomón para que administraran *perfecta justicia* entre los obreros y trabajadores del Templo, tanto fenicios como hebreos, nombrándose a Tito como su jefe, siendo esta última palabra un equivalente de *venerable*.

Función del grado es únicamente la educación de sus poseedores en la idea de Justicia, y por ende de una Ley que todo lo rige y gobierna, a la cual necesitamos conformar nuestras acciones; y también nuestros pensamientos, propósitos y palabras. Por esta razón los trabajos no se abren a hora fija, sino *a todas horas*, indicando la necesidad de estar pendientes en todo momento, acudiendo a todos los llamados; así como siempre obra la Ley, simbolizada por la divinidad védica Visvakarman.

Además de los emblemas familiarmente asociados con la Justicia —como la *balanza*, la *espada* en bíblico y la *mano de justicia*— hallamos entre los símbolos del grado una caja de ébano, para guardar las actas y las quejas, y la *llave de oro* destinada para abrirla. Estas dos últimas, así como la idea general de la Ley, nos transportan otra vez al Grado Cuarto, con su llave de marfil o de plata, para abrir el Arca que contiene las dos *tablas de la Ley*, y, por consiguiente, también la revelación de los demás arcanos de la Naturaleza.

El progreso en el material constitutivo de la Llave puede interpretarse como progreso en cualidad discriminativa y conocimiento de la Naturaleza y de sus Leyes y Misterios. Toda *llave* es, pues, un medio para penetrar en algún misterio y revelar lo oculto, y el Aureo Metal representa la excelencia y la cualidad incorruptible de una tal penetración y revelación.

Por lo demás, el color negro del cofre es, al igual que su cerradura, emblemático de sigilo y misterio, por lo que se refiere a su contenido, que muy bien pudieran ser los *planes* del G. A. O. sean los designios *impenetrables* del Supremo Geómetra para nuestras vidas, que se nos van revelando por medio de nuestra reflexión y comprensión, *según nos sea menester conocerlos*.

Tan sólo este místico contenido era capaz de llenar de admira-

ción y asombro a Johaben, pronunciando la palabra hebrea que significa "me hincó", a la cual contesta Salomón levantándole y pronunciando la palabra que denota su imperativo.

De paso, indicamos que este grado de Arquitectura Social lleva también el nombre de *Maestro Irlandés*, así como el anterior tiene la otra denominación de *Maestro Inglés*, sucediendo al *Maestro Escocés* (o Secreto), para acabar, en fin, con el *Maestro de Israel*. Esta nomenclatura un poco despectiva, dando la preeminencia a la nacionalidad irlandesa sobre la inglesa y la escocesa, es un evidente vestigio de las luchas políticas entre los insulares, especialmente desterrados, de la época en que se originaron. Y, en parte, nos explica la razón por la cual precisamente en Inglaterra es donde el Rito Escocés es menos *antiguo y aceptado*.

INTENDENTE DE EDIFICIOS

El octavo grado del Rito Escocés se conoce con los dos nombres bastante diferentes de *Intendente de Edificios* y *Maestro de Israel*, cuya relación no se aclara mucho estudiando el simbolismo que se le ha asignado.

En la búsqueda constante de alguien que pueda dignamente tomar el lugar del Gran Arquitecto desaparecido, se prosigue en este grado el estudio de la Arquitectura Social, en su aspecto económico, tomándose en consideración los dos términos del conflicto dialéctico marxista: *capital y trabajo*.

Sobre estas dos bases de la sociedad moderna, en cuya oposición aparente un punto de vista exclusivamente materialista ha fundado la teoría y la práctica de la *lucha de clase* como factor de desintegración social —hasta anular los beneficios de todo progreso técnico—, se busca el *orden* que se deriva de la aplicación de la perfecta *justicia*, y de la práctica complementaria de la *fraternidad*: o sea el principio de *cooperación* substituido al de lucha y oposición, para que de ella resulte la *salud* del organismo social y sea constantemente favorecido el *progreso* humano.

Algo anacrónicamente con las ideas y problemas modernos de los cuales esta Cámara se ocupa (o debería ocuparse, por tratarse de un grado teórico), lo presiden como *lucos* Salomón, Tito y Adonhiram. Evidentemente, es con el objeto de enlazar este grado con los dos anteriores. En cuanto al segundo nombre del grado,

probablemente se debe a la necesidad que en el mismo se descubre de dedicarse activamente a la *educación del pueblo*, siendo su iluminación más aclarada, con relación al carácter inseparable de los deberes y derechos, el único remedio válido para los males que hoy afligen a la sociedad.

Como *quinto* entre los grados superiores a los tres simbólicos, hallamos justamente evidenciado el número 5 en su marcha y batería, y en los *cinco puntos de fidelidad* o virtudes morales, sobre las que se hace hincapié: Inteligencia, Rectitud, Valor, Prudencia y Filantropía. En cuanto a la edad, es un desarrollo en potencia de la del grado de Maestro, con evidente referencia a la *pedra cúbica* que descansa sobre la Regla o *medida* del Aprendiz.

Con la misma simbología aritmética se relaciona el número de las luces, repartidas en grupos de 15, 7 y 5; más otras cinco en el centro, sobre el ara, en correspondencia con los puntos cardinales. El número 15 recuerda el número de *maestros* que presenciaron la descubierta del cuerpo de Hiram; el número 7, su propia cualidad de Maestros, y el 5, los *puntos de perfección* que los hacen reconocerse.

En cuanto al número 8, que lleva el grado (complemento de 7 para 15), podemos ponerlo en relación con los ocho instrumentos más indispensables en la Arquitectura:

la *regla*, cuya rectitud demuestra el grado en que uno se identifica con su propio sentido moral;

el *mazo*, que expresa la firme determinación de dominio sobre nuestros instintos;

la *palanca*, por cuyo medio podemos llevar las cargas más pesadas de la existencia;

la *escuadra*, o recto criterio que nos sirve de norma en los juicios;

el *compás*, con el cual relacionamos todo efecto con su centro causativo;

la *cuchara*, que distribuye sobre todas las inequalidades el cemento de la comprensión y de la ayuda fraternal;

el *nivel*, con cuya ayuda nos establecemos en una actitud correcta y adecuada con nuestros semejantes;

la *plomada*, que constantemente nos indica la dirección natural

de todo progreso, y cómo estar en armonía con los ideales que nos hemos propuesto.

El candidato es (o debería ser) recibido descalzo, en alusión a la mística experiencia de Moisés delante del zarzal ardiente. Un velo rojo (que significa el fanatismo del que debe librarse) cubre su cabeza, y una rama de acacia hállase en su mano derecha. Esta última, evidentemente, patentiza la cualidad de Maestro, que en este grado tiene que recibir una nueva confirmación, y que le permite superar las nuevas pruebas a las cuales se le somete.

Los mismos colores *rojo y verde* del velo y de la rama simbólica se repiten en la banda y mandil del grado. Estos colores complementarios de la *vida* animal y vegetal parecen querer relacionar el *cuarto* grado iniciático con el *quinto*, que es aquel al que está dedicado este volumen.

El *triple yod* en el triángulo, refigurado en la joya, es una alusión geométrica a la *palabra* —que, sin embargo, en este grado todavía no se descubre— y a dos de sus simbólicos substitutos que se dan, respectivamente, en la palabra de pase y en la sagrada.

En conclusión, este grado es significativo de la actuación masonónica en la Sociedad, por medio del estudio de los problemas económicos y sociales, buscando la *solución unitiva* que basa el progreso sobre el equilibrio y la aplicación de la Justicia en un espíritu básico de *fraternidad*.

Y en la misma virtud del equilibrio y del *contento*, con el estado económico en que uno se encuentre, hace hincapié Albert Pike, al referirse a la enseñanza moral del grado que acabamos brevemente de bosquejar. Lo cual es el contrario de las ideologías agresivas, que buscan en el descontento el punto de apoyo que necesitan para levantarse e imponer su imperio ilusorio.

ELEGIDO DE LOS NUEVE

Los cuatro grados que acabamos de ver son, prácticamente, desarrollos y formas substancialmente equivalentes o complementarias a las del grado *cuarto*. Todos, pues, tienen como argumento básico la sepultura de Hiram, y como llenar el vacío que deja su desaparición.

Su consideración hubiera muy bien podido caber en el *Manual* anterior, pero no lo hicimos tanto por la abundancia de mate-

rial histórico y simbólico como por la legítima suposición de que sus pormenores habían de ser ignorados por quien únicamente poseyera el grado cuarto.

Con el *noveno* grado escocés abordamos el tema propio de este Manual, que encuentra su desarrollo ulterior en los dos grados subsecuentes, cuyo argumento común es la *venganza simbólica* —más propiamente debería decirse *vindicación*— de Hiram, por medio del descubrimiento y de la muerte de sus asesinos.

El número *nueve* —símbolo del descubrimiento de lo que está oculto y de la revelación de todo misterio, así como de la *plenitud* del Magisterio, de la Tradición Iniciática y del mismo Hiram— hállase bastante en armonía con el tema del grado, y justamente lo hallamos subrayado en el de los *maestros elegidos*, a los cuales se refiere la Leyenda, así como en la marcha y en la batería.

Por otro lado, el número *cinco*, representando el término medio dentro del novenario (es decir, su *centro*) es tal vez más significativo para este grado, desde el punto de vista de la simbología iniciática; pues justamente con este número se llega al término de la *humanidad*, representando la etapa en la cual hemos de enfrentarnos con los *enemigos* de nuestra Vida Elevada, descubrirlos en nosotros y vencerlos en el camino de nuestro progreso hacia la Perfección, simbolizada por el número Nueve.

Cuenta la Leyenda que, estando Salomón presidiendo con Hiram, Rey de Tiro, la asamblea de los Maestros, este último aprovecha la ocasión para lamentar en términos muy vivaces (pues, como sabemos, simboliza la *fuera*) que todavía haya quedado impune el cruel asesinato perpetrado sobre Hiram el Arquitecto, y considera llegada la hora de obrar con la energía necesaria para localizar a los culpables de tamaña fechoría, prenderlos y ajusticiarlos.

Aguardaba justamente el Rey de Jerusalén escuchar la opinión de la asamblea consultada con este fin, cuando se oye muy cerca de la sala un gran estruendo: un desconocido, que ha llegado clandestinamente a la puerta del Consejo, quiere a toda costa penetrar en éste para hablar con el Rey, mientras los guardias, acatando las órdenes recibidas, tratan de impedirselo.

Salomón, indignado por esta potencial violación del secreto del Capítulo, quería que se le sacrificara al instante; pero intercede

por él su amigo y aliado el Rey de Tiro, quien pide se le introduzca para interrogarle, con las manos atadas y los ojos vendados. Salomón aprueba y acepta el sabio consejo, y estando todos los demás igualmente conformes, así se hace.

Interrogado el intruso, revela que cree haber descubierto el lugar en donde se ha ocultado uno de los asesinos que se están buscando; y se ofrece para servir de guía a los que el Rey quiera nombrar para aprehenderlo. Habiendo sido conducido nuevamente afuera el desconocido (con manifiesta analogía a la manera en que suelen recibirse los candidatos en las Logias), la asamblea delibera sobre la forma más conveniente de obrar, decidiéndose extraer a suerte los nombres de *nueve maestros* que tienen que encargarse de la peligrosa misión.

Así lo hacen, y resultan elegidos nueve de los presentes, entre los cuales Johaben, Stolkin y Zerbal, quienes a la mañana siguiente se ponen en camino con el desconocido, en dirección de Jopá; y finalmente dan con la gruta en la cual se encuentra el presunto culpable, providencialmente sumido en sueño, con un puñal no menos providencialmente colocado a sus pies.

Johaben, que entra primero, al pensar que ese individuo muy bien puede ser el malvado al que debe la muerte su Venerado Maestro, no sabe contener la emoción que lo posee. Y cogiendo con la mano el puñal, se apresura a clavarlo en el corazón del durmiente; después de lo cual le corta la cabeza para llevarla y presentarla al Rey.

A pesar de que muchos al ver la cabeza atestigüen ser realmente la de uno de los tres *malvados compañeros*, cómplices del simbólico asesinado, el Rey Salomón se muestra muy indignado por esa acción impulsiva de Johaben, habiéndose arrogado la facultad de justiciero, que a él únicamente le competía por derecho. Aunque en principio quería que se ajusticiara al mismo Johaben, por haberse así excedido en la misión encomendada, sus compañeros interceden por él y le hacen ver que el haberse así excedido en su celo se debió a su gran amor por el Maestro Desaparecido, del que quiso así vengar la memoria.

Salomón, sin embargo (o quien lo representa), no deja de reprocharle, sentando el principio de que *en ningún caso es permitida la venganza*. Después de lo cual acepta el hecho consumado

y premia a los Nueve Maestros (incluido Johaben) nombrándolos *Maestros Elegidos*. Y en cuanto a la cabeza del culpable, ordena sea expuesta a la vista de todos, para que sus súbditos se den así cuenta del castigo que, tarde o temprano, espera a todo criminal.

ELEGIDO DE LOS QUINCE

El décimo grado escocés es el *séptimo* que sigue a los simbólicos: debería, por lo tanto, constituir una especie de culminación simbólica. Y, efectivamente, se termina en este grado la leyenda hirámica, por medio de la aprehensión y castigo algo cruel —según se acostumbraba en la época— de los otros dos *malos compañeros*, cómplices del asesinato de Hiram.

Para cuyo fin otros *seis* maestros (número que corresponde, según lo hemos visto, al grado de compañero) se han agregado a los *nueve* del grado anterior, trabajando según parece en grupos de tres, para buscar a los culpables en las canteras del vecino país de Gath o Gheth, situado al occidente de Jerusalén y un poco al sur, cerca de la costa.

Cuenta la leyenda de este grado que, seis meses después de haber sido muerto Akirop, el primero de los tres compañeros asesinos, por mano del maestro Johaben, el intendente de Salomón en el país que fue originario de Goliath, llamado Bengaber (hijo del valor, o sea *valiente*), habiendo hecho menudas pesquisas por encargo de su rey, pudo enterarse de que dos individuos sospechosos, cuyas señas respondían a las de los que se buscaban, iban por las canteras en busca de trabajo.

Cuando Salomón recibió esta noticia de su dependiente y representante, le encargó fuera inmediatamente en busca de los delinquentes, acompañado por los nueve maestros y por los otros cinco adjuntos. Y, para poderlos aprehender, escribió una carta al Rey de Gath pidiéndole el correspondiente permiso.

Salieron los quince de Jerusalén a mediados del mes de Tammúz (que corresponde con el solsticio de verano) y se presentaron inmediatamente al Rey de Gath, Maschab, quien, habiendo leído el mensaje de Salomón, les concedió el permiso de buscar a los culpables, haciéndolos además acompañar por sus guardias.

Después de *cinco* días de búsquedas sin resultado, en el 13º día del que salieron de Jerusalén, el grupo compuesto por Ben-

gaber, Stolkin y Zerbal dio finalmente con ellos, en la cantera de Bendegar (que significa *hijo del apuñalado*); y con la ayuda de los guardias que los acompañaban, los aprehendieron, a pesar de la resistencia que no dejaron de ofrecer. Y los encadenaron con cadenas cuyos anillos estaban formados en regla, escuadra y mallete (para recordarles su crimen), y así los condujeron hasta Jerusalén a la presencia de Salomón.

Este, después que le hubieron confesado su crimen, ordenó fueran encerrados en la torre de Achizar hasta el día de su ejecución, que se verificó en forma ejemplar, atándolos por las cuatro extremidades a dos palos cruzados en X, y abriéndoles el cuerpo desde la garganta al bajo vientre, quedando así expuestos por ocho horas a los rayos del sol. Al final de lo cual se les cortó la cabeza; y éstas, con la de Akirop, fueron colocadas cada una sobre una de las puertas de Jerusalén, respectivamente del lado oriental, meridional y occidental, según la puerta del templo a la que se habían apostado al cometer su fechoría.

Las tres cabezas que recuerdan este castigo de los asesinos de Hiram se hallan reproducidas tanto en la banda como en el mandil que se prescriben para este grado; un simbolismo algo macabro, en verdad, para indicar que el *Maestro Elegido* ha de perseguir y aniquilar *en sí mismo* a los tres malos compañeros del hombre y naturales enemigos de su Vida Elevada: la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición. Este verismo algo exagerado puede más bien hacer perder de vista ese ideal, además de prestarse a interpretaciones poco favorables para el prestigio de nuestra Orden y la pureza y moralidad de sus enseñanzas.

La forma en qué murieron los cómplices de Akirop se halla recordada en el *signo* del grado, bastante expresivo y simbólico, que puede considerarse como un complemento del grado de Maestro. En cuanto a las palabras de pase y sagrada, hacen hincapié en la calidad de *hijo* o *pueblo* de Dios que debe reconocer en sí todo héroe o *elegido*.

No menos interesantes, desde el punto de vista de este Manual, son los números de la batería, de la marcha y de la edad, subrayando el número *cinco* y su desarrollo, triangular y cuadrado.

En cuanto al color dominante, sigue siendo el negro de la fase putrefactiva de la Gran Obra, doblemente alegórico al luto y dolor

por la muerte de Hiram y a la ruda tarea que incumbe a los *elegidos* tanto de los Nueve como de los Quince. Las llamas y las lágrimas rojas y blancas interrumpen la negra uniformidad del caos primordial, o de las tinieblas de los sentidos, con el fervor de las aspiraciones y del entusiasmo que ascienden hacia el cielo, y con el bálsamo de la paz, en la conciencia del deber cumplido, que baja en respuesta de las alturas del alma.

Se trabaja *de las cinco de la mañana a las seis de la tarde*, las horas en que respectivamente salieron para su misión y regresaron a Jerusalén los quince elegidos: es decir en toda la extensión del *dominio de la luz*, evidentemente alegórico al de la conciencia.

Se consagran los trabajos de este grado a desarrollar las cualidades de la Liberalidad y Tolerancia, y a fomentar la Educación y la Instrucción, como antídotos respectivos contra el Fanatismo y la Ignorancia, que son los *compañeros y cómplices* de la Ambición.

Además, se suele tomar argumento de su leyenda para discutir sobre la legitimidad de la extradición y los casos en que haya de permitirse; y sobre el carácter y cualidades a las que deben responder los representantes de una determinada nación o gobierno cerca de otros pueblos o gobiernos.

SUBLIME ELEGIDO

Tanto por su número de orden en el Rito Escocés (el penúltimo en el ciclo de doce) como por sus demás características litúrgicas, el grado de *Sublime Caballero Elegido* parece entendido, por quien lo creó y propuso, como el penúltimo o uno de los últimos en un sistema relativamente completo. Varios elementos de su simbolismo participan, pues, de los que hoy se consideran como atributos de los grados 30 y 32.

En relación con los dos anteriores, representa su conclusión natural y coronamiento: los quince elegidos son premiados por sus hazañas con un premio que, en verdad, puede parecernos excesivo desde nuestro punto de vista humano, pero que no resulta desproporcionado cuando se considere el valor espiritual de la iniciática fatiga: el triunfo individual sobre la Ambición, el Fanatismo y la Ignorancia, al ser éstos del todo vencidos y aniquilados en el íntimo dominio del alma.

Salomón nombra, pues, a Johaben, Stolkin y Zerbal sus propios

ministros; y en cuanto a los demás, cuyos nombres por lo general desconocemos, los hace gobernadores y *príncipes* sobre las doce tribus. De haber sido el Salomón histórico realmente tan sabio, ordenado de esta manera su reducido dominio, hubiera quizás podido prevenir la división del reino que siguió a su muerte, y la subsecuente deportación casi completa de ambos a Nínive y Babilonia, respectivamente. Entonces la historia del Cercano Oriente hubiera podido tener un matiz algo diferente.

Pero, dejando a un lado la verdad histórica, no deja de ser interesante el confrontar este nombramiento *simbólico* con el igualmente simbólico pasaje evangélico que va a continuación:

“De cierto, de cierto os digo que vosotros que me habéis seguido en la *regeneración* (o renacimiento iniciático), cuando se sentará el Hijo del Hombre en el Trono de su Gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, *para juzgar a las doce tribus de Israel*” (Mateo 19-28).

Tratándose en ambos casos de *elegidos*, el paralelismo es demasiado evidente para poderse considerar como casual. Por otro lado, cualquier interpretación literal del citado pasaje de San Mateo queda a priori proscrita por el hecho de que en la época en que pudieron ser pronunciadas las dichas palabras, las doce tribus quedaban reducidas a las dos de Judá y Benjamín, habiéndose las demás *perdido* con su deportación en Asiria. De manera que sólo quedaban como recuerdo, y por lo que simbólicamente pueden representar.

Aumentan en este grado el número de las luces, la edad, la marcha y la batería, dominando en ellos los números 12 y 24, y el cubo de tres —punto este último que conecta el grado de Sublime Elegido con el de Intendente de Edificios, con el cual también se relacionan las discusiones sociales que se vierten en su liturgia.

Sobre el mismo color negro de la tapicería —herencia de los grados anteriores— se destacan como emblema típico los *corazones inflamados*, substituyendo las lágrimas y las llamas. Aunque seguimos estando dentro del aspecto negativo del Magisterio y de la Gran Obra, hay un evidente progreso en la *virtud positiva* signficada por el corazón ardiendo en una llama constante y duradera.

Este símbolo el *Caballero* recibido en este grado lo lleva en su banda, junto con las palabras *Vincere aut mori* —inscripción evidentemente apropiada para el grado de *Elegido* en sí pero no

tanto para este tercer aspecto de su fraccionamiento, en el cual necesita tener un sentido más bien retrospectivo. El corazón está repetido en el centro del mandil, en cuya negra solapa, con curioso anacronismo, se destaca una cruz roja que, si se halla en armonía con la calificación de *caballero*, no lo está de igual manera con la Leyenda del grado, para lo cual los dos triángulos entrelazados en el Sello de Salomón hubieran estado bastante más apropiados.

Las luces repartidas de una manera uniforme —como los doce signos del zodiaco— entre los cuatro puntos cardinales muestran la necesidad de una ecuánime repartición de las tareas entre los más capacitados para las mismas: ilustrando la perfecta justicia con la cual se le asigna a cada Elegido el puesto más apropiado para su competencia, e igualmente el principio de *descentralización* aplicado al gobierno y a la administración, que constituye la fundamental enseñanza del grado.

Los trabajos se abren a la medianoche para cerrarse al *rayar el día*: un elemento más para denotar el carácter intencionalmente superior del grado que, sin embargo, se ha abortado al añadirle otros subsecuentes, con los que queda prácticamente abolido. Dado que los *quince maestros* del grado anterior son recibidos como premio de su *fidelidad a la palabra*, a la cual se refieren las dos misteriosas palabras hebreas, los trabajos están presididos por el mismo Salomón como Tres Veces Poderoso Gran Maestro, asistido por el Rey Hiram y por Adonhiram, este último substituyendo al Arquitecto del Templo.

Tanto el signo como el toque, y las palabras que se pronuncian al efectuar este último, no son propios de este grado; y tampoco la Palabra Sagrada que *substituye* a la verdadera, según el uso hebreo corriente.

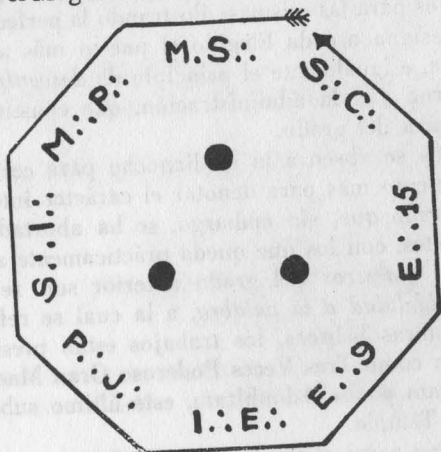
LOS NUEVE MAESTROS

Podemos representar gráficamente los ocho grados escoceses que inmediatamente siguen a los tres simbólicos en un octágono —o Templo *octagonal*—, constituyendo sus lados y las etapas de un Camino de Progreso que va *en sentido opuesto* a la marcha de los primeros grados, o más propiamente a la de Aprendiz.

Esta dirección opuesta a la de los primeros esfuerzos, sobre el camino de la Iniciación Simbólica, refleja las necesidades de la *búsqueda introspectiva* de los factores o elementos negativos de

nuestra personalidad —los *malos compañeros*—, que puecen y suelen traicionarnos: la ignorancia, o falta de discernimiento de la Verdad; el Fanatismo, o falta de equilibrio en la elección de medios *constructivos* adecuados a los fines *iniciáticos* que se persiguen; la Ambición o falta de *disciplina integrativa* de la personalidad humana a la Impersonalidad Divina.

Para vencer lo negativo hay que volver sobre el Camino ya recorrido *reconociendo*, *rectificando* y *superando* los hábitos y cualidades del carácter que obstaculizan nuestro *progreso* a una etapa superior, el Magisterio con relación al Compañerismo. Comen-



zando, por consiguiente, del sitio de la Piedra Angular —que naturalmente corresponde al Maestro Secreto— procedemos hacia occidente por el norte, con los grados V y VI.

Los tres grados de Maestro Inglés, Maestro Irlandés y Maestro en Israel son los que más propiamente se enfrentan con la *ignorancia*, que tiene su asiento en el Occidente de la percepción objetiva. Aquí, tanto los *ídolos* materiales como los intelectuales, levantados por la falta de discernimiento, necesitan recibir la luz oriental de la Divina Verdad que tan sólo pueden *reflejar*.

El gran noveno es aquel que sobre todo nos demuestra la necesidad de *vencer al fanatismo*: el exceso de celo por el cual puede uno dejarse poseer, hasta cumplir actos irreflexivos que el más alto discernimiento (Salomón) necesariamente tiene que reprobear.

El X y XI grado son etapas en el *vencimiento de la ambición*, que sólo puede hacerle a uno digno de *sentarse como juez* sobre una de las doce tribus: o sea manifestar las mejores cualidades del signo zodiacal que, por la Puerta Oriental, alumbró su nacimiento.

Estos ocho junto con el Maestro *simbólico* forman justamente *nueve maestros*: las nueve cifras o *valores* que diferentemente se aplican al *cero* de la negatividad para convertirla en *potencialidad*. Sólo así Salomón (como número 10) puede presidir sobre ellos en representación de la Tríada Gobernadora (Sabiduría, Fuerza y Belleza), reducida a *dualidad* (y por ende oposición incipiente) con la desaparición del tercer elemento armonizador.

Por esta razón, la inquietud dual del número 11 domina el grado iniciático de *Maestro Elegido*, indicando la transición de la *Década potencial* a la *Dodécada realizadora*. La primera resume, pues, en sí el dominio de la Aritmética, mientras con la *Dodécada* estamos en el campo de la Geometría, en cuanto con este número se expresa y se mide todo *ciclo* en el espacio y en el tiempo.

El entero conjunto de los 33 grados del Rito Escocés se queda en esta etapa de *búsqueda insatisfecha*: no hace, pues, más que multiplicar por tres el número once; y, por añadidura, lo refleja en la batería de su último grado. Fáltale todavía, en la actualidad, la capacidad de *vivificar* su simbolismo iniciático por medio de la *Comprensión Integral* que representa la *palabra perdida*.

EL GRADO DE ELEGIDO

Pero, volviendo al grado de *Elegido*, al que tratamos de reintegrar, y a cuya descripción está dedicado el presente *Manual*, resulta claro que debemos considerar como *síntesis* de los dos distintos ternarios que lo representan en la enumeración escocesa:

Secretario Intimo o Maestro Inglés,
Preboste y Juez o Maestro Irlandés,
Intendente de Edificios o Maestro en Israel;
Maestro Elegido de los Nueve,
Ilustre Elegido de los Quince,
Sublime Caballero Elegido.

Estos dos ternarios son prácticamente como las dos *columnas*

sobre las cuales hemos de apoyar y levantar esta síntesis o reintegración. El primero comporta, pues, tres grados de desarrollo puramente *intelectual*, mientras en el segundo se trata, más propiamente, de una *educación de la voluntad*, como cualidad que complementa la Inteligencia y expresa sus capacidades elaborativas y creadoras.

En otras palabras, el primer ternario subraya la denominación substantiva de *Maestro*, mientras el segundo más bien hace hincapié en el atributo distintivo de *Elegido*, que dinamiza las capacidades del primero con la *misión* que le corresponde.

Dado que el *elegido* se diferencia necesariamente de los que no lo son, llenando una misión particular distinta de la de los demás, hallamos cierta analogía —por lo que se refiere a su *finalidad* y *función*— entre este grado escocés y el inglés de *Mark Master* (Maestro de Marca o *marcado*), que viene simbolizado en ese Rito por la *piedra clave* de un arco o bóveda: la *piedra distinta* de las demás, por su forma en apariencia irregular —cuando se mida con el estrecho criterio inflexible de la *escuadra*—, pero no por eso menos indispensable para asegurar al arco que se levanta su estabilidad y resistencia.

Rechazada y humillada en un primer tiempo, siendo despreciada por los constructores que no entienden su misión especial, viene después buscada entre los escombros, y una vez hallada, es *exaltada*, o sea elevada encima de las demás.

Esto indica que para la comprensión del valor de este grado se necesita un criterio especial que, si bien se sale de la sencillez admirable de la arquitectura griega —en donde el arco es desconocido—, permite simbolizar de una manera incomparable las aspiraciones humanas que se elevan hacia un *cielo* en donde mora el Principio Eterno de Bien y Perfección, desconocido en el helenismo ordinario.

Y, efectivamente, tanto en la arquitectura romana como en sus ulteriores desarrollos románicos, góticos, islámicos y eslavos, vemos tanto el arco como la bóveda crecer y desarrollarse progresivamente, hasta llegar a caracterizar su motivo fundamental. Exaltados en los templos tanto de la Cristiandad como del Islam, el arco y la bóveda marcan una *época nueva*, distinta de la anterior, que tuvo en el helenismo su ápice y su conclusión.

En el Rito establecido en 1786 por el Gran Oriente de Francia —como resumen en sólo cinco grados de los muchos que se habían creado en ese entonces— hallamos una interesante correspondencia de los grados *filosóficos* con los cuatro elementos de la tradición occidental; aunque la correspondencia con los *tatvas* hindúes (en esa época desconocidos en Europa) hubiera sido más apropiada.

El grado *fundamental* de Maestro Secreto¹ se halla substituido por el de *Elegido Secreto*, en el cual se continúa y se termina todo lo relacionado con la Leyenda de Hiram; es decir, la venganza de su muerte con la muerte de los tres asesinos. El quinto grado subsecuente de *Gran Elegido* propiamente corresponde con el que formará objeto del próximo *Manual*, aunque contenga elementos simbólicos del Cuarto Grado.

Se usan en el grado francés de *Elegido* propiamente dicho tres Cámaras, la primera de las cuales sirve para la preparación (o Meditación) del candidato, aunque reproduce más bien el Cuarto de Reflexión del primer grado, en lugar de relacionarse (como debería) con la muerte de Hiram, puesto que ésta constituye su punto de partida. Todo lo que contiene son una silla y una mesa *toscamente labradas* (¿por qué razón si los iniciandos son *Maestros*?) y un candelero que alumbra las inscripciones morales y murales.

La segunda Cámara es la que propiamente sirve para la recepción. Representa un *árido desierto* —aunque la población más cercana, Japha (Jopá o Joppe), esté a orillas del Mar Mediterráneo—, en uno de cuyos ángulos se ve la *abertura* de una caverna, *cerrada* por un transparente en la primera parte de la recepción.

La caverna está naturalmente cavada en la roca, y cerca de su entrada vemos un Manantial de Agua, filtrando de la roca; cerca de esto un perro rastreando —evidentes alusiones al solsticio veraniego—. En el interior de la cueva se encuentra una *lámpara* encendida, apoyada sobre una piedra, la cual demuestra haber estado habitada; y en el fondo de la cueva está pintada

¹ El estudio que hemos hecho de él en el Manual anterior lo demuestra claramente.

su *salida*, con dos hombres perseguidos por otros dos, *armados* de puñal.

Después de haber pasado por este cuarto, en el cual se le hace *vivir* la leyenda del grado, el candidato es admitido y *recibido* en la tercera pieza, tapizada de negro con lágrimas *rojas*, que es la sala del Consejo de los Elegidos.

De acuerdo con la narración de la Leyenda, una vez terminados los funerales de Hiram, el primer cuidado del Rey Salomón fue el de descubrir a los asesinos de su Gran Maestro Arquitecto e imponerles la pena que merecían. La desaparición de los tres *compañeros* del lugar de los trabajos no daba lugar a dudas sobre la identidad de los asesinos.

Mientras Salomón estaba en esos pensamientos, providencialmente llega un *desconocido* —un *guardián de rebaños*, o sea la constelación de la Cabra— que pide ser admitido a su presencia, el cual le revela conocer el lugar en donde se ocultan los tres malhechores; o cuando menos tres desconocidos, recién llegados de su comarca, cuyos gestos y actitud parecen singularmente sospechosos.

En la misma noche reúne el Rey a los Maestros más ancianos, diciéndoles que necesitaba *nueve* de ellos para una expedición algo peligrosa; estando seguro de su celo, no daría la preferencia a ninguno, sino que la suerte se encargaría de decidirlo. Habiéndose puesto todos los nombres en una urna, el primero en salir fue el de Johaben, que así quedó nombrado *jefe* de la expedición; en seguida se eligieron, de la misma manera, los ocho Maestros que debían acompañarle.

Despedidos los demás Maestros, Salomón se entretuvo en un lugar *más apartado* con los nueve elegidos, revelándoles el descubrimiento del desconocido y acordándose con ellos la manera de lograr la captura de los criminales. Les hizo jurar no dejar impune el asesinato de Hiram; y adoptaron para reconocerse el nombre hebreo que se traduce como *patri-cida*, atribuyéndolo al más culpable de los tres.

Para no ser notados, salieron los Nueve Maestros en esa misma noche, antes del amanecer, de la ciudad, acompañándoles el desconocido pastor, quien se había ofrecido para servirles de *guía* (u *orientación*).

No se nos dice en cuánto tiempo recorrieron la distancia de 60 Km. en línea recta que separan a Jerusalén del puerto de Japha, situado al noroeste de dicha ciudad. Únicamente sabemos que, estando el sol muy cerca de su puesta, llegaron los nueve maestros, guiados por el desconocido, al lugar de la caverna llamada de Ben-Achar (que significa *hijo del extranjero*), en donde los tres acostumbraban retirarse.

El sol había llegado al extremo límite del horizonte cuando vieron a dos hombres que iban corriendo en dirección de la caverna. Pero éstos también se dieron cuenta, a la distancia, de los Maestros que iban en pos de ellos con la evidente intención de aprehenderlos, o bien, quizás, de matarlos. Y se fueron precipitadamente entre las rocas, perseguidos por todos los Maestros, menos Johaben.

A pesar de estar cansados por el viaje que acababan de hacer, y por las asperezas de un terreno desconocido, pero con la ventaja que les daba un guía familiarizado con esos lugares, lograron los perseguidores ventajas sobre los perseguidos, que apenas podían distinguirse a la luz crepuscular. Hasta que, finalmente, viéndose éstos perdidos sin remedio, por hallarse delante de un abismo, sin otro camino abierto, prefirieron echarse en el vacío a ser aprehendidos. De manera que sus perseguidores sólo lograron dar con sus cadáveres.

Johaben, quien se había apartado de los demás, esperando el éxito de su búsqueda, notó que el perro del pastor (evidentemente el Can Mayor) seguía la pista de alguno. Siguiéndolo, a su vez, llegó a dar con la gruta; y bajando sus nueve gradas toscamente talladas en la roca, descubre en el fondo de la caverna al otro culpable —aquel que había dado el golpe mortal—, quien a la luz de una lámpara de aceite *se disponía a descansar*.

Al darse cuenta el malvado de la presencia de un Maestro —en quien, tal vez, creyó reconocer a su víctima—, *no pudo resistir su vista*. Y cogido el puñal con el cual pensaba defenderse, se lo clavó por sí mismo en el pecho, traspasándose el corazón, antes que Johaben pudiera impedirselo.

Habiendo así presenciado la muerte del principal asesino de Hiram, Johaben salió de la gruta para ir al encuentro de sus compañeros, quienes lo enteraron del igualmente trágico fin de

los otros dos, y a quienes dio parte del suicidio del que acababa de ser testigo.

Descansaron entonces los nueve Maestros, apagando su sed en la fuente de agua cristalina que había cerca de la gruta. Y, levantándose al alba del día siguiente, se apresuraron a cortar las cabezas de los tres criminales, abandonando sus cadáveres a los animales; y emprendieron su viaje de regreso a Jerusalén, adonde llegaron al anoecer (probablemente del día subsecuente).

Se presentaron luego a Salomón, relatándole todo lo ocurrido. El Soberano se demostró enteramente satisfecho por el éxito de la expedición; y, en recompensa por su celo, les manifestó que seguirían gozando el título de *Elegidos Secretos*, que tan bien habían merecido. Después les agregó otros seis Maestros, que también se habían distinguido de una manera especial en el cumplimiento de sus órdenes, de manera que llegaron a ser *quince Elegidos*; entre ellos, fue comprendido el desconocido que había guiado a los Nueve Maestros en la búsqueda de los asesinos.

Las cabezas de éstos, así como los instrumentos *constructivos* cuya finalidad habían tan criminalmente *pervertido*, fueron expuestos por tres días a la vista exclusivamente de los obreros; después se quemaron y sus cenizas fueron esparcidas al viento. De esta manera, tanto el crimen como su castigo permanecieron en *secreto*, del que sólo los iniciados pueden enterarse, y que tan sólo los Maestros pueden *comprender*.

Para distinguirse, adoptaron los Elegidos una banda negra que llevaban del hombro izquierdo al costado derecho, de cuya extremidad pendía el puñal con el cual Abibalac —movido, quizás, por el miedo más que por el remordimiento— hizo justicia sobre sí mismo del magno crimen que había cometido. Y para reconocerse entre ellos usaron palabras y signos relacionados con la acción llevada a cabo por los primeros nueve. Los elevados a este grado fueron después empleados para vigilar secretamente a los obreros y maestros ocupados en la Obra, de manera que pudiera evitarse la repetición de sucesos tan dolorosos. Y era costumbre de Salomón convocarlos secretamente para que le relataran aquello de lo cual hubieran podido enterarse.

Así la construcción del Templo, que se había suspendido con la muerte de Hiram, pudo continuarse y concluirse felizmente,

reinando el orden y la justicia más perfectos entre los que en ella tomaban parte. Y, una vez terminada esa Obra, siguieron dedicándose a otras semejantes, transmitiéndose secretamente sus signos de reconocimiento y tradiciones, junto con los secretos del Arte, hasta nuestros días.

VALOR DE LA LEYENDA

Indudablemente, esta última presentación de la Leyenda del grado de *Elegido*, en la cual los Maestros no se manchan las manos con la sangre de los culpables —aun cuando sean puramente *simbólicos* tanto el crimen como su castigo—, es mucho más conforme con el espíritu *iniciático y constructivo* de nuestra Orden. La presencia de los Maestros es *presencia de Luz*; y en cuanto ésta se haga en la conciencia de los malvados, no pueden éstos eludirla a menos de sentir *toda* su culpabilidad, hasta el punto que el peso de la misma los conduce directamente al fin que, de acuerdo con las leyes humanas, merece su crimen.

En la naturaleza como en la vida, la Luz es el Supremo Poder: ante su avance toda sombra y toda tiniebla *huye y desaparece*. Ante la claridad objetiva se aparta y se oculta el misterio de la noche, huyen sus sombras y temores, lo mismo que el cansancio que se adueña de nuestro organismo en todo anochecer. Y, según se haga la luz del discernimiento en nuestra mente y la luz de la conciencia en nuestro fuero íntimo, se aclaran nuestros problemas y nuestras preocupaciones, y todo aquello que puede hacer de nuestra vida otra cosa que una diaria oportunidad de progreso y actividad útil, y de *crecimiento en la Luz*.

Tanto la Ignorancia como el Fanatismo, que se apoderan de nosotros como *substitutos* de la Verdad y de la Comprensión, toda vez que nos olvidamos de nuestro primario deber de cultivar la mente por medio de la aplicación, del estudio y de la meditación, huyen ante la luz de todo nuevo conocimiento y de toda profunda realización íntima — huyen y se precipitan en el *abismo* de la No-Existencia. Y la misma Ambición que se oculta y se anida, y piensa descansar *en la gruta* del propio corazón del hombre, se destruye por sí misma, como lo hizo Judá, en cuanto llegue a esa gruta un rayo del más Puro Amor.

Por consiguiente, en esta versión, que consideramos como la

más feliz, la Leyenda de Hiram tiene una conclusión en perfecta armonía con los principios de *no violencia y benevolencia* que nuestra Orden sustenta como instrumento de Fraternidad Universal, lograda por medio de una constante *orientación* hacia la Verdadera Luz.

Reducida a su expresión numérica, la Leyenda tiene su punto de partida en las *nueve cifras* que valorizan el *cero* de las Infinitas Posibilidades Latentes de Sabiduría y Poder, que simboliza ese Rey de Israel, quien, a pesar de la pequeña extensión de su reino y de su vida moralmente objetable, ha logrado eternizar su memoria en la historia de la humanidad. Que los *nueve elegidos* corresponden a las nueve cifras queda también demostrado por el hecho de que, precisamente, se eligen sorteándolos.

Johaben corresponde a la *unidad*, cabeza o cabecilla natural de la serie numérica, cuyo centro o *corazón* es el número 5, simbólico de la humanidad; por tal razón este grado, toda vez que se crea conveniente su adopción, necesita ser el *quinto* de la serie. Sumándose con su complemento, el número cuatro, el novenario resultante se dirige a la búsqueda del 3 que lo completa en la *docena*, que es emblema natural y cósmico de todo *ciclo*.

Reducido a 8, se enfrenta con el número *dos* de su cúbica raíz —el sentido de la Dualidad y de la oposición, así como el discernimiento del Mal y del Bien—, que naturalmente desaparece ante la *presencia* de su propia Potencia o Perfección. Y la *unidad* que se había apartado (en solitaria meditación) descubre en la *gruta* de su propio corazón a su propio reflejo negativo en la *perversión* del número 3, que debería hacer efectivo su Poder.

Entonces el *rayo de Luz* iniciática, representado por *Johaben*, se precipita en la mano de Akirop Abibalac con el mismo puñal del *discernimiento filosófico*, por cuyo medio debe el Iniciado *reconocer y matar* a la Ambición profana en su propio corazón. Una vez identificados los tres *enemigos* naturales del hombre, y haber sido testigos de su autodestrucción, la *Perfección Novenaria* puede volver a la presencia del *Cero* Iniciador, llevando como trofeo el *ternario*, del que constituye la Potencia. Y Salomón los recompensa agregándoles la suma del número triangular de tres: $1 + 2 + 3$ para *completar* así el número triangular de cinco: $1 + 2 + 3 + 4 + 5$.

Así se explica cómo los ~~Nueve Elegidos~~, que constituyen el punto de partida en la Leyenda del grado, lleguen al número de ~~quinco~~, después de haber logrado triunfar de la perversión del ternario; ese número es, por consiguiente, el más apropiado para expresar la *edad* —o sea la *extensión* y *límite* de comprensión— de este grado.

LA JUSTICIA DEL REINO

Si consideramos el mismo grado en combinación con los demás que lo acompañan —y particularmente los grados escoceses de *Preboste* y *Juez* y de *Sublime Caballero Elegido*—, vemos en ellos predominar la idea humana de la *Justicia*, que todos por igual persiguen y tienen en común, pasando, puede decirse, de una especie de preparación teórica hasta su actuación práctica, para llegar al más alto grado en su administración.

El número ~~cinco~~ está también claramente relacionado con esa idea, por ser el que mejor expresa su símbolo universal —la *balanza*— como suma de *tres* y *dos*: el número tres refiriéndose a los tres puntos de la palanca que constituye su eje horizontal, y el número dos a los dos platos suspendidos en sus dos puntos extremos. O bien, el número *uno* indicando su sostén vertical, y el número *dos*, repetido dos veces.

Desde un punto de vista más elevado, representa el *cuaternario* de los elementos, o del Reino de la Naturaleza, al que se junta la *quintaesencia* o *Inteligencia Humana*, para gobernarlo de acuerdo con su propio Juicio o criterio ideal.

No es, pues, la *venganza* —si bien sea impersonalmente— que persigue el Maestro Elegido, sino su propia idea *humana* de la Justicia, que Salomón también personifica: la expresión de la Idea o Ley Divina del *perfecto equilibrio*, representada por el número 3, en el dominio de la dualidad, de la lucha y del esfuerzo, que simboliza el número 2.

Cuando el hombre —movido por su propia Ignorancia de la Ley, por la ira o el Fanatismo, o por su Ambición y deseo de sobresalir— hace prevalecer injustamente uno de los platos de la Balanza, haciéndole cargar el peso de su espada, el que sufre o padece esa injusticia *se levanta* y se exalta por ese mismo hecho hasta

los cielos, mientras el otro lado baja en igual medida, en el sentido contrario. De manera que la Justicia Divina (Ley de Equilibrio y Causalidad) viene a ser naturalmente *implícita* en toda acción, siguiéndola constantemente como si fuera su sombra.

No necesita ella, en ningún modo, la ayuda de nuestro *brazo secular*, sino únicamente nuestro propio *reconocimiento individual*, y la conformidad con ella de nuestros propios pensamientos y acciones. Por lo que se refiere a las acciones ajenas, únicamente hemos de ser *testigos* de la perfecta actuación de la Ley: o sea efecto que sigue a toda causa, y de la reacción, en sentido contrario, que acompaña toda acción.

Por consiguiente, hemos de ver y buscar, en la misma persecución de los asesinos de Hiram, un sentido más profundo de lo que aparentemente significa, conforme a lo que nos dice Plutarco con relación a los misterios egipcios: "Cuando oigas hablar de los mitos referentes a los dioses, viajes sin rumbo, despedazamientos y muchas otras pasiones, debes acordarte de lo que he dicho antes y pensar que ninguna de estas cosas se refieren a lo que, al parecer, cuentan".

MITOS ANTIGUOS

Si la persecución de los asesinos de Hiram (lo mismo que la Leyenda Hirámica de por sí) tiene algún sentido, éste sólo puede ser una especie de disfraz de mitos y misterios simbólicos más antiguos que, en varias formas, nos presentan la lucha constante entre la Luz y las Tinieblas, el Bien y el Mal, la Buena y la Mala Voluntad, la Verdad y el Error, los ideales y las pasiones de los hombres.

Si los tres *malos compañeros* son los malos pensamientos y las pasiones y deseos innobles que, a veces, se apoderan del ser humano, tratando de obscurecer o matar su Vida Elevada, los Maestros que van en su persecución sólo pueden ser los pensamientos que reflejan la Verdad, los ideales y las aspiraciones elevadas, que constantemente quieren lo que sea más noble, más digno y mejor. Se trata, por lo tanto, fundamentalmente, de una *lucha interior* —entre los Ideales y los instintos y pasiones del hombre mismo—, la lucha por medio de la cual se realiza todo verdadero progreso humano.

Es la lucha entre los *nueve* signos luminosos y *humanos* del zodiaco, en contra de los tres signos más oscuros, animales y terrenales: Escorpio, Sagitario y Capricornio. O sea la lucha entre la parte activa y positiva y la parte oscura y negativa —el día y la noche, la estación luminosa y la oscura— de cada ciclo de progreso.

Es la lucha de los dioses olímpicos en contra de los titanes y de los gigantes, que quieren dominar en el Orden Celestial por medio de sus propias fuerzas y pasiones brutales; de los Devas en contra de los Asuras; de Indra, Agni y Mitra en contra de Varuna, quien, como Lucifer, es precipitado del cielo a la tierra, cesando de ser el dios de la noche estrellada para establecer su dominio sobre el círculo oceánico.

Es igualmente la lucha de Osiris, reencarnado en Horo, y de Iris en contra de Tifón; de Hércules, prototipo del *héroe*, consciente de su propio origen divino, en contra de los monstruos o pasiones animales que encuentra en su ciclo zodiacal de progreso, como residuos de su propio pasado con el cual ha de enfrentarse para superarlo.

Pero, sobre todo, es la lucha de Mitra (la Divinidad heroicosolar de la Luz, de la última época de la religión iránica), en contra del Toro emblemático de la naturaleza *animal* del hombre, a quien *mata* o transmuta, para absorber sus cualidades positivas, dentro de una *gruta* y en presencia de un *perro* —elementos simbólicos comunes con el grado masónico e iniciático que estamos estudiando.

PARTE SEGUNDA

SIMBOLOGIA DE LA
CEREMONIA DE ELEVACION

Así como el pasaje del número 3 al número 4 tiene como etapa intermedia de transición la mitad del septenario, así igualmente el pase del número 4 al 5 tiene como punto central intermedio *la mitad del novenario* o triple ternario. Esta relación constituye la base matemática de la leyenda de este grado masónico, en el cual el *cuatro* constituye el punto de partida, el *cinco* (y su potencia triangular, el 15), el de arriba, y el *cuatro y medio* (y, por ende, el 9), el *camino* o Progreso Iniciático que es menester recorrer para poseerlo.

Cuatro y medio es el cuaternario *más el esfuerzo* implícito en toda *elección*, que demuestra la Voluntad Inteligente, representada por el Quinario: *el pasaje secreto* a través del centro de la Unidad Intermedia (simbolizada por el puñal) que tiene que traspasar la Cruz de la Naturaleza (su corazón viviente) para manifestarse en ella como la Estrella Luminosa —el Quinario que necesita establecer su dominio sobre el Cuaternario por medio de su *comprensión*. Cuando esta última sea completa, la suma de ambos forma el *novenario*, símbolo de la Sabiduría Iniciática y de la Perfección del Magisterio.

Con relación a los tres primeros grados, encontramos otra vez en éste elementos numerológicos que pertenecen al segundo y al tercero; empero, *el pasaje secreto* del cuatro al cinco permanece oculto para el Compañero, así como la *extensión triangular* de ambos números, que caracterizan los grados de Maestro Secreto y Elegido. En cuanto al *novenario*, que representa el límite extremo de la *edad* del Maestro, es aquí tan sólo una etapa: el punto

de partida en la búsqueda que apenas se había delineado en el tercer grado y que aquí logra, cuando menos en parte, su finalidad, por medio de la identificación, descubrimiento y aniquilación de los tres *malos compañeros*, enemigos naturales del hombre.

Sólo al número *nueve* le es efectivamente posible proceder en esa búsqueda, la cual tiene su primera etapa en el número *diez*: la Tumba Inmortal o Arquetípica de la Idea Divina. Como segunda etapa, el número *quince* representa la extensión máxima de los poderes naturales del hombre; pero la misma búsqueda sólo se hará completa —como lo veremos en el próximo Manual— cuando se alcance el *triple novenario*, o sea el Cubo del número 3.

LA CAMARA NEGRA

Como punto de partida en el ceremonial, la *cámara negra* tiene analogía tanto con el primero como con el tercer grado masónico: al igual que en el primero, representa la necesaria concentración reflexiva de las energías que ha de preceder una nueva etapa de progreso; y al igual que en el tercero, ese color de la *negación* de la luz hace referencia a la muerte u obscurecimiento de la Vida Elevada del hombre, como también de la Tradición Iniciática.

Pero no se trata esta vez de un nuevo Cuarto de Reflexión, ni de la Cámara del Medio, sino de la propia Sala de Audiencia del Rey Salomón, todavía enlutada por ese crimen horrendo aún impune. Es una condición o estado mental de *juicio*, *elección* y *decisión* naturalmente presidida por aquella Sabiduría a la que el hombre tiene acceso.

Como negación de los colores, el negro de la tapicería también indica su punto de partida: la obscuridad o caos primordial, en el cual la luz tiene la oportunidad y el campo apropiado para su manifestación; la noche intermedia, indispensable, para que pueda haber un día nuevo; la muerte o decrecimiento de la luz del sol, en los días que preceden al solsticio hiemal *invernal*, para que pueda en éste *renacer*; el período post mortem que tiene que atravesar toda alma humana, antes de poder volver a nacer en un nuevo cuerpo y una nueva vida; el período oscuro por el que tiene que pasar toda institución humana, toda sociedad y toda civilización, antes de su renovación o *regeneración*.

En ese negro se destacan rojas llamas que *suben* de la tierra al cielo, y corazones flameantes que, de la misma manera, *descienden*: las aspiraciones humanas y los latidos que empujan a la acción.

Siendo el más bajo, el rojo es el *primero* entre los siete colores del iris que emerge de la negra obscuridad del infrarrojo; el que a todos los precede, así como precede su síntesis o *presencia contemporánea* en el blanco de la Plena Luz. He aquí, otra vez, el número *nueve*, en la gama de los colores con sus dos límites extremos.

EL PODER DE LA DECISION

Salomón tiene en esta cámara el Consejo, al cual se refieren unánimemente, con pocas variaciones, el sexto, octavo, *noveno*, décimo y undécimo grado escocés —Consejo que, naturalmente, tiene por objeto el establecimiento de la Justicia en su reino, por medio de *leyes justas* y de su *justa aplicación*.

Pero en el grado de Elegido se trata precisamente de hacer justicia en la persona de los tres culpables del asesinato de su Gran Maestro Arquitecto. Siendo éste ciudadano tirio, es natural que sea el rey Hiram su aliado, el que se presenta al Consejo del rey de Israel para reclamarla; expresando este deseo humano, el rey de Tiro viene a ser la personificación de las llamas rojas que adornan las paredes, estimulando en Salomón un igual deseo de llevarlo a cabo, que también se refleja en las paredes bajo la forma de los corazones ardientes.

Toda *decisión* atrae naturalmente los medios y la manera con los cuales puede efectuarse: así no debe maravillarnos que, justamente en el momento en el cual los dos reyes están concordes sobre tal necesidad, aparezca muy oportunamente un *desconocido* —que resultó ser un pastor, y que después fue uno de los *quince* elegidos—, quien viene a relatarle sus sospechas sobre tres individuos que han aparecido en sus parajes familiares, por cuyas señas y comportamiento Salomón piensa que puede tratarse justamente de los tres responsables.

El *nuevo elemento*, representado por el Desconocido, tiene una importancia simbólica aun mayor que la que los rituales parecen concederle. Puesto que llega justamente en el momento más *opor-*

tuno, y su papel de guía *que conoce el lugar y el camino* no resulta ser menos esencial prácticamente que el de los Nueve Elegidos, es evidente que debería identificarse ya sea con el candidato o con el *experto* que le sirve de guía.

Su misma calidad de “pastor de rebaños” es alegórica del hombre que ejerce el control y la disciplina de sus propios pensamientos y emociones, utilizándolos y dirigiéndolos constructivamente, más bien que dejarlos ir a su antojo y ser pasivamente arrastrado o dirigido por sus caprichos. Únicamente por medio de la disciplina racional que el hombre ejerce sobre sus facultades y actividades mentales, éstas se hacen medios e instrumentos de su progreso, *conduciéndole* en la senda de la Verdad y del Conocimiento, y haciéndole vencer la Ignorancia y la Ilusión, de las que provienen el Fanatismo y la Ambición.

Es también digno de notar que la mayoría de los *héroes* y semidioses de la antigüedad se nos presentan creciendo y conviviendo “entre pastores” durante su niñez y juventud: rasgo común a Hércules y Apolo, Rama y Krishna, Moisés y David, Rómulo y Remo —por cierto, también alegórico a las Eras Zodiacales a las que pertenecen—. De todos modos, el Desconocido no resulta ser menos el Aries o Cordero celestial, a la cabeza del rebaño zodiacal, y en constante persecución de las fuerzas negativas o retrógradas que van en *sentido contrario* al del Progreso Evolutivo del hombre, como lo son, por ejemplo, las constelaciones de Tauro, Cáncer y la Ballena, y también Capricornio.

EL VELO ROJO

Encontramos este elemento simbólico en el grado de Maestro de Israel (octavo en la enumeración dicha escocesa), que precede inmediatamente los tres aspectos del grado de *Elegido* propiamente dicho. El candidato es recibido descalzo, cubierto de un velo rojo, y con una rama de acacia en la mano derecha, preparación bastante apropiada al grado que estamos estudiando.

Los pies necesitan ser desnudos —como en toda importante *iniciación*— en previsión del áspero y largo camino que debe recorrerse, del que es preciso reconocer los obstáculos y las dificultades: el Camino que en el zodiaco indican los dos *peces*, símbolo de los pies, respectivamente dirigidos, *en ángulo recto* (el

ángulo de la escuadra), hacia el Norte y en el sentido de su Ascensión Diurna —es decir, el sentido de la mayoría de los asterismos zodiacales.

Representando la mente concreta y su facultad de observación, los pies son, al mismo tiempo, el símbolo natural de todo *progreso*, así como de toda ascensión *progresiva*. Aunque no nos permitan escalar el cielo, tomando la tierra como punto de partida, no hay en ésta *cumbre* que por su medio no sea el hombre capaz de ascender, ni camino que pueda presentarle obstáculos invencibles.

Aun los ángeles han menester de los pies del discernimiento práctico, cuando necesitan enfrentarse con las condiciones terrenas que, con ser tales, no son menos *sagradas* que el terreno reconocido y pisado por Moisés ante el zarzal ardiente. Toda etapa de nuestra Senda Evolutiva, así como todo palmo de terreno, toda piedra y toda roca en los cuales nuestros pies se apoyan o descansan, están *consagrados* tanto por su origen divino como por su finalidad sobrehumana. Por esta razón, en signo de reverencia, necesitamos reconocerlos con los pies desnudos que nos hacen *comulgar* con su verdadera esencia y razón de ser —quitándonos los zapatos que representan la ilusión de la visión material de la existencia.

En cuanto al *velo rojo* que cubre la cabeza del candidato, es evidentemente el símbolo de un estado mental y de una actitud eminentemente *positivos y activos*, en contraste con el estado y la actitud comparativamente negativos del grado anterior. A diferencia del velo negro que, en el grado de Maestro Secreto, muestra la necesidad de *morir* a la Ignorancia y el Error, el velo rojo como introducción al grado de Elegido indica la igualmente necesaria purificación de la Voluntad y de los *motivos* que lo impulsan a la acción, en los que no debe haber traza de interés personal, ambición o fanatismo.

Aquí se repite, pues, nuevamente *la prueba del fuego*, así como la prueba del Agua tiene analogía con el grado anterior de Maestro Secreto, siendo este último elemento símbolo de la Vida Inmanente en la transición, renovación y regeneración de todas sus formas.

Siendo sus vibraciones las más bajas del espectro, el velo rojo

hace patente la necesidad de *bajar en los infiernos* —es decir, en las regiones instintivas y subconscientes del alma— para llevar en ellos la influencia redentora y transmutadora de la Luz de la Verdad. No de otra manera puede destruirse la *raíz del mal* en nosotros, reconociendo y aniquilando los “malos compañeros” de la humana naturaleza: los errores y pensamientos negativos, nacidos de la Ignorancia; las emociones destructivas y toda indebida exaltación del *yo* personal que ahogan e impiden la manifestación de lo Divino Impersonal, lo cual únicamente puede establecer el Reino de los Cielos en nuestra Conciencia.

LA RAMA DE ACACIA

La *rama de acacia* que el candidato lleva en la mano derecha patentiza, en primer lugar, su calidad de *Maestro*; en segundo lugar, es el símbolo de su búsqueda incesante acerca del misterio de la muerte y de la inmortalidad, puesto que en su madera aromática y resistente acostumbraban los egipcios poner las momias de sus faraones, además de tener esa planta otros usos especialmente *sagrados*.

En tercer lugar, la rama de acacia hace particularmente referencia a la muerte de Hiram, que el Maestro Elegido tiene el deber de vengar o *vindicar*, persiguiendo sus causas que se ocultan en la misma naturaleza del hombre. Esta rama que encontramos por igual en los tres grados de Maestro, Maestro Secreto y Maestro Elegido (en los que se completa la Leyenda de Hiram), tiene analogía con la *rama de oro* que, según Virgilio, permite a Eneas descender en las regiones infernales, en donde su padre muerto le descubre el porvenir de su estirpe.

En cuarto lugar, la Acacia, de acuerdo con su significado griego de *inocencia*, recuerda al Maestro Elegido la necesidad de adecuar los *medios* a los *fines* constructivos que persigue, alejándole del error vulgar que justifica el empleo de cualquier medio para una finalidad laudable. La misma Verdad (o *verdadera Luz*), su reconocimiento y su afirmación silenciosa son, pues, las únicas armas de las que un Maestro puede valerse en su lucha en contra del mal y del error.

Finalmente, llevando en la mano una rama de ese árbol que

conserva perennemente sus hojas verdes, el Maestro Elegido tiene que demostrar su Fe y Esperanza *imperecederas* en el triunfo inevitable de la Verdad y del Bien, con relación a los cuales el error y el mal constituyen las fases preliminares, como aspectos negativos y transitorios, que suelen constituir el camino y el estímulo para la más plena expresión de aquéllos.

IDENTIFICACION DE LOS ASESINOS

Tratándose de un asesinato *simbólico*, y de una expedición punitiva igualmente alegórica —de los que no hay trazas en las Crónicas hebreas y que nunca ocurrieron con relación al Hiram bíblico—, el nombre de los asesinos y su formal identificación no tienen gran importancia.

Los nombres convencionales de *Jubelás*, *Jubelós* y *Jubelón*, si no son enteramente arbitrarios, pueden conectarse con el verbo semítico *yábal*, “conducir, ofrecer, ser transportado”, de donde derivan *yebul*, “crecimiento, fruto, producto”, y *yabal*, “río, corriente”, en cierta manera alegóricos a los que se dejan llevar por sus instintos y pasiones.

Sin embargo, estos nombres también se dan en las formas *Giblas*, *Giblis* y *Giblon*, nombres manifiestamente relacionados con Gebal, la ciudad fenicia de Biblios, y sus habitantes y los que de ella provienen, *gibelín* o *giblim*. Siendo esa ciudad y su región montañosa un importante centro de “cortadores de piedras”; dicha palabra también se ha tomado en este último sentido, es decir como sinónimo de “masón”; de manera que, en el fondo, sólo puede aludir a esta calidad.

También hemos de notar, con relación a la ciudad de Biblos, que fue precisamente allí donde encalló el arcón que contenía los restos del cuerpo de Osiris, pudiendo éstos significar la Tradición Iniciática aportada en Fenicia desde el Egipto; y por ende la conexión del mito masónico de Hiram con aquellos Misterios.

En cuanto a los nombres de Achirop (o Akirop), Gibs y Graveloth, también se prestan a ser diferentemente interpretados como alteraciones medievales y modernas de palabras originariamente semíticas. El primero como *hermano de Rapha*, o de los *rephaim*, nombre que significa la raza de los gigantes, los muertos, las sombras, los espíritus, y por ende los genios maléficos;

su sinónimo (o segundo nombre) *Abi-balac* significa “parricida”.

El segundo nombre parece una abreviación de *gibor* o *geber*, “guerrero, hombre fuerte, valiente o violento”; o bien *gibach*, “hombre calvo”.

En cuanto al tercero, puede interpretarse como *Ger beloth*, “extranjeros de los dioses”, o sea pagano; o bien *Ger abeloth*, “extranjeras de las pasturas (o desiertos)”. Es decir, en todo caso, un hombre que viene de afuera y que pertenece a otra raza o nacionalidad.

Este ensayo de interpretación etimológica no nos lleva, pues, muy lejos. A lo sumo, sabiendo que los tres *reales* asesinos de la Vida Elevada en el hombre (y del progreso de la sociedad) son la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición, nos permite identificar a Graveloth con la primera, Gib o Gibs con el segundo y Achirop con la tercera, como aquel que tiene el triste privilegio de darle el golpe mortal.

Estas *malas hierbas*, que a menudo prosperan en el jardín de nuestro crecimiento personal —hasta ahogar, alguna vez, la Divina Semilla de nuestra latente Inmortalidad, para cuyo desarrollo la vida y sus experiencias únicamente tienen razón de existir—, son las que, como *Maestros Elegidos*, debemos especialmente perseguir y aniquilar, estableciendo en su lugar el Imperio Iniciático (o *salomónico*) de la Luz, de la Paz y del Amor.

LOS NUEVE ELEGIDOS

Ya al hablar de la manera con la cual Salomón procedió a la elección de *nueve Maestros* encargados de localizar, aprehender y llevar ante su presencia a los tres culpables, hemos puesto de manifiesto su correspondencia —y, hasta cierto punto, su identidad— con las *nueve cifras*, base de nuestro sistema numeral humano, común a las tradiciones oriental y occidental.

Estas nueve cifras son las que valorizan al 0 de la Sabiduría Iniciática —que el mismo Salomón personifica— *expresándola* como Inteligencia y Discernimiento Práctico, para establecer la Justicia en su “reino” o *campo de experiencias*.

Cuando del 0, como punto de partida y *límite* de la fracción infinitesimal de la Unidad, en el *camino* de las Nueve Cifras

llegamos hasta completar la Década, se abren con ésta *nuevas* posibilidades de progreso. Por esta razón, casi simultáneamente con esta elección se presenta o aparece el hasta entonces *desconocido* número 10, que guía a los *nueve Maestros* en la *nueva* década subsecuente: un Camino con el cual todavía no se han familiarizado (y en el cual, por consiguiente, se consideran *extranjeros*), pero que el número 10 *reconoce* perfectamente.

Este nuevo Camino conduce del dominio de la *unidad* (o número 10) al dominio de la *dualidad* (o número 20), o sea del Oriente al Occidente, lo cual implica la necesidad de *regresar* al punto de partida (Salomón), para presentar ante esa Infinita Latencia el fruto o resultado de las experiencias así adquiridas.

JOHABEN

No se da, por lo general, el nombre de todos los Maestros Elegidos; pero hay bastante unanimidad sobre los primeros tres, respectivamente identificados con Johaben, Stolkin y Zerbal. Los amantes de las correspondencias astronómicas los identifican con los tres signos primaverales, Aries, Tauro y Géminis, que son los que están directamente opuestos a Libra, Escorpio y Sagitario, representando éstos los tres asesinos de Hiram.

En la ceremonia de recepción se suele también identificar al candidato con el primero de los Elegidos, Johaben, un nombre desconocido entre los hebreos, que parece, sin embargo, una forma de la raíz verbal *haba*, implicando las ideas de “don, ofrenda, sacrificio, amor”. Pero el evidente sentido que se le quiere atribuir es el de BEN YEHU, es decir “hijo de Dios”.

Como *primero*, es emblemático del Poder de la Unidad, representado en la tradición hebrea por Kether o *Corona*, el primero de los diez *sephirot*. En la conciencia de la Unidad de Todo, nada puede permanecer oculto; por esta razón, el mismo Johaben es también aquel que, en la leyenda del Tercer Grado, descubre a los mismos malos compañeros en la *gruta* (símbolo de la subconsciencia), de donde se salen sin que se pueda, entonces, aprehenderlos.

Le sigue Stolkin, el “plantador de Saturno”, el Maestro que, en la Leyenda del Tercer Grado, planta la rama de Acacia sobre

el montículo de tierra recién movida, en el cual fueron descubiertos los restos de Hiram. Representa éste el *segundo* "sepher", o sea Chocmac, la Sabiduría, que *planta* o pone la base de toda obra duradera. La *dualidad* que personifica está también representada por las dos Columnas, *fundamento* de la Logia, *así como* del Universo y de la Vida.

Viene como tercero Zerbal (probablemente de Zero-Baal, "brazo o poder del Señor"), aquel entre los Maestros que consiguió *levantar* a Hiram por medio de la Palabra de la Vida, acompañada por el quíntuple contacto de *perfección*. Este representa al tercer "sepher", Binah, la Inteligencia Creadora, o sea el mismo *verbo* evangélico "por medio del cual todas las cosas fueron hechas, y sin el cual nada de lo que es hecho fue hecho".

Estos tres Maestros, representando las tres primeras cifras, son los que tienen el papel más importante en la Leyenda de este grado, y en cuanto a los seis que los acompañan no necesitan salir de la anonimidad que los rodea.

Más importante que estos últimos son los otros dos ternarios constituidos, el uno por Salomón con Hiram, rey de Tiro, y el Desconocido, y el otro por los mismos culpables, de los que ya hemos hablado. Los culpables son las *cualidades negativas* —las tres pasiones, respectivamente *tamásica*, *rajásica* y *sátvica*— de las cuales los Maestros representan la superación, por medio del Esfuerzo Inteligente.

En cuanto al ternario constituido por los dos reyes y el desconocido *pastor*, representa el dominio de los Principios Eternos —el Espacio, el Tiempo y las condiciones—, dentro de los cuales necesitan verificarse todo progreso, toda evolución y toda superación.

Dado que el *camino* de los Elegidos se halla alumbrado por estas tres *estrellas*, también podemos identificar a Salomón (quien se sienta al Oriente) con la Estrella de la Mañana, al rey Hiram (sentado al Occidente) con la de la Tarde, y al Desconocido, quien los guía durante la noche, cuando ambas estrellas están ocultas bajo el horizonte, con Aldebarán, la gran estrella de Tauro, cuya luz es, en la Astronomía moderna, la *unidad de medida* de todas las demás.

Siendo las dos fases, respectivamente oriental y occidental, del

mismo planeta Venus, es evidente que la estrella de la mañana y la de la tarde nunca pueden aparecer juntas ni en el mismo día: cada una de ellas aparece cuando la otra ha desaparecido durante algún tiempo. Igualmente, Salomón e Hiram, aunque sue-
 lan juntarse en la *armonía de los opuestos* que se realiza en una Logia Masónica, tiene cada uno su propio separado dominio, como lo tienen en el hombre la Sabiduría y la Voluntad Inteli-
 gente que representan; por cuanto la primera preside sobre la Ciencia y la Filosofía, y la segunda sobre la técnica y la vida práctica.

En cuanto a Aldebarán, el ojo rojizo del Toro que resplandece en las noches del verano y del otoño, y que una vez (3000 años a. C.) marcaba el equinoccio de primavera, es una estrella ente-
 ramente independiente de nuestro sistema, hallándose a la dis-
 tancia relativamente cercana de 28 años-luz. Su luz viene, por lo tanto, de muy lejos, para alumbrar a los *elegidos* en una región que se halla fuera del *dominio solar* de los dos reyes; dado que los dos aspectos de Venus tan sólo *extienden* un poco más allá de su normal alcance la luz del astro mayor.

LUCIFERO

Los *elegidos* salen de Jerusalén, para su expedición, justa-
 mente a la hora cuando la *estrella de la mañana* asoma en el horizonte, como primer signo anunciador de la aurora. Tienen que moverse antes que los demás comiencen sus tareas acostum-
 bradas, alumbradas por la luz del día, porque la expedición es un *místico secreto*, del que ningún otro ha de darse cuenta prematu-
 ramente.

Esta estrella representa la primera vislumbre ideal que se pre-
 senta sobre el horizonte de nuestra inteligencia, anticipando y estimulando una nueva fase de *crecimiento en la luz*: es lo que nos pone *en marcha* para la realización de un Ideal o Plan que acabamos de concebir.

El *secreto* de la expedición es el mismo Secreto Interior que toda Semilla Ideal —todo ideal de Perfección o Plan de realiza-
 ción— necesita para su maduración y en las primeras fases de su actuación. Únicamente los *pensamientos elegidos*, constituidos

por nuestras propias aspiraciones, se ponen en marcha, despertándose a la primera luz trascendente que alumbra el campo de la conciencia, *saliendo de Jerusalén*: el estado de Paz y Quietud en que se hallaban, como resultado de sus anteriores esfuerzos. Salen del círculo de las limitaciones a las que se habían disciplinado, para alcanzar y conquistar nuevos horizontes y nuevas posibilidades.

Lucífero es, pues, el Gran Despertador: toda nueva Luz deslumbrante que se hace manifiesta en la conciencia individual, produciendo en ella una Divina Inquietud, que es el estímulo y la condición preliminar indispensable para toda nueva etapa o fase de progreso; pero tan sólo las almas maduras perciben esa Nueva Luz, y sólo los Elegidos se ponen en movimiento, respondiendo a su estímulo inspirador.

EL VIAJE

La distancia entre Jerusalén y Jopá puede recorrerse en uno o dos días. Y así deben de haberlo hecho los Maestros Elegidos, con el Desconocido Pastor, muy verosímelmente montados en caballos, siendo éste el medio de transporte más usual entre los pueblos asiáticos y conocido por ellos desde remota antigüedad. Esa cabalgada también justifica el título de *caballero* del onzavo grado escocés.

Ya sea que hicieran el viaje en una o dos etapas, la historia nos dice que llegaron los diez jinetes y el perro (del Desconocido) cerca de la orilla del mar y del lugar de su destino, cuando el sol estaba aproximándose al horizonte occidental. De manera que a la *accidentalidad* del lugar se suma la de la hora, en contraposición con la *orientalidad* de la hora y del lugar de partida.

El tiempo y el espacio coinciden para indicarnos un viaje *de Oriente a Occidente*, que es precisamente el Camino que se ha de seguir para la realización de todo Ideal y Obra inspirada: el Camino mismo que sigue la *creación progresiva* del mundo, como también la marcha constante de la civilización alrededor del globo. Es, pues, el viaje de la Luz, que siempre tiene en el Oriente su *cuna* y en el Occidente su *tumba*, al mismo tiempo que la plenitud de su realización.

Todo viaje que cumplen los *maestros* tiene por objeto una *extensión de la luz* y de su dominio: la aplicación, en el mundo de la manifestación, de los principios y verdades previamente reconocidos; y la realización que el *medio* permite hacer de los Planes o Ideas, intrínsecamente *perfecto*, que el Gran Arquitecto *inspira* en el momento apropiado. Pero también, al mismo tiempo, la *purificación* o *redención* de todo estado y condición inferior: un verdadero “descenso a los infiernos”, que también han de ser conquistados por la Luz.

Un descenso igual al de Istar en la tradición caldea; de Yama y Nishiketa en la hindú; de Deméter, Mercurio, Orfeo y Hércules en la griega, y en las demás tradiciones anteriores y posteriores. Dado que el *infierno*, Erebo o Tártaro, y el *Occidente* prácticamente coinciden, desde un punto de vista psicológico y simbólico, indicando las profundidades del alma y las regiones de la *subconsciencia*, en donde ha de ser llevada o proyectada la Luz Trascendente —una vez que haya establecido su pleno dominio en la *conciencia*—, para que así triunfe de los *enemigos del hombre* que se ocultan y tratan de permanecer ignorados en esas regiones.

De manera que el fin de los Maestros, en esta *aparente* expedición punitiva, no es de venganza, y tampoco de pura y simple *justicia humana*, sino de *iluminación*, *transmutación* y *redención*. Plutón es, pues, el *hermano divino* de Zeus; y en las profundidades del infierno hállase *oculta* la misma Luz Verdadera que en el Cielo de la trascendencia libremente resplandece.

CAMINO DE LAS SOMBRAS

Llegados justamente en el momento que el sol estaba a punto de desaparecer, iluminando de un color rojizo todo el cielo occidental, cerca del lugar en donde los tres Compañeros acostumbraban retirarse, los Nueve Maestros y el Desconocido hubieron de apostarse para esperar su llegada, y así aprehenderlos más fácilmente.

Vieron, efectivamente, poco después, aparecer a dos de ellos, caminando de prisa hacia el lugar en donde los esperaban: la Ignorancia y el Faanatismo marchan casi siempre juntos, dado que la primera necesita del segundo para proteger la seguridad

de su dominio incontrastado; y éste tampoco podría subsistir sin que aquélla limitara su horizonte mental.

La presencia de un peligro, empero, se impone y agudiza los sentidos aun de los seres que viven su vida principalmente en un plano instintivo; y el presentimiento del mismo suele afinarse en los que se acostumbrasen a vivir en lugares más o menos apartados y solitarios. A pesar de la extrema prudencia de los Maestros, y aunque no los vieran, de alguna manera hubieron de darse cuenta de que estaban siendo observados, y que algo insólito les esperaba. Por lo cual, habiendo llegado a cierto punto del camino, repentinamente retrocedieron, como presas del pánico; y volviendo sobre sus pasos se echaron a correr por detrás de las rocas.

Viéndolos correr, y así en peligro de escapárseles el objeto mismo de su viaje, también los Maestros se echaron inmediatamente tras de ellos. Todos menos Johaben, quien se había momentáneamente apartado.

Las asperezas del lugar y la incertidumbre acerca del camino por donde se escaparían los dos cómplices hicieron que sus perseguidores se dispersaran. De manera que, en definitiva, sólo dos de ellos —evidentemente, Stolkin y Zerbál— se hallaron sobre las huellas de los que huían y se les estaban acercando.

Al acortarse esta distancia, cuando los dos perseguidos se vieron acorralados a la orilla de un barranco, y sin otro camino de salida, un temor irreflexivo hubo de apoderarse de ellos, procurando evitar a toda costa el ser aprehendidos; probablemente pensando que difícilmente habrían podido substraerse de una muerte peor aún. Así pues, se precipitaron ellos mismos en el vacío abierto ante sus pies.

Perseguidos por la Luz de la Conciencia y por la Claridad del Juicio, los pensamientos enemigos del progreso y los residuos de su pasado instintivo tratan de huir, buscando entre las sombras del subconsciente la manera de sobrevivir. Pero la Luz todo lo alcanza, y la Ley del Progreso y Superación es inevitable. Antes o después, forzosamente, necesitan *regresar* al dominio de las sombras, en el que tienen su nacimiento precipitándose ellos mismos en el Abismo de la Disolución: el aspecto negativo de la Substancia Eterna de todas las posibilidades, el Ain-Soph o *Asat*.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

En aquel preciso momento en el que, al hundirse la luz crepuscular en la capa oscura de la Noche, los dos primeros compañeros que habían atentado contra la vida de Hiram se echaban voluntariamente en el abismo, muy cerca de la playa, una roja lucecita brillaba por encima del horizonte marino, justamente en el lugar por donde el sol había desaparecido.

Es evidente que esta segunda estrella no puede ser la misma Venus, por hallarse todavía en su período de aparición heliaca, como Estrella de la Mañana; tampoco podría la estrella benéfica de la Paz, del Amor y de la Esperanza, presenciar con su influencia la hora trágica del suicidio de los dos criminales. Podríamos, tal vez, identificarla con Mercurio, tradicionalmente el más curioso entre los planetas y los dioses, pero que difícilmente se deja ver, acostumbrando esconderse en el propio ígneo Carro de Helios, o bien vagar en sus cercanías.

Pero, si bien en compañía de Phosphoros o Hephestos —artista admirable y vengador implacable—, fácilmente podría presenciar las acciones destructoras, es mucho más probable que esa estrella rojiza fuera Marte o Saturno, todavía cerca del Sol, con el cual hubo de estar en conjunción el día de la muerte de Hiram. Sólo esos planetas, tradicionalmente maléficos o fatales, pueden vibrar en simpatía recíproca con los momentos más trágicos de la existencia, e iluminarlos con su presencia.

Esta luz trágica sobre el abismo, testigo de la muerte reciente de dos entre los simbólicos asesinos de Hiram, tuvo el poder de atraer y reunir a los otros seis Maestros con el guía que los acompañaba, junto a los que habían presenciado la desaparición de los culpables. Todas las *facultades* del alma se reúnen, pues, y juntan sus esfuerzos, cuando las tareas más difíciles se les presentan, imponiendo su cooperación.

Después de cambiar brevemente sus impresiones, los ocho Maestros deciden descender inmediatamente, y el Pastor que los conduce se esfuerza en guiarlos por la senda que lleva al fondo del abismo, no muy lejos del mar. Aunque, dada la altura de la escarpada en ese lugar, sea muy improbable que los perseguidos sean simplemente heridos, los animales salvajes pueden hacer

desaparecer sus restos antes que puedan llevar ninguna prueba de su muerte efectiva al Rey, quien los ha enviado en esa misión. De ahí la necesidad de obrar en seguida, sin esperar el día siguiente, a pesar de los peligros propios de esa hora, pues es cuando los animales salen de sus cuevas.

Encendiendo y llevando cada cual su propia luz, descenden los ocho Maestros, en pos de su guía, por la senda abrupta de él conocida, la que finalmente los lleva al fondo del abismo, en donde, después de muchas pesquisas, logran reconocer los restos desparramados de los dos infelices. Después de apoderarse de sus cabezas, regresan por el mismo Camino.

Este nocturno reconocimiento simboliza la necesidad que tenemos de bajar constantemente, por medio de la reflexión, *hasta el fondo* de cada una de nuestras experiencias diarias, tratando de *iluminarlas* por medio de la Luz que en nosotros mismos llevamos y somos.

LA CAVERNA DE LA AMBICION

Stolkin y Zerbai, cada uno de ellos encabezando una terna de Maestros, han sido testigos de la aniquilación —dentro de sí mismos— de dos entre los tres grandes enemigos de todo Progreso Humano: la Ignorancia y el Fanatismo, que siempre acostumbran ir juntos porque necesitan sostenerse mutuamente. Pero ninguno puede ser *verdaderamente Maestro* —y, por consiguiente, *dignamente elegido*— mientras la huella más pequeña de ambición permanezca abrigada en su corazón.

En la soledad de su propio ser íntimo es donde el Maestro tiene que enfrentarse con ese enemigo mortal de sus más altas posibilidades y el éxito mejor y mayor de su labor, analizando con la más aguda penetración del *discernimiento* los motivos verdaderos de sus acciones, hasta que el Amor, en su más alto significado, y la Pura *expresión* de los Planes Perfectos del G. A. . . sean sus únicos impulsores.

Como *primer elegido*, necesitaba Johabben enfrentarse solo con esta tarea. Por esta razón no lo encontramos con sus ocho compañeros, ocupados en perseguir —con el Amor de la Verdad y su Comprensión Iluminada— a la Ignorancia y el Fanatismo.

La leyenda nos dice que se había apartado y que el *perro* del pastor estaba con él, ya sea que éste le siguiera o que le sir-

viera de guía. Este animal, acostumbrado a vigilar el rebaño de su amo, para que no se extravíe, y a defenderlo, es un símbolo de la facultad que en nosotros adquiere el control sobre los pensamientos, guiándolos fielmente en la dirección previamente establecida por la Voluntad.

Con el perro, descubre Johaben la entrada de una *caverna* semiculta entre las rocas, cerca de la cual se encuentra una fuente de *agua pura y cristalina*: un conjunto simbólico que nos trae a la mente inmediatamente el de los Misterios de Mitra.

Como teatro o receptáculo de una nueva tragedia psicológica, la caverna tiene su evidente correspondencia microcósmica en el *corazón*, en estrecho contacto con el Manantial de la Vida. Cualquiera interpretación sexual que quisiera hacerse de ella sería, pues, enteramente fuera de propósito con el tema de este grado.

Bajando por las gradas toscamente labradas, en el fondo de una especie de corredor obscuro entrevé Johaben una débil luz, y, siguiéndola, se encuentra a la entrada de la gruta propiamente dicha. En la gruta se halla un hombre: el tercero de los tres asesinos de Hiram —aquel que le infirió el golpe mortal—, el cual se preparaba para descansar.

En este momento, repentinamente y sin razón aparente, *una viva luz inunda* la caverna. Probablemente, la antorcha semiapagada que Johaben había dejado cerca de la entrada, al estar en contacto con las hierbas o pajas que allí se encontraban, hubo de encenderlas; o bien, cualquiera fuese su causa exterior —dado que se trata esencialmente de una *luz interior*—, el hecho es que el lugar, hasta entonces semiobscuró, se iluminó violentamente con la misma presencia de Johaben.

Entonces, el hombre que se había acostado se levanta de golpe; y viendo a Johaben con las insignias de Maestro, tal vez creyó reconocer en él al mismo Hiram, cuya imagen lo venía persiguiendo como una obsesión. Esa vista inesperada, en el medio de su soledad y en un estado psicológico anormal, hubo de enloquecerle; y no hallando por lo pronto ningún otro camino de salida ante una visión insoportable, cogió el puñal que estaba a su lado —con el cual pensaba defenderse cuando quisieran aprehenderle— y se lo clavó en el corazón. Así terminó con su existencia el tercero y el más peligroso entre los asesinos de Hiram.

Y así parece la Ambición en nuestro corazón — toda ambición indigna de nuestro Ser Real y del objeto más verdadero de nuestra existencia— cuando se proyecta en ella la luz del Discernimiento y reconocemos los objetivos más reales de nuestra vida, en armonía con su Plan Divino.

La ambición personal, representada por Akirop, que no se detiene ante el crimen para conseguir su objeto— gozar las ventajas y privilegios de los Maestros sin esforzarse por merecerlos, ni cumplir con las obligaciones y deberes inherentes a tal cualidad—, no pudo resistir la vista de la ambición impersonal, representada por Johaben, de *hacer simplemente su voluntad*: la Voluntad de la Sabiduría Eterna que nos ha enviado en la experiencia terrenal *para nuestro progreso y la realización de sus planes*.

Como móvil de la acción, Johaben es, pues, la encarnación del Amor Puro y del celo desinteresado: el cumplimiento de algo *superior* a las limitaciones de nuestro punto de vista personal, por cuyo medio *crecemos* a la altura de lo que nos trasciende.

EL PUÑAL Y LA ESTRELLA

Como arma *simbólica* que mana del Poder de la Presencia, puñal de mango de oro y hoja de plata, que ha servido para el suicidio del culpable, muy bien puede identificarse con el *rayo* argentino de la estrella, que verticalmente desciende en el propio corazón de las tinieblas para *destruirlas y redimirlas* con el Misterio inefable de su Luz, procedente de las lejanías del Tiempo y del Espacio.

¿Es éste Antares —el rival de Marte, la estrella siniestra que brilla en el corazón del Escorpión y que la ciencia nos presenta como una maravilla por su cósmica extensión— o bien Aldebarán, el ojo izquierdo de Tauro, una estrella relativamente cercana a nuestro sistema, que marcaba una vez el equinoccio primaveral? ¿O tal vez Algol —la Cabeza de la Medusa o del Diablo—, considerada por la astrología antigua como una de las más violentas y peligrosas?

Cualquiera entre estas estrellas pudo presidir este trágico fin, esta Némesis o Karma, por virtud de la cual todo *destructor* corre inexorablemente hacia su propia destrucción, o bien es inducido

a destruirse a sí mismo. Y las tres estrellas mencionadas, casi contemporáneamente ocupan ambos lados del horizonte, en la hora en que alcanzan su mayor fuerza activa.

Cualquiera sea la Estrella que individualmente queremos asociar con la hora trágica en la cual casi contemporáneamente perecieron los tres asesinos de Hiram, víctimas de su propia locura al pretender eludir la Ley, también podemos considerarla impersonalmente como símbolo representativo del Misterio cósmico que nos rodea, el cual con su influencia conjunta se hace el intérprete infalible de la Ley Universal de Justicia, que da a cada uno simplemente *lo suyo*: lo que merece y le pertenece.

Más que el arma típica de la venganza, como suele considerarse en el mundo profano, el *puñal* que el Maestro Elegido lleva consigo como joya simbólica es un emblema de Luz y Discernimiento: es, tal vez, la *penetración* de la Verdad y la *compenetración* de la Ley de Justicia que todo lo cuida y todo lo cuenta de manera tan exacta como segura.

El Maestro *no puede* —por la Ley de su propia Naturaleza Espiritual— ni vengarse personalmente, ni hacerse intérprete o instrumento de la venganza de la Sociedad: si así lo hiciera se haría cómplice de un nivel inferior de inteligencia y penetración, de aquel nivel puramente *humano* que, como Maestro, necesita haber trascendido.

Sus únicas *armas* son el pensamiento y el discernimiento, dirigidos por la Sabiduría y el Amor: por esta razón, no puede nunca tratar de *herir*, sino tan sólo de *redimir*. Su *presencia* es la presencia de la Luz, que hasta se esfuerza en moderar, para que no hiera los ojos que no están acostumbrados a percibirla; y la Verdad que de él emana es idéntica a la Vida y sus *inherentes* rectitud y perfección. Por esta razón únicamente pudo esa Presencia, acostumbrada a *sanar, aliviar y elevar*, estimular el remordimiento hasta conducir a los tres culpables al suicidio.

Estrella y *puñal* están asociados, como la Ley Celestial y su efecto terrenal; como el Poder de la Luz y su efecto destructor sobre las tinieblas. Como la Verdad, ante la cual huyen la Ignorancia y el Fanatismo, y cuya vista la Ambición personal tampoco es capaz de soportar: la Verdad que *conoce* la

Ley, identificándose con su observancia; y de la misma manera observa cómo todo necesita obedecerle.

En otras palabras, la Presencia del Maestro es una especie de *catalizador viviente* de la Verdad y de la Ley, que hace precipitar su acción; y el puñal es tan sólo el símbolo de la *acción de la Ley*, en cada determinada circunstancia —o cruzamiento— del espacio y del tiempo. No es el Maestro quien obra, sino la *Ley por sí misma*, de una manera no muy diferente de como la luz del día estimula las acciones y la vida activa de la gran mayoría de los seres vivientes, desde la flor hasta el hombre.

LA FUENTE CRISTALINA

Piedad y Benevolencia son características inseparables de la calidad de Maestro, y la venganza, aun la más impersonal, un sentimiento que nunca puede hallar lugar en el corazón de quien todo lo ha superado y se esfuerza por latir al unísono con la Vida Universal.

El hombre malvado y aun el criminal no pueden suscitar en él otro sentimiento que la *compasión* —sentimiento que es, en el fondo, un aspecto de la más noble y positiva entre las emociones: el Amor, que de por sí excluye el odio como la venganza.

La actuación de cada ser humano, recta u oblicua, noble o indigna, simplemente *demuestra* su grado evolutivo y su discernimiento, así como los sentimientos, deseos y aspiraciones que dominan en su fuero interno. Las leyes y códigos exteriores, y las sanciones que los acompañan, ejercen una saludable influencia inhibitoria sobre las acciones; pero no lo pueden hacer crecer a uno por encima de sus propias motivaciones determinantes y de los deseos que lo dominan.

Demostrando su ignorancia y falta de discernimiento, el criminal es un ser que necesita ser *educado e iluminado*: viviendo en comparativas tinieblas, ignaro de las verdaderas razones y de las finalidades de la existencia, aquello de lo que más carece y que más necesita es precisamente *la luz*. Y cuando la luz se le presenta de una manera tan imprevista y tan intensa —obedeciendo a la necesidad de ella—, sus efectos pueden ser tan catastróficos como en el caso que acabamos de examinar.

Habiendo sido testigo de la muerte del criminal que infirió a

Hiram el mortal *golpe de martillo* en la frente —con aquella voluntad prepotente de la cual hubiera debido servirse para pulir las asperezas de su propio carácter—, Johaben sale afuera y se refresca, apaciguando su sed ardiente con el agua cristalina cuyo manantial muy providencialmente encuentra cerca de la gruta.

Este símbolo del agua *pura y fresca* que sigue al fuego abrasador de una experiencia de violencia inaudita, nos transporta análogamente a considerar cómo la Naturaleza, con su Previsión Omnisciente, igualmente nos presenta oportunamente el refrigerio que precisamente necesitamos, toda vez que un *fuego* de cualquier naturaleza se haya, por una u otra razón, encendido en nosotros o fuera de nosotros.

El *néctar* o *amrita*, representado por “el Agua Cristalina que mana de las rocas”, corresponde, pues, a un hecho o realidad tanto de orden fisiológico como psicológico, y son muchas y variadas las analogías que puede despertar en nuestra mente.

La más elemental de ellas son las lágrimas, que se producen naturalmente en los ojos, como respuesta y reacción de nuestro organismo a toda violenta emoción. Cuando el fuego de la pasión, de la irritación, del dolor o de la desesperación se haya manifestado con ardor abrasador en nuestro pecho o en nuestro cerebro, ese humor refrescante y cristiano mana muy oportunamente *entre las rocas* de nuestra cabeza, apagando el incendio, a la par que aclara nuestra visión.

Igualmente, todo ardiente esfuerzo mental, toda búsqueda intensa de la Verdad o de la solución de un problema que parece insoluble, encuentra en el agua cristalina de una súbita inspiración, o bien en un sano olvido refrescante, el poder apaciguador y el bálsamo que necesita.

Las *aguas de la generación*, como las de la *regeneración*, también responden fisiológicamente al calor ardiente y al orgasmo del Amor, que tiende y hace vibrar todas las fibras de nuestro Templo orgánico. Todas nuestras glándulas endocrinas obedecen a esta misma ley, secretando sus propias *aguas vitales*, como respuesta al fuego que las necesidades de nuestros crecimiento y de los ciclos fisiológicos hayan encendido.

Finalmente, cuando se enciendan en nosotros los *fuegos* más sutiles y resplandecientes de los Centros Vitales, también se pro-

ducen en respuesta las aguas orgánicas que, mientras los moderan, tratan de levantar todos los tejidos a la altura vibratoria de esa nueva tonalidad regeneradora.

LAS TRES CABEZAS

Como *pruebas* de la muerte de los criminales, necesitan los Elegidos, según una costumbre bárbara pero en esos tiempos muy extendida, traer en su viaje de regreso las tres cabezas.

Este lúgubre trofeo, del cual necesitan apoderarse, tiene su analogía mitológica en la leyenda griega de Perseo, uno de los *héroes* más típicos de la antigüedad: el hijo de Júpiter, el cual, metamorfoseado en *luz divina*, descendió en la áurea lluvia de su himeneo celestial sobre Dánae, su madre (nombre que en persa significa Sabiduría), que así pudo concebirle.

A semejanza de Johaben, Perseo encuentra dormidas a Medusa y sus hermanas *en una gruta* llena de las estatuas en las que habían quedado convertidos todos los que previamente sufrieron su mirada petrificadora. Tan sólo con la asistencia de Minerva y Mercurio —la *sabiduría* y la *inteligencia*— pudo Perseo cumplir con la orden del rey Polidecto, de librar el país de ese terror, símbolo del Poder de la Ilusión, capaz de inutilizar bajo su dominio a los hombres más valientes.

Caminando hacia atrás, para evitar contemplarla; guiado por el escudo, don de Minerva, que le servía de espejo, ejecutó Perseo la peligrosa hazaña por medio de la *guadaña*, el arma saturnina que le había dado Mercurio, junto con sus aladas sandalias. Esto significa la dificultad inmensa de vencer a la Ilusión, cuando esté despierta, con sus mil hechizos; y como es más fácil cogerla de improviso, mirando, en lugar de su *apariencia* engañadora, su reflejo frío y fiel en el espejo de la Sabiduría.

En cuanto a la *gadaña*, como *arma cíclica*, nos indica cómo la superación o vencimiento de la Ilusión sólo puede realizarse *en la madurez de los tiempos*, al término del ciclo de su dominio necesario. Y para que se acabe prontamente el poder malhechor que sigue perteneciéndole, la cabeza es inmediatamente recogida en la alforja de las Grayas, que la oculta a las miradas de los que de otra manera seguían siendo sus víctimas.

Con las mismas sandalias aladas, y el casco que asegura la

invisibilidad, puede substraerse a la persecución de las dos hermanas de Medusa que se habían despertado, mientras de la sangre que brota del tronco decapitado sale providencialmente el Caballo Alado del *pensamiento libertado*, con el cual emprende su viaje de regreso.

Como los compañeros culpables, tres son también las Gorgonas. Pero una sola de ellas es mortal y vulnerable, por representar el Poder de la Ilusión que obra en el mundo físico, en el dominio de la acción y de los efectos sensibles. Euriala y Esteno representan el mismo Poder Ilusivo en los planos superiores de la emoción y del pensamiento, y para vencerlas necesitan armas y métodos muy diferentes. Puede el hombre substraerse a su dominio por medio de la Fuerza Alada de su propia Inteligencia; mas no le es dado alcanzarlas en el plano elevado que les corresponde.

LA TRIPLE VICTORIA

A semejanza de la tríplice victoria de los Maestros sobre la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición, tríplice también es la hazaña y la victoria de Perseo. La primera de las tres victorias que acabamos de relatar es, sin embargo, la más difícil: mientras la *ilusión*, en cualquiera de sus formas, extiende sobre nosotros su Poder Soberano, no nos es posible dar ningún paso seguro hacia adelante. Nos hacen falta la Fe y la Seguridad que patentizan el reconocimiento íntimo de LO REAL —en el cual únicamente residen la Sabiduría y el Poder— y el firme apoyo de nuestra conciencia en Aquel que nos permite *seguir* su Guía Omnisciente y ser vehículos de su Omnipotente Poder.

El monstruo al cual Andrómeda estaba a punto de ser sacrificada es un aspecto de ese Fanatismo ignorante de que *la religión existe primeramente para servir al hombre*, guiándole en su progreso espiritual, que es esencialmente un *producto humano*, a la par de la Sociedad y de la Civilización, y que, por consiguiente, sin él no tendría ninguna razón de ser. El alma humana (Andrómeda), a la cual la religión debería *ministrar*, liberándola de la ignorancia y de la pasión, es por ella aprisionada y atada sobre el escollo de una creencia irrazonable, en poder del monstruo marino que representa a la misma religión en su aspecto destructivo.

El mismo Poder de la Ilusión, representado por la Cabeza de Medusa, una vez *dominado* y *apropiado*, por medio de su vencimiento, sirve de arma al Iniciado, que simboliza Perseo, para aterrar a ese monstruo *creado por el hombre* (del que deriva, como toda religión, su fuerza y poder) hasta petrificarlo o reducirlo al estado impotente de un puro recuerdo.

El Alma Humana así libertada, a pesar de su comparativa debilidad, se convierte en la compañera fiel del Espíritu —la *conciencia* de la Esencia Divina— que Perseo, como hijo de Júpiter (el Padre Celestial) indica muy apropiadamente, identificándose ambas polaridades del ser humano en una misma finalidad y un mismo destino.

De una manera análoga se verifica la victoria sobre la ambición usurpadora del tirano Polidecto, siendo suficiente a Perseo extraer la maléfica cabeza de su Alforja para que aquél, con todos sus compañeros, con sólo mirarla, queden reducidos a estatuas inanimadas. Esta victoria simboliza cómo las circunstancias en apariencia más contrarias, por sí mismas se eliminan o se transforman, perdiendo así su poder de oponerse al Iniciado y al hombre de fe, que tiene un firme propósito *en armonía* con el Plan Divino.

La simple *presencia* —y el poder que de ella emana o la acompaña—, como en el caso de Johaben, es suficiente para que *lo que tiene que verificarse* se precipite por sí mismo en la forma más oportuna.

Nótese, en el caso de Perseo, cómo la primera de las tres victorias tiene lugar en el *Occidente*, asiento del dominio fenoménico y de la Ilusión; la segunda en el *Sur* (Etiopía), la región o dirección que simbólicamente corresponde al Fanatismo; y la tercera al *Oriente*, en donde suele apostarse la Ambición, símbolo, del compañero que infirió a Hiram el golpe mortal.

EL HEROE SOLAR

Sin llegar al extremo de considerar a todos los héroes (incluido Hiram) como puras y simples personificaciones alegóricas de la luz solar, y de su triunfo sobre la noche, las nubes y el frío del invierno, es indudable que todos los héroes mitológicos presentan algunos rasgos característicos que bien se prestan a su comparación con la benéfica Fuente Celestial de la Luz y de

la Vida, no solamente para nuestro planeta, sino también para sus compañeros, en el sistema al que pertenecen.

Como Perseo y Horus, como Hércules e Hiram, todos los héroes son *hijos de la Luz*, en un más alto grado de lo que pueden serlo y parecerlo los demás mortales. Más bien que *evoluciones*, como todas las manifestaciones de la naturaleza, incluido el hombre, se ha querido considerarlo como *avatares*, es decir, emanaciones, manifestaciones o incorporaciones directas, *encarnaciones* de la Luz Divina, que tiene en el Sol su emblema, su trono o su morada.

Cómo y cuándo ese punto de vista, que invoca la trascendencia de la excepción, corresponda con la Verdad y armonice con el concepto de un universo que tanto espiritual como materialmente obedece a la Ley Evolutiva, no es siempre igualmente fácil de determinar. Pero, como regla general, es indudable que la creencia en una directa encarnación nace o se forma gradualmente algún tiempo después de la muerte de la persona a la cual concierne, desvaneciéndose o sublimándose sus rasgos puramente *humanos*, y dura más o menos hasta que otra nueva personalidad se le va substituyendo y acaba por eclipsarla.

En todo caso, la *apoteosis*, que tiene lugar en la mente de las sucesivas generaciones, suele ser gradual, atribuyéndose a la personalidad así inmortalizada rasgos y cualidades de la divinidad a la cual más se acerca, y a la que, en principio, pertenecían.

En cuanto a la fortuna más o menos larga, pero siempre pasajera, de todos los avatares, no nos puede extrañar cuando sabemos que lo propio sucede con *todas* las divinidades sin excepción. Tanto en la India como en Grecia podemos observar las sucesivas manifestaciones de la Divinidad Solar como Sávitara, Mitra, Surya y Vishnú en la primera; como Hiperión, Apolo y Helios en la segunda. En Egipto igualmente, Osiris y Horus ceden su lugar a Amón y Ra, unificados como Amón-Ra, hablando tan sólo de las divinidades más conocidas.

Aun entre los más conservadores pueblos semíticos, el más antiguo dios de la luz, El o Ilu, que aparece en los primeros capítulos del Génesis en su forma plural sintética de *Elohim*, cede su lugar a Iah o Jehová o Adonai (Nuestro Señor), para luego reencarnarse en el único dios de los mahometanos, *Allah*, "el clemente y misericordioso".

Y lo mismo ha sucedido entre nosotros, los pueblos de descendencia aria, pues el español Dios, a través del latín *Deus*, directamente se deriva de *Div* o *deva*, el primitivo nombre del Dios del cielo y de la luz.

MITRA Y SUS MISTERIOS

Una característica común a todos los dioses y héroes solares es su representación en forma de disco, o bien el disco como su arma o atributo: desde el disco humanizado del dios egipcio Râ hasta aquel que sirve de fondo y aureola dorada en la iconografía cristiana.

En la mitología védica, el disco era el arma preferida tanto de Mitra como de Vishnú, y de sus predilectas encarnaciones representativas, como Rama y Krishna. La flecha también hubiera podido considerarse como símbolo de los rayos solares; pero su uso más universal no le permitía ser un atributo exclusivo. Por otro lado, en ciertos pasajes de los poemas hindúes se habla del disco como de un *arma misteriosa y terriblemente poderosa* de Vishnú, cuyos efectos letales (que conmueven los *tres mundos*) la hacen comparar con la más reciente aplicación científica de la desintegración e integración atómicas para fines destructivos.

Así como el nombre de Aryavarcha se ha transformado en el de Irán, así igualmente los primitivos *devas* arios se han vuelto demonios, y los *asuras* demoníacos han llegado a ser la Divinidad por excelencia, Ahura Mazda; así igualmente al pasar de la India a su última encarnación en Persia, casi contemporánea con los orígenes cristianos, la figura védica de Mitra —como parte integrante de la trinidad que formaba con Varuna, el dios del Cielo, y Aryamán, el de la estirpe— no podía menos de sufrir una igualmente profunda mutación.

En la religión misteriosófica mitraica, que tuvo muchos adeptos entre los legionarios romanos, y que éstos difundieron hasta donde alcanzaron sus conquistas, Mitra era la emanación de la Luz Creadora, simbolizada por Ahura Mazda (u Ormuz), tomando el lugar del primitivo Varuna (el *Uranós* griego), su *hijo* y campeón en la lucha cósmica con Arimán (evidente inversión maléfica del benéfico Aryamán), cuyos rasgos, como Genio del

Mal, lo hacen comparar con el semítico *Satán*, exagerando los aspectos más sombríos del Varuna védico.

Mitra viene a ser, así, el aspecto accesible al hombre de la Suprema Divinidad excelsa y trascendente, una divinidad familiar y protectora, como lo fue otrora Hércules entre los pueblos arios del Mediterráneo, y como después vino a serlo el Cristo en la teología posterior. La Divinidad que podemos invocar, que nos escucha y nos comprende, y que diariamente nos asiste en la lucha común en contra del Principio del Mal y de las Tinieblas.

Los misterios de *Mitra*, que según parece tenían de tres a siete grados, se realizaban a cubierto de la curiosidad profana, en grutas subterráneas, muchas de las cuales se han conservado hasta hoy. Entre los ritos simbólico-iniciáticos tomaba preeminencia el sacrificio de un toro, como lo demuestran los bajos relieves, símbolo evidente del vencimiento indispensable de la inferior naturaleza instintiva y pasional, para poder luego manifestar la energía leonino-solar del Hombre Espiritual, cuya posesión simboliza la garra de león que los masones bien conocemos.

No es imposible que la moderna tauromaquia, aun hoy día familiar y aceptada entre los pueblos hispánicos, sea en parte la superstición material degenerada de ese rito esencialmente simbólico, como claramente lo demuestran las prescripciones éticas de una vida pura y los fragmentos rituales que han perdurado hasta nosotros.

El nacimiento de *Mitra* de una roca se festejaba cerca del solsticio de invierno, y contribuyó en parte para que en esta misma fecha fuera después celebrada la navidad de Jesús, que, según algunos, habría tenido lugar en una fecha muy diferente. Se simbolizaba *Mitra*, como *Helios*, por medio de una cabeza humana radiante, o bien con un cuerpo humano andrógino, con cabeza de león, cuatro alas de águila y una serpiente enroscada.

Las cuatro constelaciones intermedias del zodiaco —el Toro, el León, el Escorpión y el Águila— tenían, por consiguiente, una parte preponderante en su simbolismo, refiriéndose a los cuatro principales constituyentes del hombre: el Cuerpo, el Ego, el Alma y la Inteligencia. El primero necesita mortificarse, ordenando y dominando constructivamente los hábitos del cuerpo; los otros

libertarse y purificarse, para que manifiesten la *perfección innata* del Ser.

La figura familiar de Mitra Tauróctono —el dios Mitra, o tal vez el iniciado en sus misterios, sacrificando a un Toro, dentro



de una *gruta*, encima de la cual aparecen las figuras humanizadas del Sol y de la Luna— tiene una especial relación con el simbolismo del grado de elegido. En ella vemos, pues, a un *perro* bebiendo ávidamente la sangre que sale de la herida, brotando de la arteria principal, mientras un *escorpión* muerde las partes

genitales, con las cuales se halla, por otro lado, en correspondencia zodiacal.

De acuerdo con la religión persa, de la cual provino el mitraísmo, el mundo fue regido exclusivamente por Ahura Mazda, durante los 3000 antes de la creación del hombre y en los 3000 años subsecuentes. Es decir, aproximadamente (de acuerdo con la cronología convencional), hasta la muerte de Hiram, que coincide con el advenimiento del poder del espíritu del mal (*Ahrim-an*, curiosa transposición de Hiram), con el cual el hombre, auxiliado por Mitra, ha tenido que luchar durante los 3000 años subsiguientes, que, afortunadamente para nosotros, se están acercando a su término.

REGRESO A JERUSALEN

El alba del nuevo día ve a los Nueve Elegidos, y a su acompañante, en su marcha de regreso hacia Oriente, alumbrando su camino la misma *estrella* simbólica e inspiradora de todas las esperanzas ideales.

Este regreso es análogo al de Perseo y de Hércules, de sus empresas heroicas en las extremas regiones occidentales —regiones que, conocidas desde la más remota antigüedad, quedaron después de largos siglos fuera del alcance y de la mirada de los pueblos mediterráneos.

Aun cuando corto, ese viaje de Jopá a Jerusalén, de la costa fenicia al centro de la Judea en su apogeo salomónico, es altamente significativo de dos mundos tan diferentes, si bien cercanos, entre los cuales constituye una conexión: aunque estén contiguos, como lo están dentro de la Logia o de un templo dedicado a cualquier religión, el *Oriente* y el *Occidente* siempre se diferencian netamente el uno del otro, así como se diferencian por su diferente orientación los dos polos del imán más pequeño.

De la riqueza espléndida, variada y múltiple del arte pagano, en el cual la figura humana predomina, como la obra más hermosa y perfecta de la naturaleza, a la severa sencillez hierática de una religión que proscribe “los demás dioses” y prohíbe toda representación humana y divina, indudablemente la distancia, aun cuando corta en términos de espacio, es inmensa como visión.

Pero para los Elegidos, familiares con la manera de vivir

hebrea como con la de los pueblos cercanos, ese regreso tiene el significado simbólico de la vuelta al estado de conciencia de *paz* y *quietud* , alegórico en el nombre de Jerusalén, después del bullicio inquieto, excitante y tumultuoso de la costa occidental, bañada por un mar en el cual comunicaban y comulgaban pueblos y civilizaciones diferentes: los egipcios con su pasado plurimilenario; los etruscos y los pelasgos, con los cuales comerciaban los fenicios y sus colonias; los antiguos iberos, los celtas, y los jóvenes pueblos helénicos e itálicos, recién inmigrados de su misteriosa patria oriental.

Regresan llevando consigo los trofeos de una Victoria alcanzada sin lucha y sin violencia: la victoria sobre los enemigos de la Vida Elevada del hombre, que retardan su progreso pervirtiendo sus aspiraciones. La victoria sobre la pasividad y la inercia mental, que hacen preferir muchas veces el error a la Verdad, la oscuridad sombría y nebulosa de la noche a la diáfana claridad del día. La victoria sobre la pasión, que aleja al hombre de su mejor juicio y lo hace desviarse de la recta senda que con el tiempo haría triunfar sus esfuerzos. La victoria sobre la tendencia egocéntrica, que le impide comulgar *en espíritu de servicio* con el Plan Evolutivo del universo, y cooperar simplemente con su mejor realización.

LA FUERZA DE LA PAZ

Muy pronto se efectúa el viaje de regreso en un camino perfectamente conocido, y los Nueve Maestros acompañados por su guía ingresan por la puerta occidental al ponerse el sol, proyectando ante ellos sus largas sombras. En la corta luz crepuscular llegan al palacio de Salomón, quien los estaba esperando, y son admitidos inmediatamente en su presencia.

La misma sala de audiencia enlutada los recibe, en donde antes habían acogido la orden de ir en pos de los culpables, aunque ese negro sea ahora en parte anacrónico, después que la muerte de Hiram ha sido vindicada por medio de la tríplice victoria.

A pesar de su tradicional sabiduría y de la calma proverbial que se le atribuye, Salomón queda a la vez muy sorprendido y enojado apenas se da cuenta de lo que llevan los Elegidos en sus alforjas, en lugar de traerle, como hubieran debido hacerlo.

a los tres criminales aprehendidos. Y no puede menos de sospechar que, movidos por un exceso de celo y por el deseo de vengar al Ilustre Desaparecido, se hayan anticipado arbitrariamente en la justicia que consideraba como su propio exclusivo privilegio; ignorando, evidentemente, que la Justicia verdadera es el privilegio de la Ley que todo y a todos nos gobierna, de la cual todos los jueces y juicios humanos pueden, a lo sumo, ser imperfectos y limitados instrumentos.

Es cierto, pues, que aun las más nobles cualidades se hacen vicios cuando se excedan indebidamente, alejándonos del Equilibrio sereno y soberano, indispensable para nuestro constante progreso y crecimiento en la Luz, no menos de lo que lo sea materialmente para las plantas, que sólo pueden crecer y perdurar en cuanto sepan conservarlo. Por lo tanto, un exceso de celo, arbitrándonos en una justicia o venganza que nunca pueden pertenecernos personalmente, es una culpa y un crimen de los cuales el Discernimiento Superior y la conciencia moral, simbolizados por Salomón, necesitan ser jueces impasibles.

Salomón, en este caso, viene a ser una pura y simple objetivación de la Conciencia Intima de cada ser humano —y en particular de cada candidato al grado de Elegido— para cerciorarse de la efectiva pureza de sus intenciones, asegurándose en particular de que nunca se olvide de traer consigo la *acacia*, que hace reconocer en toda circunstancia al Maestro y sus acciones: su fidelidad al principio de la No-violencia.

El juicio salomónico recobra así su simbólica impersonalidad, puesto que los Elegidos, ante su presencia, son puestos enfrente de su propia conciencia, para que se den cuenta del grado en que pueden haberse alejado de los Principios Masónicos, prestando su cooperación única y exclusiva a los Planes Inmanentes de la Vida en su *devenir* progresivo, en lugar de ceder a las sugerencias y puntos de vista profanos, que, por cierto, los alejarían de su mejor actuación.

FUERZA Y PUREZA

Antes que se les conceda hablar y disculparse, los Nueve Elegidos son atados ritualmente, por orden de Salomón, con un mismo cordón rojo, que indica su común responsabilidad por la

manera como han llevado a cabo la misión que se les ha encomendado: la *cadena causal* que une estrechamente *pensamientos, intenciones, acciones, resultados y reacciones*, de manera que los tres últimos constantemente expresan los tres primeros.

También podemos ver en ellos las *nueve cifras* que proceden la una de la otra en toda creación, evolución y devenir causativo, no menos que en la aritmética de los hombres —cuyas trazas y orientación necesitan seguir el filósofo y el hombre de ciencia en su búsqueda de la Verdad, en sus múltiples aspectos. El 0 sigue siendo simbolizado por el antes Desconocido Pastor, quien ahora los sigue, llevando el puñal de Graveloth en la *mano derecha*, y en la *izquierda* la alforja con las tres cabezas.

En cuanto a Salomón, representando la Ley Divina de la Justicia, tiene que ser la *síntesis* que los comprende y resume en sí: el número 10, en el cual están las diez cifras y el Cero que necesita acompañarlas —como *círculo* de la manifestación en el Tiempo y en el Espacio— para que puedan expresar y hacer efectiva en toda su plenitud su potencialidad innata. De manera que tenemos de un lado (del lado del Oriente) la Totalidad que expresa el número 10, ante la cual necesitan enfrentarse sus propios *poderes* o expresiones relativas y contingentes, para que haya seguridad de la perfecta justeza de su equivalencia.

En su calidad de jefe responsable de la expedición, y también en su función representativa de la *unidad*, Johaben habla en nombre de todos, manifestando *conocer la acacia*, sin haberlo nunca olvidado; y si no han podido traer vivos a los culpables se debe únicamente al haberse ellos mismos anticipado a la justicia humana, cuando se dieron cuenta de no poder escaparle.

El ex Desconocido confirma las palabras de Johaben, contando los pormenores sobre la huida de los dos primeros cómplices en el asesinato de la *Unidad perdida*, y cómo por sí mismos desaparecieron fuera del *círculo* de la manifestación, engullidos por el Abismo de la Vida Latente, en el cual hallarán su más completa expiación, y la oportunidad de una igualmente completa *renovación*.

Al estar Salomón debidamente enterado de cómo por sí mismos dieron sus pasos los tres culpables hacia el fin que merecían, y de cómo por sus propias manos, con el arma usada primera-

mente para defenderse, había fenecido aquel que había dado a Hiram el golpe mortal, de manera que estaban ahora en las regiones de Sheol, bajo el amparo inasequible de la Ley Cómica y de su Justicia Omnisciente, se desvanecieron por completo sus sospechas y su enojo, reconociendo que sus enviados habían obrado como deben hacerlo los Maestros, tanto con la *pureza* que simboliza la Acacia como con la *rectitud* que les indica la Regla, en tratar de juntar y armonizar los dos polos de la comprensión *humana* y *divina* de la Ley de Justicia, representados el primero por la Escuadra y el segundo por el Compás.

Su viaje y su misión, en el fondo, habían tenido lugar, como todo *progreso masónico*, en el ámbito de estos dos instrumentos, o medidas angulares, por cuyo medio nos es dado reconocer por igual la extensión, las dimensiones y las proporciones tanto de la Tierra como del Cielo.

Y la acusación que pesaba sobre ellos, al fin de cuentas, devino la oportunidad —como toda injusta acusación ha de serlo y es potencialmente— para hacer brillar y demostrar la *pureza* de los Elegidos, tanto en sus intenciones como en sus acciones, tratando de cumplir de la manera más satisfactoria y completa la orden salomónica.

La sombría tragedia simbólica de la *muerte de Hiram* —el Arquitecto de un nuevo Orden esotérico-social, víctima de la conspiración del Fanatismo con la Ignorancia y la Ambición— queda así *vindicada* y *vengada* en la única forma en la cual podía serlo iniciáticamente, de acuerdo con la Acacia que caracteriza la calidad del Maestro: por medio del triunfo de la Verdad y de la Virtud sobre el Error y el Vicio, y del Orden y de la Justicia de la Ley Divina, de la cual no puede caer *ni una jota ni un ápice pequeño* hasta que todo sea cumplido. Sólo por un corto tiempo el *caos* inducido por las cualidades negativas y las acciones viciosas de los hombres puede, en la apariencia, prevalecer: la Justicia Divina, cuyos caminos únicamente persiguen los Elegidos, tiene forzosamente que triunfar y restablecer el Reinado del Orden y de la Verdad, que parecía haberse temporalmente alejado.

LA CALIDAD DE ELEGIDO

La *verdadera esencia* del grado de Elegido, en el orden iniciático, es, pues, la de ser el más *puro y fiel* paladín de la Causa de la Verdad y del Progreso Humano. Por lo tanto, no consiste tan sólo en tener *ideales* que, por cuanto inspirados y sostenidos por la mejor buena voluntad, muy bien pueden ser (y son con demasiada frecuencia) en todo o en parte *equivocados*; sino que necesita desarrollar y poner en primer lugar el Discernimiento (simbolizado por el Compás, cuyas puntas juntadas forman el *puñal*) para estar seguro de no seguir los caminos ilusorios en los cuales prodigaría inútilmente sus esfuerzos, con resultados inútiles o fáciles de pervertir.

A diferencia del ideal que la pluma de Cervantes supo poner magistralmente en evidencia, con las deficiencias que patentizan su práctica inutilidad, no se trata de *imponer* las propias ideas y puntos de vista, sino de buscar por igual *la Verdad y su triunfo, la virtud y su reinado*, y el Ideal Dinámico que en sí mismo contiene potencialmente su lógico y perfecto establecimiento. Aun cuando pueda, durante algún tiempo, cautivarnos, ningún ideal estático merece ser perseguido por más tiempo que aquel que necesitamos para alcanzar una *visión más elevada y verdadera*.

Todo Ideal tiene valor para nosotros, por cuanto nos induce y conduce hacia uno más alto y *más real*: hacia una percepción más clara y completa del Plan Divino, del cual necesita ser una parte y un aspecto; y en un grado mayor de armonía con las Fuerzas Cósmicas que, como expresiones del mismo G. A., trabajan para su progresivamente completa realización.

Así pues, el verdadero Elegido debe, en primer lugar, *saber elegir con discernimiento* tanto su Camino como la Meta Ideal. Y, mejor todavía, la *dirección* en la cual concentra sus esfuerzos y labores, esperando ser guiado y conducido por su propio Ideal y Visión, de manera de hallarse en completa armonía *constructiva* con las Fuerzas y Planes Cósmicos, y por ende con las reales necesidades del medio y del momento.

Persiguiendo un Ideal *en continuo progreso*, en cuya búsqueda trata de ajustar siempre mejor cada uno de sus pasos y sus diferentes actividades, evita el Elegido estancarse y hacerse un ins-

trumento inconsciente de las fuerzas negativas a las que se debe la permanencia de las condiciones más insatisfactorias que podemos observar alrededor de nosotros. Y en la medida en que logra libertarse de estas *fuerzas* que se apoyan en la ignorancia, sostienen el fanatismo y alimentan la ambición, deviene un exponente iluminado de las que trabajan para elevar primeramente el nivel de conciencia y los motivos de las acciones humanas, en armonía con el Orden Cósmico.

LA RAMA DE ENCINA

La *rama de encina*, entregada por Salomón a los Elegidos, se añade a la *acacia*, símbolo fundamental del *Magisterio*, significando la *fuerza* que necesita acompañar la pureza de las intenciones, para poder cumplir toda obra digna y necesaria.

Este árbol consagrado a Júpiter y a Thor —el Dios *Padre* o Dyaus-pitar— era uno de los símbolos del Arbol de la Vida o de la Generación, y tenía especial importancia en los ritos druidicos. De una de sus ramas también estaba hecha la maza de Hércules, y con ellas también se distinguía en Grecia a los vencedores de los juegos olímpicos y en Roma el valor y las virtudes cívicas.

Complementa, así, esta rama las de olivo y de laurel —consagradas, como hemos visto, a Minerva y Apolo— y, como árbol especialmente *solar*, simboliza la Victoria de la Luz, como tema específico del Grado que estamos estudiando.

La conexión de la encina con la Verdad la hallamos en el antiguo oráculo de Dodona, en el cual Zeus se manifestaba precisamente por medio de la encina que le estaba consagrada. Igualmente estaba dedicada la encina al antiguo dios védico de la tempestad, Parjanya, y a su correspondiente en la mitología de los pueblos eslavos, Perún y Perkunas, así como a Dónar, el dios del rayo, para los antiguos escandinavos.

Por consiguiente, esa rama es *un nuevo poder*, una nueva virtud, cualidad o facultad, que el Elegido adquiere y que simbólicamente testimonia: el poder de obrar y actuar de conformidad con la LEY, favoreciendo la precipitación actual de lo que se hallaba previamente destinado por la Causalidad anterior.

OBLIGACIONES

Podemos considerar como *cinco* las obligaciones que el Elegido reconoce y se empeña en observar, con su juramento, al recibir con este grado el reconocimiento de su progreso masónico, a la altura del mismo.

La primera es, naturalmente, la del secreto *relativo* a lo que concierne especialmente al grado, además de confirmar esa misma *actitud* necesaria para recibir los grados anteriores.

¿Por qué ese *secreto*, aun cuando se trate de cosas *conocidas y sabidas*? Porque este "secreto" es el símbolo de la veneración hacia todo lo que se considera como demasiado sagrado para que pueda ofrecerse a la profanación de las mentes y naturalezas vulgares, incapaces de comprenderlo. Y porque también esta aserción repetida acerca de la *existencia del secreto* es el estímulo que siempre necesitamos para su búsqueda persistente e incansable, en lugar de atenernos simplemente, con pasiva insipiencia, a lo que ya está revelado y es objetivamente evidente.

Un secreto, por lo tanto, a la vez *religioso* y *filosófico*, que contribuye a hacer más sólida nuestra relación con la Orden y más efectivo nuestro progreso *en conocimiento y virtud*.

La segunda obligación es la de la fidelidad y perseverancia en los objetivos propios de este grado: la lucha constante en contra de los tres mortales enemigos de nuestra Vida Elevada, y el vencimiento progresivo de la Ignorancia, buscando incesantemente la Verdad; la superación de toda tendencia fanática, tratando de comprender los puntos de apoyo y las razones de todo adversario actual o potencial; la substitución de los motivos impersonales y fraternales a la vanidad y ambición personal.

Como tercera viene la obligación de *vigilancia* tanto sobre los puntos anteriores como, en general, con relación a las oportunidades que, infaliblemente se nos ofrecen a diario para la realización de nuestros ideales y aspiraciones. Los obstáculos son también oportunidades: oportunidades *negativas* en las cuales y sobre las cuales necesita crecer nuestra voluntad de progreso, con la libre y plena expresión de nuestros ideales. Necesitamos, por consiguiente, vigilar especialmente nuestros estados de ánimo negativos y deprimentes, como también el entusiasmo irreflexivo

que pudiera impulsarnos a poner los pies sobre un camino incapaz de sostenernos.

Por medio de la Vigilancia únicamente estamos capacitados para vencer las infinitas insidias de ese *adversario*, constituido por la misma Inteligencia Negativa que reside dentro de nosotros, y que constantemente trata de impulsarnos a renegar de nuestros más altos ideales, a los cuales nunca hemos de renunciar, aun cuando su realización está fuera del alcance de nuestras posibilidades inmediatas.

Es obvio que, además, necesita el Elegido ser dondequiera un fiel *soldado* y campeón de la Augusta Institución, cuyo fundamental objeto es el Progreso Humano, en todos sentidos. Por cuanto todo Masón necesita ser tal, de una manera general, es especialmente en este grado de Maestro Elegido en donde esta cualidad tiene que sobresalir de una manera más evidente, hasta devenir su nota dominante. El Elegido necesita, pues, estar siempre listo para defender tanto la *pureza interior* de la Orden como la *afirmación* de sus Principios e Ideales Constructivos, con medios *idóneos*, más que adecuados.

Uno de los puntos cardinales de la Masonería, que la diferencian de todas las Sociedades que persiguen finalidades meramente objetivas, es, pues, aquel de que los medios indignos, o simplemente objetables, no pueden justificar los más nobles objetivos, sino que, al contrario, los invalidan y pervierten.

El quinto punto de la Obligación es la continuación del anterior: el *esparcimiento de la Luz Masónica* bajo la forma de una Orientación Ideal Constructiva en el mundo profano. Este punto es, hasta ahora, uno de los más descuidados, en el *justo medio* que implica, distinto de toda intervención partidaria e interesada (o, peor aún, servil), así como de una abstención y de una neutralidad igualmente indignas en todos aquellos asuntos *vitales* en los cuales el porvenir inmediato del mundo y el triunfo de la justicia verdadera están en juego.

LA VIDA INTERIOR

El castigo simbólico, que sanciona la obligación de este grado en su conjunto, es *indicativo* de la *vida interior* que especialmente representa el corazón, o sea la parte íntima, central y esencial de nuestro ser.

Como nos lo recuerda el Libro de los Proverbios (4-23), necesitamos *guardar el corazón sobre toda cosa guardada* o preciosa "porque de él mana la Vida". Nuestro Fuero Intimo es el Manantial Eterno de todo lo que somos, hemos sido y, eventualmente, llegaremos a ser: en él labramos constantemente nuestro porvenir, según actuamos en el presente, sobre la base de todos los frutos y resultados de nuestro pasado olvidado.

De manera que, desde el punto de vista de la misma existencia exterior y de las realizaciones materiales que se hallan a nuestro alcance, si somos sabios, cuidaremos en primer lugar la *actitud* de nuestro corazón, que tiene sobre ellos (aunque no lo creamos) un poder soberano. Y no solamente la *vida* manifestada, sino también la que llamamos Fuerza Vital o *vitalidad*, y que determina la duración de nuestra existencia y la sana eficiencia de cada uno de sus días, tiene en el corazón la Fuente límpida que brota constantemente de sus profundidades, como la fuente de agua cristalina manando de la roca, cerca de la gruta de Akirop.

Como el signo de Acuario, en el simbolismo zodiacal, el corazón es el *aguardor* de nuestro organismo, proveyendo a regar, de la manera más maravillosa, todas y cada una de sus partes, hasta la más diminuta célula de cada órgano y de cada tejido; y de la *roca* firme de su constitución fibrosa, siguiendo el ritmo que se manifiesta en cada una de sus contracciones —de arriba abajo y de abajo arriba en un círculo perpetuo hasta la muerte— envía nuevamente, con cada pulsación, la sangre roja que se acaba de recargar y purificar en los pulmones.

Así pues, cuando cuidemos el perfecto bienestar fisiológico de nuestro corazón, haciendo que la sangre sea lo más posible pura y la función respiratoria lo más eficiente, no podremos abrigar la menor duda acerca de la máxima potencial duración de nuestra existencia, así como de nuestra capacidad de alcanzar en ella los objetivos que más anhelamos.

Pero el ~~puñal~~ dirigido hacia el ~~corazón~~ se refiere, además, al ~~centro~~ luminoso que, según las tradiciones ocultas, se encuentra en ese lugar, como una ~~flor radiante de doce pétalos~~, dentro del cual hállase el ilimitado Océano del Ser. En el centro de ese Océano la atención concentrada descubre una ~~Isla~~ —la *tierra firme y separada* de nuestra propia *individualidad*. Y, dentro de la isla, un *templo* levantado por todos nuestros pensamientos que se dirigen hacia lo Ideal y lo Trascendente: la materialización simbólica de lo que personalmente creemos y veneramos — aquello en lo cual descansa nuestra *fe*, se dirigen nuestras *esperanzas* y para lo cual derrámase nuestro *amor*.

Dentro del templo está el ~~ara~~ que se levanta justamente a la altura de nuestras aspiraciones; y encima del ara brilla en su luz más trascendente nuestro propio concepto de la Divinidad o Causa Suprema.

El *corazón* nos indica, así, la Fuente objetiva como subjetiva de nuestra vida: el lugar secreto en el cual se *disuelven* nuestro pasado y sus errores (así como pone, de su propia mano, fin a sus días el principal autor de la muerte de Hiram) y, de la misma manera, se *resuelve* lo que hemos de hacer y devenir.

Como la corriente ininterrumpida de la sangre, que pasa alternadamente por sus cuatro recámaras, al ir y volver de su contacto con el aire vivificante, en los pulmones, a su circulación periférica — así igualmente, dentro de la fluida continuidad de nuestra *vida interior*, el pasado se renueva perpetuamente en el presente, en el cual se maduran y preparan nuestro Devenir y Porvenir.

Iniciáticamente el ~~puñal sobre el corazón~~ no es, pues, símbolo de *muerte*, y menos todavía de *venganza* — siempre criminal, aun cuando pueda considerarse como justificada o legítima—, sino tan sólo y sencillamente de *atención, percepción y discernimiento*: es un Rayo de Luz que se hace dentro del corazón (la *gruta* de la leyenda), aun más que el arma o instrumento inexorable de la Némesis Causativa. Y es la propia luz que se hace en el corazón del malvado Akirop sobre el carácter espiritualmente suicida de su propio atentado mortal a la Vida Elevada, aquella que lo induce irresistiblemente a destruir el instrumento carnal de un crimen tan nefando.

CONSAGRACION

La sencilla ceremonia de la consagración masónica es, evidentemente, en todos los grados, el *símbolo* indicador de una REALIDAD que la trasciende, así como lo es el significado profundo de las ceremonias más o menos formales y superficiales de todos los ritos y religiones.

A los tres elementos fundamentales del *orden* de la Ley Divina (esencia primaria de todo *ritual*), de un *progreso* alcanzado por medio de un esfuerzo individual, y de su *reconocimiento*, a la vez interior y exterior, se juntan, pues, en ella:

4º) la *transmisión de un poder*, al mismo tiempo que la mente se abre a la visión de una Verdad, representada por una Palabra o *palabras*;

5º) la *incorporación* del neófito en un Grupo o Cadena Iniciática, de los cuales será, de ahora en adelante, elemento formador y parte integrante.

Podemos tomar estos *cinco puntos* como particularmente significados por los golpes —espaciados de una manera singular— que da el malleto o cetro salomónico sobre la *espada flamígera* que guarda el ingreso del Edén *perdido* por la caída del hombre en la “profanidad” de una vida despojada de la redentora Visión Espiritual, a la que se trata de volver a ingresar por medio de la *Iniciación real*.

Por modesta y relativamente insignificante que pueda ser la personalidad que actualmente lo encarna, el Iniciador no deja menos por eso de representar a la propia Divina Sabiduría (o Teosofía, en su sentido originario), personificada por Salomón, en la cual se entrelazan (como las dos serpientes en el caduceo) la *comprensión omnisciente* y “virgen” (dado que la pureza de la Verdad no admite contaminación) representada por Minerva, y la *creadora fecundidad geométrica* que activa la naturaleza, simbolizada en Apolo, cuyos rayos inteligentes estimulan y orientan el devenir cósmico.

El celo moderado por el sabio discernimiento, que busca la armonía de la acción individual con la actividad cósmica, de los cuales el *elegido* ha dado pruebas en su carrera masónica —esforzándose por vencer en sí mismo a los enemigos naturales del pro-

greso humano e iniciático—, y la voluntad depurada de toda ambición, muestran la pura llama ardiente de un entusiasmo incommovible que caracteriza este grado, cuya *virtud heroica* lo hace contrastar singularmente con la placidez contemplativa del grado anterior.

Este *progreso* de lo estático a lo dinámico —hasta borrar toda huella del crimen simbólico, que desgraciadamente siguen perpetrando entre nosotros la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición— es aquí *afirmado* y *reconocido*, para que en una sabia actuación masónica el Elegido haga patente la noble y pura llama que arde en su corazón. Un *corazón ardiendo* es, por consiguiente, el símbolo más apropiado de este grado, campeando en la parte delantera del mandil, en cuyo revés están las tres calaveras.

EMBLEMAS DISTINTIVOS

El reconocimiento de un grado se hace masónicamente patente por medio de sus distintivos simbólicos, y *dentro* de su posesión por los signos y palabras que indican un estado superior de conciencia y autorrealización:

Entre los símbolos distintivos del grado, vienen en primer lugar los tres colores *negro, rojo y plateado*, indicando respectivamente:

1º) la *crisis de superación* que representa la expedición nocturna para buscar, hallar y reducir a la impotencia a aquellos tres estados del alma que son los mortales enemigos de todo nuestro *progreso real*;

2º) la *vida dinámica* y la actividad que manifiestan el ardor incansable que debe caracterizar a todo Elegido para cualquier cargo dentro de la Orden;

3º) la *verdadera luz* que hace posible la transformación y superación de las crisis y estados negativos en fuerza ascensional de progreso y realización.

El color plateado de la luz de las estrellas que brillan en las tinieblas de la noche, hasta cuando aparece el rosado resplandor de la aurora, es aquel que, con su tranquila claridad, representa el Discernimiento que sostiene la Fe y la Esperanza, sin las cuales ninguna superación sería posible.

Tres estrellas particularmente necesitan ser representadas: el lucero de la Mañana, que guía los primeros pasos de los Elegidos; el de la tarde y el de la noche, que presiden a su triple victoria. O sean Lucifer, Hefesto y Aldebarán, indicando los primeros la *promesa* y el *límite* de la Luz, y el tercero marcando el punto equinoccial en la época del Kali Yuga, a la cual se refiere la leyenda originaria. También representan: Lucifer el vencimiento de la Ignorancia; Hefesto, el del Fanatismo, y Aldebarán, el de la Ambición.

Las tres *calaveras* (o las tres cabezas cortadas) son los *enemigos* del Hombre, cuyo vencimiento los priva y separa de la Vida que mana del Corazón, al orientarse éste hacia fines constructivos y elevados. Campean, por lo tanto, apropiadamente, sobre la parte negra de la banda o collar del Elegido, y sobre el revés igualmente negro del mandil, emblemáticos de sus estados negativos y crisis de superación; pero están fuera de lugar, como simples trofeos sobre el rojo ardiente, en el cual, al igual que en el corazón flameante, expresa el Elegido su más verdadera cualidad.

La rama de encina, entrelazada con la *acacia* del Magisterio, no debería de ninguna manera olvidarse entre los especiales distintivos de este grado, representando la Fuerza *invencible* de un firme propósito que descansa en las intenciones más nobles y puras.

Sería, en fin, muy conveniente indicar en la *joya* su carácter constructivo, representando el *puñal*, símbolo del Discernimiento del Elegido, entre el Compás y la Escuadra del Recto Juicio y de la Comprensión Iluminada, que demuestran su uso en un campo puramente moral y alegórico, en el cual, por cierto, no tienen cabida las ideas y propósitos de venganza que una mentalidad profana al Arte Sublime suele atribuirle.

SIGNOS CARACTERISTICOS

Un grado masónico sólo puede ser tal a condición de tener sus propios característicos elementos simbólicos distintos de todos los demás grados, si bien necesitan siempre de alguna manera relacionarse con los anteriores, en la continuidad que los hace anillos de una misma *cadena*.

Indudablemente, tiene relación con la calidad de *Elegido* —y

con su especial personificación en Johaben— el dedo que se levanta sobre los demás, distinguiéndose por su especial habilidad: aquel dedo que es una de las características físicas más salientes de la *humanidad*. Quedando otros *nueve* dedos en las dos manos, el mismo número que indica las nueve cifras viene a ser así acentuado, lo mismo que la Unidad que las sintetiza, de la cual proceden por multiplicaciones y división.

Además, el puño cerrado *con el dedo levantado* recuerda el gesto final de Akirop, para substraerse a la justicia humana que lo esperaba. Es la posición característica que naturalmente hace referencia al arma que *masónicamente* sólo puede indicar la penetración del Discernimiento.

En cuanto al *descenso* de la misma mano derecha, que se suele relacionar con el tremendo castigo decretado por Salomón a los culpables, también puede significar el suicidio de los primeros dos, precipitándose en el barranco: la *caída* mortal en las regiones inferiores, que es la consecuencia de todo esfuerzo para tratar de lograr una elevación superior al propio desarrollo moral y espiritual, la cual, por consiguiente, se halla incapacitada para sostenerse.

Cuatro son los *centros* a los cuales hacen referencia los signos propios de este grado y de los afines, que podemos considerar como sus variedades integrantes:

1) la *garganta*, representando la voz y la palabra como punto de partida en la búsqueda, y el lugar del descenso que hace manifiestos tanto la Ignorancia como el Fanatismo;

2) el *corazón*, en el cual tiene su asiento y naturalmente se refugia —y, por lo tanto, ha de ser buscada y destruida— toda forma de Ambición personal;

3) el *lugar secreto* y *dual*, asiento de la generación como de la degeneración y base necesaria de toda regeneración, en el cual terminan las dos corrientes vitales que se precipitan de arriba abajo, y se hallan finalmente los “compañeros” que atentan contra la Vida Inmortal del hombre;

4) el *lugar sagrado* en la base de la espina, sobre el cual se apoya la mano izquierda, y en el que se levanta el Arbol de la Vida, morada del Desconocido que aparece en el momento más oportuno y necesario. Aquí también es en donde Perseo apoya y

oculta la Cabeza de Medusa, símbolo del Poder de la Ilusión, que el hombre necesita vencer para poder recobrar el dominio sobre la naturaleza que divinamente le pertenece.

COMPAÑERISMO SOLIDARIO

Subraya este grado de manera especial la necesidad de la solidaridad para una finalidad común: los esfuerzos conjuntos obedeciendo a un mismo Ideal de *superación* y *progreso*, representado por la orden de Salomón de perseguir a los enemigos del Hombre en los lugares en donde pueden haberse refugiado. La misma *estrella* que vimos en el simbolismo del grado de Compañero se presenta aquí también como guía, junto con su reflejo terrenal en la persona del Pastor Desconocido.

Tanto la marcha como los tocamientos, en las diferentes formas del grado de Elegido, hacen hincapié en esta unión de los esfuerzos individuales que, separados, difícilmente pueden lograr sus objetos.

La marcha y la batería, en primer lugar, acentúan claramente los números 5 y 9. Cuando se tenga presente que el número *cinco*, representando al hombre, constituye el punto central del *nueve*, símbolo de la Iniciación, podemos ver en la unión de estos números otra expresión del pasaje de la etapa eminentemente *humana* a la *superlativamente* humana, que ya vimos expresada en la exaltación al Magisterio.

Con relación al grado anterior de Maestro Secreto, que se apoya en el número *cuatro* como mitad y centro del Septenario, para llegar a su pleno desarrollo y extensión en la Década, vemos aquí un progreso con el número *cinco*, igualmente entendido como centro y mitad del Novenario, y con relación a éste, para llegar a la Dodécada, y aun más allá, hasta la potencia triangular de 5. o sea el número 15.

La *humanidad* del Hombre que señala este grado con su simbolismo particularmente trágico está, por otro lado, indicada, no sólo por el número *cinco*, sino por el dedo pulgar —el dedo *humano por excelencia*—, que, al levantarse sobre los demás, hace hincapié en una neta afirmación de dominio y superación: la afirmación del hombre sobre la naturaleza exterior, lo mismo que

sobre la interior, ambas indicadas por los cuatro dedos *pasivamente* cerrados.

Es también por medio de ese mismo dedo —cuyo nombre latino lo relaciona claramente con el de Pólux— que los elegidos al reconocerse expresan su mutua solidaridad, subrayándola con las tres palabras hebreas que significan *alianza* y *voto pacífico*, o bien *convenio de pleno sacrificio*. Aun los pueblos paganos llamaban de preferencia a Pólux y Hércules como testigos en sus juramentos y pactos de mutua obligación.

En cuanto a la Palabra Sagrada propiamente dicha, que aparece en el grado escocés de Sublime Caballero Elegido —no podemos, por cierto, considerar como tales las afirmaciones de venganza que vemos en los grados anteriores, aun cuando también pueden tomarse en el sentido de *arrepentimiento* y *compasión*—, es la ordinaria invocación a la Divinidad como *¡Oh mi Señor!* que substituye al Nombre Inefable y que, al igual que Elohím, traiciona un originario sentido plural.

Otras *palabras* usadas en los grados de Elegido tienen el significado expresivo de *Hijo de Dios* y *Palabra de Dios* (interpretada también como Palabra Verdadera y Hombre Verídico), empleándose en ellas, para significar a Dios, la abreviación del mismo Nombre Inefable en Iah (o Yah). Esta palabra tiene, además, el sentido verbal de “ser propio, apropiado o conveniente”.

Siendo la *palabra sagrada* de todo grado masónico la expresión de su manera particular de comprender o acercarse a la Divinidad —o bien aquel Nombre Divino que mejor se relaciona con el grado de conciencia y desarrollo que expresa—, la fundamental Palabra de este grado nos indica en la Divinidad al Señor y Protector de la vida individual y colectiva: al Señor de las criaturas, que es la Ley de Progreso Equilibrado y de Justicia Omnipresente, que a todos los rige y gobierna.

El significado más personal, que expresa el posesivo, individualiza y acerca el concepto abstracto y relativamente frío de una Divinidad o Ley General e Impersonal, favoreciendo el íntimo contacto con la misma que produce su intuitivo reconocimiento hasta la verdadera y propia Realización Espiritual, como Padre y Madre de nuestro ser: la Divinidad Inmanente o *cercana*, más aún que Trascendente y *lejana*.

PARTE TERCERA

FILOSOFIA INICIATICA PARA EL GRADO (O LOS GRADOS) DE ELEGIDO

Ya hemos tenido ocasión de indicar, en las páginas anteriores, la base aritmosófica de este grado (considerado como conjunto unitario) *humano* por excelencia, por hallarse *en la mitad del novenario*, así como descubrimos en la mitad del septenario la base del anterior (Maestro *secreto* y relativamente *perfecto*).

Habiendo completado y revisado, en el grado que precede este quinto grado iniciático, el estudio de los primeros cuatro números y su extensión hasta la plenitud decádica, expresada por la Tétrada pitagórica, corresponde en este grado de Elegido estudiar el análogo *pasaje misterioso* (y misteriosóficamente significativo) de 4 a 5, para luego completar nuestra gnosis numeral hasta la extensión triangular de 5 en el número 15, haciendo especialmente hincapié en los números 9 y 12. Precisamente estos números están, pues, subrayados en la terminología escocesa de Elegido *de los Nueve, de los Quince y de los Doce*.

No podemos, empero, evitar de comenzar nuevamente en este estudio, con el número *dos*, que, indicando toda antinomia, lucha y oposición, expresa el medio en el cual el Elegido encuentra su misión: la Necesidad que se le impone, en la cual se hallan también las oportunidades que demostrarán la *virtus heroica*.

LA DUALIDAD INICIAL

Aun cuando el *uno* es el Principio de Todo y, naturalmente, el Padre de la manifestación, ésta no llega a ser actualmente posible, ni puede efectivamente realizarse, hasta que esa misma

Unidad Primaria halle su expresión en una Dualidad que, de la misma manera, constituya y simbolice la Divina Madre de la existencia y el origen de toda concatenación causativa.

Al hacerse *dos* es precisamente cuando la Unidad Inicial deviene potencialmente creadora, iniciando el Ciclo *progresivo* o Progresión numérica que expresa —en aspectos y fases relativamente diferentes— su propia inmanente Identidad esencial, la cual no deja de reflejarse y evidenciarse en todas y cada una de sus creaciones.

Así como la Unidad se expresa en la *identidad* que la preserva constantemente inalterable, así también la Dualidad manifiesta la *relatividad* que constituye la cualidad más característica, inseparable del Devenir fenoménico. En otras palabras, la Inmanencia Divina, que constituye la Unidad de todo, hace que todas las cosas que puedan manifestarse sean diferentes aspectos de un mismo Ser o Realidad. Y, de la misma manera, la Dualidad básica en toda creación y expresión hace su apariencia, y su aparente realidad, relativas a todas las demás y a las categorías numerales y demás condiciones que las gobiernan.

Permaneciendo incommovible en su propia Identidad Esencial, Dios crea, mantiene y hace constantemente *crecer* y *progresar* todas las cosas que manifiestan esa identidad en infinitas apariencias relativas.

Podemos ver esa Dualidad en todas las *polaridades* cósmicas y humanas: en la polaridad inicial del Cielo y de la Tierra, tanto en su forma inmanente, representada por la pareja divina Urano-Gea, como en el dominio de la relatividad temporal que expresa la subsecuente pareja Cronos-Rea, al suplantar *aparentemente* la anterior.

Igualmente en la que la Noche y el Día, al sucederse constantemente, representan y simbolizan: la parte oscura y pasiva y la parte luminosa, activa y positiva de cada ciclo y de cada sucesión que, reflejándose en todo lo que existe y acontece, produce la diversidad infinita de la vida y de los sucesos y experiencias que en ella se desarrollan.

En la misma polaridad del ser humano, en el cual el Cielo de lo Real Trascendente —en donde mora eternamente el Padre— encubre y contiene la forma plástica de la mente, en ininterrumpida

actividad consciente y subconsciente, cobijando al cuerpo, hecho de materia sensible y sujeto a los ritos biológicos.

En fin, en la polaridad que, en nuestra más inmediata experiencia, representan lo que llamamos Materia y Energía en todos sus aspectos: la *Materia* como producto estático del dinamismo energético, que contiene en sus entrañas, y que se halla potencialmente capaz de librar y manifestar; y la *Energía* como reflejo terrenal del Cielo trascendente del Ser y de la Luz, y de su Voluntad que engendra las mismas cosas tangibles.

LA LUCHA ETERNA

Aunque se trate, en realidad, de un constante *devenir* armonioso de las formas que se suceden unas a otras, para expresar un grado siempre más alto y completo de perfección, la interacción de las dos polaridades del Ser, relativas e indispensables la una para la otra, puede presentarse a nuestra limitada visión humana como si fuera una Lucha Divina entre Principios Antagónicos irreconciliables.

Siendo *uno el todo*, y por consiguiente la *armonía* Suprema Necesidad, esta lucha no es real más que dentro de nuestra propia mente y en su imperfecta visión. Es evidente, desde luego, que ni la Tierra puede luchar con el Cielo, ni tampoco el Tiempo con el Espacio y vencerlo, temporal o definitivamente. La Luz y las Tinieblas también se necesitan una a otra, se buscan mutuamente y se reparten en la forma más pacífica su dominio alterno: la oscuridad se aleja y se disuelve, sin la menor resistencia, en dondequiera que penetre o se haga la luz, cuyo dominio permanece incontrastado tan sólo subordinadamente a su propio poder penetrativo.

Tampoco hay lucha entre la Materia y la Energía, como no la hay en el hombre entre el Espíritu y el Cuerpo, la Conciencia y la Forma, la Esencia y la Substancia, la Vida y sus órganos o medios de expresión, aun cuando haya entre ellos reacciones constantes e incontables.

Por consiguiente, las luchas aparentes entre distintos principios *relativos* —divinidades y seres inmortales, con las cuales estamos familiarizados en la mitología de todos los pueblos— no son sino maneras *humanas* para expresar hechos, sucesos y verda-

des trascendentes en una forma que, si bien parece traicionar su real naturaleza, los hace para el hombre más comprensibles.

Las luchas victoriosas de Cronos con el Padre Urano y de Júpiter con su propio padre Cronos sólo pueden significar la importancia preeminente y prepotente del dominio de la *relatividad actual* sobre los Principios Eternos en que descansa, de un carácter más universal y trascendente. Así pues, aunque el Mundo Objetivo, compuesto de Energía y Materia en continua interacción (Zeus y Hera constantemente activos en el dominio de la diaria experiencia humana), necesite tener su base eterna en el Espacio y en el Tiempo que sostienen y producen aquéllas, el dominio superior de éstos queda prácticamente alejado con la apariencia o nacimiento de la fase más cercana a nuestra experiencia actual.

En cuanto a las luchas sucesivas del mismo Júpiter, principio cósmico del Omnisciente Dinamismo Creador, con los Titanes y Gigantes, evidentemente representan los aspectos más violentos de la misma actividad creadora y las reacciones que suscitan, antes que el Orden normal de la naturaleza llegue a establecerse firmemente sobre la tierra.

Algo más grave que estas luchas antropomorfas y radicales, seguidas por una victoria definitiva que establece más firmemente el trono del vencedor, es la más larga y duradera hostilidad de Ahrimán en contra de Ahura Mazda, afectando sobre todo el dominio moral: la lucha del Adversario con el Cristo Cósmico y de Satán, Lucifer o Mefistófeles con la Perfecta Creación Divina y las Huestes Angélicas que manifiestan su Voluntad.

Esta lucha para el triunfo, dentro del íntimo fuero del hombre de la *luz directiva* de su Conciencia y Voluntad sobre sus propios deseos y sus instintos protectores, de la Voluntad Superior del Bien sobre la natural codicia de lo bueno y deseable, es la más verdadera Eterna Lucha de la creación, para la producción de un grado siempre más alto de Perfección Relativa. La lucha de las Infinitas Potencialidades (las *Huestes*) que buscan su expresión en constante superación, sobre todo lo que, fruto del pasado, lleva en sí mismo el sello de su relativa imperfección y el germen de su necesaria disolución.

Es la lucha de la *verdadera luz* —de la cual procede toda visión y aspiración superior, y que hace manifiestos los Planes

Perfectos del C. ∴ A. ∴— sobre la falsa luz de las ambiciones e ilusiones profanas; la cual debe caracterizar a todo masón en su actuación constantemente dirigida hacia el Bien, en la forma más alta que concibe y reconoce.

LA LUZ TRIUNFADORA

La Luz Triunfadora en toda actividad constructiva, que así se establece y *reina* sobre un estado anterior de relativa pasividad o latencia, es el real significado del triunfo de Júpiter, de Indra y de Ahura Mazda, de Jehová, de Miguel o del Cristo, sobre las fuerzas oscuras y las pasividades primordiales que simbolizan sus enemigos o rivales, y que hasta pueden ser sus mismos genitores o antecesores.

En realidad trátase de una pura y simple necesidad de *renovación* y *progreso cíclico*, y siempre es lo nuevo lo que triunfa, sobre lo que ha cumplido su tiempo y su ciclo de relativa utilidad. Es “lo nuevo” aquello que surge de su latencia o potencialidad, de la misma fase antecedente, que por lo general cría, prepara, estimula su nacimiento y expresión, y sobre la cual en la actualidad del Nuevo Día se yergue victorioso.

Dado que esa Luz —toda luz— es originariamente *divina*, su propia expresión humana “diviniza” a quien la manifiesta. Ella es quien cría a los *héroes* o semidioses mitológicos, expresándose en sus hazañas y obras sobrehumanas, que necesitan estar de acuerdo con el Plan Divino que preside a todo *devenir*.

Todo héroe o Iniciado es un *hijo de la Luz*, del Cielo o de Dios, diferenciándose de los demás *humanos*, de la misma manera que les sirve de ejemplo o de acicate, por la superior claridad de su propia conciencia interior, en la cual Inteligencia y Voluntad se hallan en plena y perfecta armonía, de manera que no hay actividad o labor imposible para su *unísono cooperativo*.

Hércules como Perseo, de la misma manera que Apolo y Dionisio, a semejanza de Mitra, Rama y Krishna, y otras muchas encarnaciones humanas o semihumanas de la Luz Divina, son típicos *héroes solares*. Pero, no tanto en el sentido materialista y simplista de la vieja escuela mitológica, que no veía en ellos otra cosa que símbolos y expresiones alegóricas del astro del día y de sus

efectos más o menos materiales; sino en el sentido vital, iniciático y teosófico de una expresión más exaltada de la pura Luz del Ser en el hombre y en su vida.

Verdadero *héroe solar* es, pues, todo Hijo de la Luz, todo hombre en el cual ésta logra su triunfo actual, sobre la comparativa oscuridad del pasado kármico y negativo de sus previas experiencias, simbolizadas por su maternidad *humana*, por el hecho de ser un Hijo del Hombre, o *nacido de mujer*. Es aquel en el cual la Divina Paternidad Originaria de su propio *espíritu* finalmente logra afirmarse y triunfar de una manera decisiva y permanentemente sobre el atavismo de la descendencia humana tanto propia como familiar.

Esta *dualidad* inherente en su propia naturaleza es, a veces, expresada representando al héroe con su hermano gemelo, al que se halla a menudo sujeto o ligado, y en el cual el aspecto *humano* y *terrenal* está particularmente acentuado. Hércules tiene así su aspecto más humano representado por Ificles, de la misma manera que Rama lo tiene en su hermano Bhárata, Cástor en Pólux y Jacob en Esaú.

El mellizo *mortal* de la Naturaleza Inmortal del hombre algunas veces lo sigue; otras se le opone y lo combate, trata de esclavizarlo y hasta deshacerse de él, como sucede, por ejemplo, en el drama de Caín y Abel, en el cual el hombre material ahoga y destruye en sí mismo su propia naturaleza superior y sus aspiraciones divinas.

Muy distinto es el caso de los dióscuros, inseparables en la vida como en la muerte, a pesar de ser naturalmente *mortal* el uno (el hijo del Hombre) e *inmortal* el otro (hijo de Dios). El triunfo final inevitable de la Naturaleza Divina en el hombre confiere a ésta el poder de *redimir* su propia contraparte mortal, de manera que se halla ésta capacitada para seguir a aquélla en el propio camino de su apoteosis.

La *dualidad* —representada, ya sea por las dos columnas al ingreso del templo, como por el Bien y el Mal que caracterizan todas nuestras experiencias, y por nuestra doble naturaleza, a la vez Inmortal y Mortal— es, pues, siempre, la senda necesaria y la oportunidad de todo progreso. Todos los héroes simbólicos tienen que enfrentarse con ella, en sus varios aspectos, y sólo pueden

salir victoriosos en cuanto logran manifestar en sí mismos el *poder de la Unidad* (la verdadera Vara Mágica de todo poder), que es otro nombre del *triunfo de la Luz* que la refleja.

TERNARIO Y CUATERNARIO

El número *tres* se refleja en este grado de varias maneras, como consecuencia de su raíz y estrecha relación con el de Maestro: tenemos, pues, primeramente, el simple ternario constituido por los tres *enemigos primarios* del hombre, que se esfuerzan por destruir la expresión de su Vida Elevada. Y luego el *triple ternario* de los nueve Maestros Elegidos, que anda en busca del primero y lo persigue hasta su extinción, para luego integrar una nueva Dodécada de probados elementos *constructivos*.

De manera que el ternario propiamente dicho tiene aquí su expresión más perversa: es, pues, la representación humana del *exceso* de las tres cualidades fundamentales de la Substancia-Inteligencia Universal: *tamas* o la Ignorancia, *rajas* o el Fanatismo, y *satva* degenerado en la Ambición.

Más importante es, empero, el ternario representativo de los tres *tiempos* de la Tragedia, considerada como simbólica del drama de la Evolución:

el *pasado* involutivo, representado por la muerte de Hiram, como sustituto masónico de la de Osiris y de Adonis, de Dionisio y de Orfeo, de Krishna y de Jesús;

el *presente*, eminentemente transitivo y activo, o sea la constante oportunidad actual de remediar, corregir y superar los errores y males del pasado, preparando una nueva base, más sólida, juiciosa y segura para el porvenir;

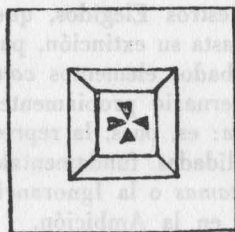
el *futuro* regenerado y renovado, que nace de la Sabiduría (salomónica) que rige y dirige constructivamente el presente, en armonía con los *planes* del G. A., hacia las finalidades eternas de elevación, superación y evolución.

Un cuarto elemento es aquel mismo estado de *paz y seguridad* que Jerusalén simboliza, reinando en ella la Perfecta Justicia que representan los Sublimes Caballeros Elegidos que, en calidad de jueces o príncipes, reinan sobre la *actividad constructiva*, fundamento de todo progreso.

EL NACIMIENTO DE LA VIDA

El pasaje de 4 a 5 es otro pasaje simbólico, como el de 3 a 4 que estudiamos en el Manual anterior, dado que representa la transición de la simple *substancia* a la *vida* y del dominio inorgánico al orgánico.

Así como el cuadrado se diferencia del triángulo y el cubo del tetraedro, así igualmente se diferencian netamente del cuadrado y del cubo el pentágono y el dodecaedro, las expresiones geométricas más típicas y regulares del número 5.



En el triángulo, como expresión del número *tres*, observamos la perfecta trisección de la mitad del ángulo básico, cuya cuerda es el círculo. En el cuadrado, la totalidad del mismo ángulo refléjase perfectamente en la *normal* rectitud de 90 grados: por tal razón el cuadrado es la suma de dos triángulos rectángulos isósceles.

En el pentágono, el ángulo comprendido entre dos lados aumenta hasta cerca de 108° , es decir, el complemento de la quintuple que el ángulo exterior es, por una tercera parte, mayor del ángulo interior, superando la perfecta igualdad, en el caso del cuadrado, entre el ángulo interior y el exterior, mientras en el triángulo éste es apenas la mitad de aquél.

En el pasaje del ángulo agudo al recto y del ángulo recto al obtuso hallamos geoméricamente explicado, o cuando menos representado, el primer *pasaje* de los Primeros Principios esenciales y de las cualidades eternas del Ser Puro a la *armonía segura* y tetrágona de la Naturaleza —comparativamente *inanimada*— y la Ley exacta que rige todos sus fenómenos y actividades. Y, luego,

de la innata rigidez de ésta, al dominio plástico y voluble de la vida, que constantemente trata de exceder y se esfuerza por superar la *norma* estricta de los elementos substanciales y las leyes de sus combinaciones, que constituyen su base necesaria.

EL ARCO Y LA BOVEDA

La elevación de la vida *orgánica* sobre la naturaleza inorgánica tiene una correspondencia simbólica en el *pasaje* de la normal y ajustada sencillez del arquitebe, que caracteriza la arquitectura griega y egipcia, al *arco*, que se aleja más o menos de esa normalidad, buscando una nueva forma de estable equilibrio en su elevación. Con ésta, en manera igual a la vida orgánica, casi parece quererse erigir en desafío a la Ley de Gravedad, a la cual, sin embargo, obedece, superando sus limitaciones aparentes.

Es evidente que la pura y simple introducción del arco en la arquitectura constituye una completa revolución, de la misma manera que una necesaria evolución, con relación a la arquitectura primitiva, por cierto no menos bella, en su pureza rectilínea y octogonal.

El arco es, pues, una ascensión en busca de espacio y altitud; y, puesto que todas las curvas, y más especialmente las bifocales, son una expresión de movimiento, sugiere naturalmente un dinamismo que contrasta singularmente con la plácida estabilidad de las construcciones que o bien no conocen o desdeñan la importancia de esa tan fecunda innovación estructural, que le añade a todo edificio agilidad y ligereza.

La introducción del arco en la arquitectura y su extensión superficial en la bóveda traen consigo la necesidad de la *pedra clave*, que lo cierra y le da la capacidad de sostenerse y sostener la construcción sobrestante, distribuyendo su peso en sus puntos de apoyo laterales. Debido a su función especial y excepcional, la misma piedra clave tiene una forma muy propia y peculiar, distanciándose de la regularidad rectangular que se impone a las demás, para que puedan cementarse debidamente una con otra.

Esta función especial la hace una *pedra elegida*, aun cuando pueda ser rechazada en la construcción ordinaria, debido a su aparente irregularidad. A pesar de ser primeramente descar-

tada, en seguida viene a ser buscada y *exaltada* por encima de todas.

El grado de Maestro de Marca, en la Masonería Inglesa, hace especial referencia a esta piedra excepcional y a su función indispensable, que naturalmente corresponde con los atributos del Masón *elegido* para presidir una Logia o Cámara superior.

En cuanto a las varias formas del arco arquitectónico, pasando de la media elipse, muy cercana al semicírculo, a la combinación de dos cuerdas que forma el arco ojival, hasta exceder la mitad del círculo, como en la arquitectura morisca y rusa, es innegable que hay en esta sucesión un progreso constante en el esfuerzo para alcanzar una expresión eminentemente *vital y dinámica*.

Un lugar aparte merece, a este respecto, la antigua arquitectura hindú, en la cual observamos una forma de arco muy peculiar y primitiva, de extraordinaria solidez. Tanto el arco como la bóveda están, pues, formados por piedras dispuestas horizontalmente, sobresaliendo progresivamente, hasta cubrir por completo el espacio que están destinados para tender. También la piedra que los remata es horizontal.

EL NUMERO 5

El número básico de este grado es el número *cinco*, como *centro* natural del Novenario de las cifras, que naturalmente se extiende hacia su proyección triangular en el número 15 y su cuadrado, o sea 25.

Cinco es el número que simboliza la *vida*, que se eleva sobre los cuatros elementos que le sirven de base, para superar sus limitaciones. Es el número que mejor expresa la *inteligencia*, como poder iluminativo de la conciencia, actuando sobre la base de las percepciones sensoriales. Y es también aquel que representa el Libre Albedrío y la facultad de *elección*, como prerrogativa fundamental del hombre, aunque su expresión plena y completa dependa de la madurez de su discernimiento.

Más que a los otros números, caracteriza de una manera especial al hombre y al estado *humano* de evolución, en cuanto es intermedio entre Dios (el número *uno*, atributo esencial del Ser) y su completa y perfecta manifestación en la Naturaleza, representada por el triple ternario, o sea el número *nueve*

Eminentemente *quinaria* es, pues, la arquitectura orgánica de su cuerpo, en el cual sobresalen del tronco la cabeza y las cuatro extremidades, cada una de éstas con 5 dedos, complementando los cinco sentidos y las cinco funciones principales: respiración, alimentación o nutrición, eliminación, secreción y desarrollo cíclico.

Igualmente corresponden con el número 5 sus facultades mentales, cada una de las cuales descansa sobre la anterior, la dirige y la completa, estando también en correspondencia analógica con los cinco sentidos, de los cuales constituyen el aspecto *interior* o subjetivo:

La *percepción* o facultad primaria que pone al hombre en contacto fragmentario con el mundo exterior, presentándole en facetas innumerables la compleja fenomenología de la existencia, sobre la cual tiene que construir su vida y grabar su propia senda evolutiva. Le corresponde analógicamente el más rudimentario y primitivo de los cinco sentidos, el *olfato*, entre los instrumentos masónicos la *plomada*, indicando la dirección de la gravedad, que constituye la base del crecimiento de la planta y, por consiguiente, de toda construcción y elevación estable.

La *memoria*, facultad eminentemente disolutiva, conservadora y automáticamente reproductora de las infinitas percepciones, las que sintetiza y concentra con su *recepción*. El sentido que con más propiedad le corresponde es el gusto, favoreciendo la discriminación inteligente con relación a las sustancias que se asimilen como materiales para la construcción orgánica.

Así como el olfato se halla especialmente relacionado con la función respiratoria, así también el gusto está con la de la nutrición. De la misma manera, con relación a la mente, la percepción, que no cesa ni en el estado de vigilia, constituye el estímulo básico primario de toda actividad inteligente, así como por medio de la memoria la mente se enriquece y ensancha el campo de la Inteligencia propiamente dicha. Su capacidad de igualar, disolviéndolas en un estado latente, todas las experiencias, la pone en correspondencia con el *nivel* que asegura la disposición más apropiada de toda piedra labrada en el edificio que se construye.

La tercera de las facultades mentales, la *imaginación*, tiene manifiesta correspondencia con el sentido de la *vista* exterior: es una activa facultad constructora que transforma de una manera

multiforme y variada los materiales que la percepción y la memoria le proporcionan, alimentándola. Al mismo tiempo que construye, su actividad proteiforme es igualmente destructora. Sus imágenes suelen disolverse como los ensueños, con la rapidez del relámpago, aunque la memoria se esfuerce, a veces vanamente, en captarlas y reproducirlas.

Por consiguiente, la imaginación guarda relación innegable con la actividad vital de desgaste y eliminadora de las construcciones orgánicas. Entre los instrumentos masónicos le corresponde la *regla*, que indica la dirección rectilínea de la luz y de toda visión, tanto exterior como interior.

La subsiguiente facultad del *juicio*, que se da cuenta de lo que es bueno y de lo que es malo, de lo justo y de lo injusto, de lo que es falso y de lo verdadero, de lo que es mayor y de lo que es menor, como de lo que es mejor y de lo que es peor, corresponde con el sentido del tacto, cuya igual actividad, correctiva y apreciativa, se ejerce en todo lo que vemos y observamos, extrayendo de ello *nuestras propias* opiniones y creencias.

Por esta razón, el juicio también tiene analogía con la función secretiva del organismo, así como en el campo masónico y en la arquitectura le corresponde la *escuadra* o Norma, que mide exactamente la rectitud angular.

En fin, como quinta facultad, necesitamos considerar la *comprensión*, que, indudablemente, se eleva en un grado superior al juicio, en su acercamiento a la Verdad. Podemos, pues, ver equivocadamente, y así como la memoria frecuentemente nos traiciona, nuestra imaginación puede conducirnos por rosadas sendas de ensueños que nos alejan de lo que es para nosotros más útil y deseable, y también nos es fácil juzgar sin entender.

Sin embargo, en la medida en que ejercemos y desarrollamos nuestra facultad *comprensiva*, nos es más difícil equivocarnos, debido a la natural insuficiencia de las facultades inferiores, toda vez que no sean guiadas y su actividad rectificadas por las superiores. Sobre todo por la Comprensión, que naturalmente corresponde con el Oído entre los sentidos, el *compás* entre los instrumentos masónicos, y la dirección general y cíclica de las demás funciones orgánicas.

EL PENTAGRAMA HUMANO

Entendiéndose desde la *tierra* o suelo de su cuerpo hasta el *cielo* trascendente de su Espíritu, como viviente ligamen, además que *hijo*, entre Dios y la Naturaleza, el hombre refleja claramente en su constitución los primeros cinco números, cuya suma triangular nos da el número 15, *místico* por excelencia.

Correspondiendo a su Espíritu, a la Chispa Inmortal y Divina de su Esencia Eterna, y al Cielo del Ser Puro, que todo comprende y contiene, el número 1 es en el hombre la verdadera *medida de Dios*: la dimensión interior en la cual y por medio de la cual está unido indisolublemente con todas las cosas y los seres, y en unísono potencial con todo lo que *es y vive*.

Este número indica al hombre como *una unidad* que refleja la Suprema Unidad: una INDIVIDUALIDAD *separada*, y al mismo tiempo *unida* con una Fuente Eterna. Su separación y separatividad exterior expresa, pues, la *virtud originaria* de su unidad absoluta con la Esencia Primaria —infinitamente más fuerte, poderosa y omnipotente que todos los pecados originales y capitales, que la fecunda imaginación de los teólogos sea capaz de crear.

El número 2 se expresa en su *dualidad creadora*: en su inherente capacidad de ser Hombre y Mujer, Macho y Hembra, Padre y Madre. Esta no se revela únicamente en la dualidad evolutivamente bicorpórea de sus órganos sexuales, sino que también la vemos claramente manifiesta en todos los aspectos de la llamada *simetría bilateral*: desde los ojos y las orejas a las manos y los pies, de los sesos o los lóbulos cerebrales a las sucesivas parejas glandulares, de las ventanas de la nariz a los pulmones, en la arquitectura del cráneo como en la de los mismos órganos impares, como el corazón y el estómago.

Pasando del hombre exterior al interior, vemos la misma dualidad reflejada en los pares de opuestos con los cuales se entretienen todas sus experiencias: placer y dolor, atracción y repulsión, simpatía y antipatía, verdad y mentira, bien y mal. En la cooperación complementaria de la Inteligencia y de la Voluntad, del pensamiento y de la Emoción, de los deseos materiales y de las aspiraciones espirituales, de las consideraciones objetivas y de las razones ideales.

De lo cual vemos que, tanto física como moralmente, la Ley de Dualidad se resuelve en factor de equilibrio, para mejor obedecer, en continuo crecimiento, a las dos opuestas atracciones del Cielo y de la Tierra, y lograr una perfecta expresión del Espíritu en el Cuerpo.

El número 3 se hace especialmente manifiesto en su constitución vertical, segmentada y estratificada. Físicamente, en las tres parejas de extremidades, incluyendo las que se juntan para formar la mandíbula; en las tres parejas de *ventanas* sensoriales de la cabeza; en la trinidad constituida por la misma cabeza con el pecho y el abdomen, que se multiplica en la segmentación vertebral; en las funciones básicas de respiración, circulación y digestión, sosteniendo el sistema nervioso y los órganos sensitivos y activos, y por otro lado, el sistema secretario, eliminativo y reproductivo.

Con relación a la constitución y desarrollo interior del hombre, vemos la Ley Ternaria expresada en la trinidad que forma el Alma con el Espíritu y el Cuerpo. Y, además, en la trinidad del alma misma, en virtud de esa polarización, que diferencia en ella un Alma Sensible, vehículo especial de la emoción, un Alma Intelectiva o Mente, que manifiesta el pensamiento en sus varios aspectos, y el Alma propiamente dicha, o sea *espiritual*.

El número 4 tiene su expresión humana en la *cruz* que el cuerpo erecto forma, por medio de su extensión vertical y alcance lateral: sus dos principales dimensiones externas, dado que, como las galaxias y el átomo, la parte esencial del cuerpo humano también tiene forma de un discoide achatado.

La cruz que determinan las extremidades superiores extendidas tiene su correspondencia endosomática en los cuatro *ríos* o corrientes arteriales y venosas, respectivamente, que fluyen en el corazón y salen de él; en el ángulo recto en que se encuentran las líneas horizontales que forman los ojos y las orejas, las espaldas y el pecho, con la vertical determinada por el flujo respiratorio y las demás funciones orgánicas, obedeciendo a la Ley de Gravedad.

Esa cruz sobre la cual el hombre se halla diariamente crucificado por los complejos mecanismos vitales es, pues, determinada por la incidencia de la superficie de la tierra con la vertical que

la une con el Cielo, debido a la doble atracción del Cenit y del Nadir.

En cuanto al número 5, podemos verlo expresado tanto en la forma exterior del hombre como en su interior constitución piramidal, de la cual el Espíritu puede considerarse como el vértice, en contacto con lo Real Celestial, y la base es el cuerpo, firmemente arraigado en la realidad objetiva que, al sostenerlo, lo limita.

Entre los dos, es el Alma trina, polarizada hacia ambos, expresando en un flujo continuo que coincide con el del Tiempo, su Conciencia, Inteligencia y Voluntad, en innumerables variadas experiencias.

EL ARQUITECTO DEL TEMPLO

Con sus cinco caras, una de las cuales, tetrágona y estrechamente pegada a la tierra, y cuatro triangulares, elevándose de la tierra de la experiencia objetiva hacia el Cielo de la Pura Verdad, que sintetiza y unifica los diferentes contactos terrenales, la Pirámide es el Templo por excelencia, que el hombre con su misma vida levanta a la *Gloria del Ser* que lo alumbraba.

Aun cuando las construcciones posteriores se hayan alejado bastante de la majestuosa sencillez de la estructura piramidal, ninguna de ellas sobrepasa en solidez y duración, como en significado simbólico, la poliédrica montaña artificial que el hombre, imitando sabiamente a la Naturaleza, ha levantado como monumento, *geométrico* por excelencia, a la Gloria del Principio Celestial de la Luz, que sostiene y dirige la vida, tanto física como espiritual.

Como la Pirámide, todos los templos que la imaginación geométrica del hombre ha logrado realizar, demuestran un mismo afán de *elevación* hacia la mayor altura posible, sobre la estructura básica más sólida y segura. En todos se ha tratado de conseguir una presentación imponente, por su mole y altura, hasta sacrificar lo interior, de una sencilla severidad, o bien deslumbrante por sus riquezas.

El espacio, la luz y la ligereza que se ganan con las columnas, el arco y la bóveda, si bien constituyen una innegable evolución, con relación a la esquemática sencillez de la pirámide

rectilínea o escalonada, con un interior críptico y reducido, alejan la construcción de la simbólica transparencia de una Idea Pura, por medio de la complicada estructura en la cual el conjunto amenaza perderse en sus elementos constitutivos.

Sería, por consiguiente, muy difícil de imaginar, para el *Arquitecto* por excelencia, ideador del *templo* salomónico, un monumento más profunda e intensamente significativo que la Pirámide, reducida en su tamaño, para expresar al Microcosmo. Las mismas cinco letras del nombre de Hiram, en correspondencia con las caras de la Pirámide y con los cinco principios del hombre, pueden considerarse como indicadoras de cómo hemos de buscar en los profundos recesos de nuestra propia arquitectura orgánica, vital y psíquica el Principio Orientador y *reorientador* de la vida y evolución pasada, como de nuestro futuro porvenir.

El verdadero *arquitecto* del Templo de la Vida y de la existencia toda del hombre es, pues, su propio *pensamiento*, o bien la PALABRA que lo simboliza: aquel Logos o Verbo que constantemente expresa en él lo que él mismo *es* y está deviniendo.

Por medio de sus diarios pensamientos y de las palabras silenciosas que, en su fuero íntimo, expresan sus propósitos y deseos, el hombre siempre *dirige*, de una manera más o menos *consciente e inteligente*, la Obra Constructiva (y alguna vez destructiva) de la Vida, tanto dentro del organismo como en las acciones y experiencias, en las que se halla envuelto como actor y factor.

El *hado* o fatalidad (ambos de *fatus*, supino del verbo latino *fari*, "hablar, decir, expresar") es, en realidad, *lo dicho*: lo que ha sido decidido y expresado, tanto por nosotros personalmente como, impersonalmente, por las Fuerzas, Leyes y Principios que, en armonía con nuestra propia consciente elección, con nosotros cooperan a la dirección ordenada de nuestra existencia.

LA PALABRA

De cualquier manera que la consideremos, nuestra existencia es siempre la expresión combinada de Causas o conjuntos causativos que, analizados en su esencia, se reducen a las *palabras-pensamientos* y sus decretos. Toda palabra y todo pensamiento distintos de la pura abstracción son infaliblemente *decretos* de algo que así se establece en nosotros como fuerza operativa o atractiva.

Después de la *conciencia*, y surgiendo de ella como luz de la lumbré, la Palabra es el *centro vital* de la pirámide de la vida individual. Mientras la conciencia es más bien estática —algo como el “espacio-tiempo”, conteniendo y engullendo en sí todas las experiencias de la vida—, la Palabra debe considerarse el Principio de todo dinamismo psicofísico. No solamente en el hombre, sino en todo el vasto campo de la naturaleza, en donde tiene su expresión evolutiva, tanto en las inmensidades inconmensurables del espacio como en los abismos ilimitados de lo infinitésimo, la Palabra Creadora del G. A. de los mundos y de toda existencia.

Si consideramos la conciencia como el centro o Cámara Secreta de la Pirámide de la vida, en la Palabra debemos ver entonces su vértice luminoso: aquel punto que, como la sumidad de las montañas, parece concentrar en sí la luz del cielo, hacia el cual se eleva, atraído por la misteriosa gravedad uránica, venciendo la telúrica. De ese punto, las cuatro caras laterales, y las aristas que las dividen, se presentan como *naciendo* o descendiendo, porque efectivamente la pirámide geométricamente nace de su vértice, aun cuando su construcción material justamente se termine al alcanzarlo.

De la misma manera, la vida del hombre arquitectónicamente procede de sus ideales, que buscan en la línea recta de su poder iluminativo e inspirador una expresión progresivamente siempre más amplia y adecuada, en sus pensamientos, palabras, acciones y aspiraciones. Y una vez que la obra Magna de la existencia individual se haya elevado, en una continua persecución de ese ideal inasequible —que constantemente parece acercarse y alejarse a la vez— hasta alcanzarlo en el grado y en la forma en que pueda hacerlo, cesa el mismo objeto de la vida terrenal y se acerca ésta a su conclusión, preparándose para un nuevo comienzo, en armonía con el Plan Cósmico de Evolución.

LA BUSQUEDA

Esta Palabra *perdida* que, de una manera o de otra, se busca en todos los grados masónicos, por medio de viajes y pesquisas, por medio del trabajo y de su recompensa, y por medio del crimen y de su venganza, es evidentemente símbolo, además de

la Verdad, de todo Ideal Director, Orientador y Renovador de la vida del hombre, el cual con demasiada frecuencia perdemos de vista, en nuestra persecución de objetivos puramente materiales.

En todos sus grados, la Masonería nos enseña a *buscarla* por encima de todo, porque sin ella vana sería nuestra labor en cualquier campo y para cualquier objetivo. La Pura Verdad, lo *real* y *esencial* en toda cosa como en todo ser, está muy lejos de ser una abstracción teórica y vacía: mas, al contrario, en ninguna tarea podemos lograr un éxito efectivo sino en la medida en que nos pongamos y estemos, con nuestros pensamientos y actitud, *en armonía con la Verdad*, en el particular aspecto de la misma que se le refiere.

Lo cual, evidentemente, nos impone su *búsqueda*, a veces hasta en el abismo de la desilusión y del fracaso, y en la persecución de los *errores* que son sus causas, así como lo son de todo mal y miseria. La búsqueda de los tres malos compañeros, para entregarlos al *recto juicio* del Discernimiento Espiritual, se nos revela entonces como la localización e identificación de los tres errores fundamentales que *vician* nuestra manera de pensar y considerar las cosas, y nos impiden alcanzar la Sabiduría Hirámica, la cual ardientemente anhelamos.

Estos tres errores, nacidos del punto de vista exclusivamente material de la vida, son pues:

1) *la creencia en el mal*, como Principio, Entidad o Poder, más bien que como simple error e imperfección, la cual hallamos hasta en las religiones que a sí mismas se consideran como más adelantadas, alimentando en ellas la superstición y el fanatismo;

2) *el error de la separatividad*, que nos da la ilusión de ser *distintos y alejados* del Principio Unico, Eterno y Supremo de la Vida y del Ser, en lugar de reconocernos como sus *hijos* o directas expresiones individuales suyas;

3) la derivada creencia en la fundamental hostilidad y oposición del *mundo exterior* —o de *algo* en él que casi invariablemente es lo que menos conocemos—, que alimenta toda lucha y contienda y nos aleja de una más completa *cooperación* que, para nosotros, es en toda circunstancia la necesidad más vital y esencial.

La palabra reconstructora del Templo que diariamente levanta

nuestra existencia, en su progreso ascensional, es, pues, igualmente triple, según lo expresan sus *tres* letras —dos en hebreo—, siendo la intermedia substituida por un signo vocálico.

1º) El reconocimiento unívoco del Unico, Supremo y Omnipresente Principio del Ser y del Bien, simbolizado por la letra que corresponde al número 10, emblemática de *perfección y poder de integración creadora*.

2º) El reconocimiento del ser del hombre como Potencia Individualizada del Ser Unico, según lo simboliza la letra Aleph, *ocultada* en la Palabra, así como el número *uno* con relación al diez.

3º) La necesidad de una cooperación *activa, plena y simpática* —es decir, *todo corde*— con la Vida, descansando en el reconocimiento de la fundamental *unidad* de todas sus expresiones, que nos indica su segunda o tercera letra, emblemática del número *cinco*, o sea del Aliento de Vida y de la vida humana en particular: de la Conciencia, del Alma y de la Mente, o bien del hombre como *integración quinario*.

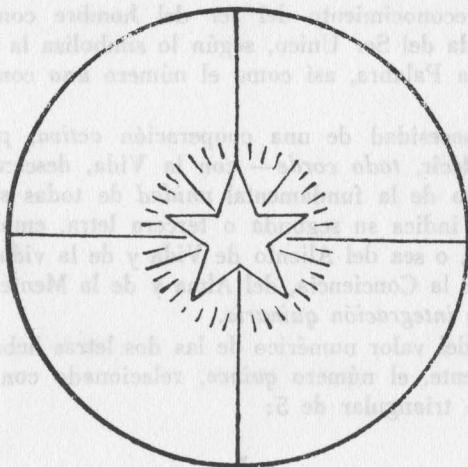
La suma del valor numérico de las dos letras hebreas nos da, por consiguiente, el número *quince*, relacionado con este grado como número triangular de 5:



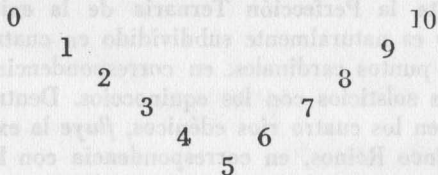
O sea la Unidad Esencial que, reflejada en la Dualidad Creadora, manifiesta la Perfección Ternaria de la existencia, cuyo *ciclo* o *círculo* es naturalmente subdividido en cuatro cuadrantes por los cuatro puntos cardinales, en correspondencia con la *cruz* que forman los solsticios con los equinoccios. Dentro y fuera de la cual, como en los cuatro ríos edénicos, *fluye* la expresión de la vida en sus Cinco Reinos, en correspondencia con los *cinco días* de la Creación que siguen al primero o *preliminar* y se terminan con el *descanso* o Quietud Nirvánica, que sólo la Perfección alcanzada hace posible.

CAIDA Y ASCENSION

La suma de 10 y 5 que aritmosóficamente integra la Palabra del grado de Elegido, es también la suma del Poder Divino con la Vida del Hombre —otra manera de expresar la *perfección del Magisterio*.



En el progreso natural de 0 a 10, o sea de la Creación todavía en su estado de *latencia* o Pralaya hasta su *perfección* manvantárica, podemos ver la suma del descenso involutivo y de la ascensión evolutiva, en cuyo arco el número *cinco* naturalmente representa el punto *central* y más bajo:



Las cinco o seis fases o *días* propiamente creadores están expresados por las cifras que descienden de 0 a 5. Por esta razón la

Fase Humana, que justamente corresponde con el número *cinco*, forzosamente había de indicar el *punto final de la caída natural* de la Creación Divina en la Materia o *forma* que tiene que expresarla progresiva y evolutivamente.

En este punto básico y central, la sucesiva *integración* atómica, molecular, celular, orgánica, trata, pues, de expresar la Mente, como Inteligencia Discriminadora y Elección Voluntaria; después de haberse sucesivamente manifestado como Potencial Latente (0), Energía (1), Materia (2), Forma (3) y Vida (4). Una vez alcanzado, con la Mente Humana, el número (5), los Poderes Creadores (Elohim) comparativamente *descansan*, para dejar libre el Potencial Divino así almacenado de *ascender*, por su propia elección y con sus propios esfuerzos, *cooperando* con la Naturaleza Madre y con el Padre Celestial del Ser.

Las *iniciaciones* sucesivas, o realizaciones místicas, fases de progreso que siguen a la propiamente *humana*, pueden considerarse simbolizadas por los grados masónicos que siguen al de Elegido. Por consiguiente, no nos detenemos en ellas, dado que también corresponden simbólicamente al *segundo* He de la Palabra Integral, excluido del grado de Elegido, que representa la fase de *elección voluntaria*.

En un semejante orden de ideas, podemos considerar el número *uno* como representando a Adán "creado por Dios a su imagen y semejanza" y "macho y hembra" a la vez. El número *dos* entonces simboliza a Eva, y al Alma Humana, creada de uno de sus *lados* o costilla, así como en general la *reproducción sexual* que, substituida a la primitiva partenogénesis, favorece mejor el proceso evolutivo.

En el número *tres*, como en las cifras 3, 4 y 5, podemos ver a los tres hijos de la simbólicamente primordial pareja:

Cáin, el primogénito, *hijo de la caída*, pegado a la tierra por su propia visión material;

Abel, *pastor de ovejas*, que naturalmente aspira al cielo, en cuya contemplación *descansa*, levantando constantemente la mirada;

Set, *el que se asienta* en un justo equilibrio entre la visión material y la espiritual, siendo precisamente *constructor de ciu-*

dades, y persiguiendo la Ciencia sobre la base sólida de la *experiencia*.

Huelga decir que estos tres hijos sucesivos de Adán y Eva realmente representan, al igual que sus padres, tres distintas fases de desarrollo colectivo de la humanidad: la primitiva agricultura, tratando de multiplicar sabiamente los árboles y las hierbas productores de la alimentación básica y más natural del hombre; el pastoreo de las tribus nómadas, alejándose de los valles fértiles pero excesivamente poblados, vagando por las montañas o buscando nuevas tierras; la *civilización* propiamente dicha, que tiene su asiento natural en la ciudad, por medio de una división cooperativa del trabajo y de una organización apropiada para mantener el orden, haciendo posibles la prosperidad y el progreso de la comunidad.

PROGRESO EQUILIBRADO

Realizando la integración del número 3, exponente de la creatividad divina, y del número 2, símbolo de la Naturaleza, con sus características polaridades y antagonismos, el número 5 —así como su representación geométrica en la Estrella *derecha* de cinco puntas— tiene como principal significado dinámico el del *progreso equilibrado* que se hace manifiesto en el poder natural de irradiación de toda civilización.

En el vasto campo de la naturaleza, lo vemos igualmente expresado en la fecunda creatividad de los elementos que produce, reproduce y perpetúa, y en el progreso ascendente de la Ley Evolutiva, las cosas todas: los átomos y las moléculas, los cristales y las células vivientes, las plantas y los animales, los hombres y los astros.

En todos ellos el número *cinco*, emblemático de un Ideal que se expresa en una *forma* sensible como *progreso evolutivo*, se halla reflejado con un siempre más claro *dominio director* sobre las potencias numéricas que los anteceden: desde la simple cruz que el átomo de carbono (el más fecundo en combinaciones entre los elementos químicos) forma en el espacio, con sus cuatro valencias alrededor de su núcleo central, a la cruz-pentagrama que el cuerpo del hombre igualmente realiza. Desde los cinco puntos que la cruz zodiacal igualmente forma con su foco central, a la irradiación

estelar, convencionalmente representada por la estrella de cinco puntas.

En el campo moral, representa el número *cinco* la *perfecta justicia* de la Ley Divina, y la que se establece, en su semejanza, con el Reino del Discernimiento Espiritual, sobre las facultades inferiores y básicas de la mente. E igualmente la Autoridad Espiritual que, por su propia naturaleza y origen, siempre está por encima del *poder temporal*.

Por esta razón, vemos entre los Arcanos del Tarot el número 5 representando al Papa, así como el número 4 representa al Emperador. Al asiento de esto sobre el trono de la Piedra Cúbica, indicando un estado de equilibrio en perfecta obediencia a la Ley de Gravedad, corresponde en aquél el *trono invisible* situado entre las dos Columnas que realizan la unión de la Tierra con el Cielo: unión que confiere a la Conciencia su poder natural sobre la *forma*.

La propia *conciencia* y su poder de Percepción Superior y mística comunión con la Eterna Verdad del Ser es, pues, la que netamente diferencia a la Autoridad Espiritual —y, como tal, *impersonal*— de una mucho más *formal* personificación del Poder Temporal, el que tiene su asiento natural sobre la Ley humana y su seguridad en su propia reconocida *legalidad*. Dado que las Leyes y Estatutos de los hombres varían con el progreso del tiempo y de las ideas que los dominan —abigarradas mezclas de verdades relativas, errores y supersticiones—, es evidente la naturaleza inestable de todo trono material, a pesar de su aparente solidez.

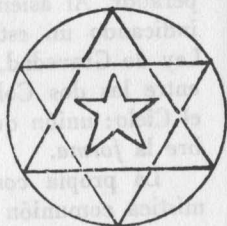
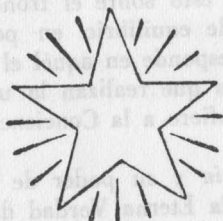
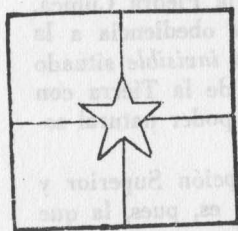
LA ESTRELLA

En la *estrella* tiene el número 5 su natural realización geométrica, expresando la *plenitud radiante* de sus inherentes posibilidades, latentes en el cuadrado o cuadrilátero, de cuyo centro crucial surge para elevarse, por encima de la sólida estrechura de sus dimensiones concretas.

Aun cuando ya hemos tratado de este símbolo importantísimo repetidas veces, en los Manuales anteriores, la Estrella o Pentagrama Radiante tiene, como los demás símbolos que no son exclusivos de este grado, *su mensaje especial* para el Maestro

Elegido, que las páginas anteriores no pueden haber revelado completamente.

Más que cualquier otro símbolo aritmético-geométrico, expresa, pues, la Estrella pentagramal la Ley Evolutiva y la *evolución creadora* que vemos manifestarse en la naturaleza y en sus reinos, del electrón al átomo y de esto a la molécula, así como de la *energía* a la *substancia* y de ésta a la *forma*, del mineral a la célula y de ésta al organismo, del vegetal al animal y de éste al hombre, del hombre al astro y de la Humanidad al Cosmos, en su conjunto integral y múltiple.



Comprendido entre los números impares de la Década, en el *justo medio* entre la Perfección Inicial y Divina que representan el 1 y el 3, y la Perfección Inicial-Evolutiva expresada por el 7 y el 9, ya el número 5 de por sí tiene que indicar esa fase inquieta y esa condición de equilibrio inestable, los que, sin embargo, producen y reproducen continuamente toda la fecunda creatividad de la Naturaleza.

Y la estrella que, surgida del *corazón secreto* de la Cámara del Medio, se levanta en la persecución ininterrumpida de un Ideal de constante autosuperación, dentro de la eterna palingenesis del Devenir Cósmico, representa la *perfección organizadora* e incesantemente creadora de infinitas *individualidades integrales*, es todo un poema y un emblema de viviente dinamismo: en él se suman y se integran la Inteligencia y la Voluntad, la Sensibilidad y la Razón, con la Conciencia que las unifica, por reflejar en sí la Unidad Originaria, cuyo *poder* expresa.

Todo grado evolutivo, toda grada importante en el ascenso natural y orgánico, toda nueva etapa de relativa *perfección e integración*, es, pues, una nueva Estrella que se asoma al horizonte

del Devenir Cósmico, para elevarse en virtud del movimiento mismo de la Esfera Espacial-Temporal que contiene y transmite su irradiación, hacia el Cenit de una Plenitud dinámica y pasajera, a la cual sigue infaliblemente un Descenso en *persecución* de un Nuevo Ideal de superación, de una *nueva palabra* de Verdad y Poder.

Nacida del número 5, elevado hasta la máxima plenitud de su inherente Potencial Vital, la Estrella de la misma manera cría en su seno y manifiesta el número 6, símbolo de la espiral evolutiva formadora de los mundos, desde el estado primitivo de nebulosa indiferenciada hasta el de un sistema solar, comprendiendo la armonía coordinada de sus distintas esferas.

Sumándose con el centro la década periférica constituida por los lados, así como por los ángulos del pentagrama, obtenemos los números 11 y 21, que respectivamente representan:

El número 11, la *elección voluntaria* de la Unidad Individual *hija*, que procede de la Plenitud de la Década (la Casa del Padre), buscando su propia expresión independiente y separada, como lo indica la alegoría evangélica del Hijo Pródigo; o bien para cumplir una misión especial en un país algo alejado de la salomónica Mansión de Paz, según nos lo presenta la leyenda del grado de Elegido, con los Nueve Maestros obligados a alejarse de la Década armoniosa que formaban con Salomón, al irrumpir entre ellos una adicional *unidad* turbadora: la presencia inesperada, y sin embargo, oportuna, del Desconocido.

Y el número 21, la *armonía cósmica*, representada por un triple septenario, en el cual se multiplican las perfecciones respectivas de los números *tres* y *siete*, dentro de la potencia triangular de *seis*, dado que 21 es igual a $1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6$.

Tres veces siete es, pues, la Plenitud del Magisterio efectivo, con el dominio de los tres mundos —perfección hacia la cual tanto los Maestros simbólicos como los MM.°. SS.°. y EE.°. sólo pueden aspirar como a un Ideal muy remoto, que apenas si puede comprenderse. Tan lejano como las estrellas del cielo, con su distancia de años, hasta millones de años-luz, y cuyo brillo inmanente e imperturbable a través de las edades no deja de alentarnos a seguir nuestra senda, modesta pero igualmente necesaria.

Siete veces tres representa la Armonía de la Perfección Divina, originaria e inmanente, que se expresa en todas las octavas y planos cósmicos, en una constante, progresiva y sublime *revelación*, análoga, en los planos interiores de la Conciencia y de la Inteligencia, a la revelación de la Luz que irradia en todas partes, y todo lo alcanza, conquista y penetra, con sus rayos visibles e invisibles, y el poder vivificador de sus mágicas vibraciones.

En cuanto a la suma de las primeras seis cifras, simbólica del progresivo crecimiento de la Edad, y de los poderes adicionales que cada etapa naturalmente desarrolla, nos indica las potencialidades implícitas en nuestro actual estado evolutivo, y la soberana necesidad que tenemos de desarrollar hasta su más alto grado de perfección y utilidad los especiales *talentos* y *facultades* de que estamos dotados, como herencia de nuestro pasado, que necesitamos transmitir multiplicados al porvenir que, con infinita paciencia, espera nuestro *devenir*.

LOS TRES ARCANOS

Los arcanos del Tarot que más especialmente tienen relación con el grado de Elegido son los dos intermedios entre la primera década y la segunda, y con los cuales la primera se convierte en una dodécada: los Arcanos XI y XII, relacionados especialmente con el IX, que, indirectamente, los precede.

Como última entre las cifras propiamente dichas, el número 9 representa la *madurez* que se expresa como Sabiduría Operativa: a un mismo tiempo, la *búsqueda* y la *expresión* de la Verdad y de la Perfección. La lámpara simbólica que el Anciano trae en la mano derecho, encubriendo parcialmente su luz con el manto, representa, pues, sobre todo, el Discernimiento Filosófico que alumbra la Senda de la Vida, como Poder de Trascendencia de todas las experiencias humanas, así como el cayado de *siete nudos* que lleva en la izquierda no le sirve tanto para apoyar sus pasos, siempre seguros, como para proteger su extrema sensibilidad de los más rudos contactos exteriores.

La búsqueda de los traidores de la Vida Elevada del hombre, que los Nueve Maestros *elegidos* por la Sabiduría Salomónica persiguen en este grado, es, evidentemente, de un carácter algo

diferente de la tranquila majestuosidad, serenidad e independencia que revela la figura del Arcano. Pero en ambos casos tratase de una búsqueda ideal, que concierne fundamentalmente al hombre y su devenir: su progreso en Verdad y Virtud, que la lámpara y el cayado respectivamente simbolizan.

La Luz que el Maestro lleva siempre consigo, con su propia tranquila presencia, es, pues, aquella misma que Johaben fue incapaz de resistir; y, no muy diversamente de la figura que nos muestra el Arcano, debieron los Maestros mirar a los despojos de los otros dos desgraciados, percidos, echándose abajo en el barranco.



Muy distinta es la figura que nos presenta el Arcano XI, simbólico de la Fuerza Vencedora, de la Razón que domina el instinto, sujetándolo a la disciplina de la Inteligencia, la que permite su aprovechamiento constructivo. Los *instintos* que, cuando dominan al hombre, lo hacen descender muy por debajo del nivel y del puesto que la Naturaleza le ha asignado, y hasta muchas veces lo conducen hacia la muerte prematura o la ruina —como en el caso de los tres compañeros que buscaban los privilegios de los Maestros huyendo de sus deberes y responsabilidades—, se tornan sus preciosos auxiliares cuando, una vez subyugados por la Inteligencia, son convertidos por la Sabiduría en hábitos provechosos,

que permiten al hombre el uso más pleno y completo de sus facultades.

La subyugación del *león* de la Vida Animal es, pues, el primero de los doce trabajos de Hércules —el *Héroe-Iniciado* consciente de su propia divina descendencia, la cual trata de afirmar con el dominio de las contingencias humanas.

La figura del hombre *invertido*, con la cabeza hacia abajo, que nos presenta el Arcano XII, debe, para ser comprendida, ponerse en relación con el número *doce*, simbólico de todo *círculo* como de todo *ciclo*, o sea de la Relatividad del Espacio-Tiempo, en la cual y a la cual el hombre se halla como suspendido y supeditado.

Las dos columnas o fustes arbóreos, entre los cuales parece estar atado por el pie izquierdo, conservando libre el derecho, dan evidentemente a la figura un significado muy diferente de aquel que de inmediato pudiera sugerir. La Rueda Zodiacal u Arco Evolutivo, con sus dos mitades *ascendente* y *descendente*, entre las cuales el hombre se encuentra atado o circunscrito por la Fatalidad que deriva de su propio *pasado* está muy lejos de impedir enteramente sus movimientos; más bien lo estimula a trabajar activamente para su propia LIBERACION, la que, sin embargo, sólo puede alcanzar *por sus propios esfuerzos*.

Comienza el hombre su existencia terrenal en la vida intrauterina justamente en esa posición, con la cabeza hacia abajo, *ligado* a la sangre materna, cuyo libre flujo permite las funciones vicarias de asimilación, respiración y eliminación, hasta que pueda tener un contacto más libre y directo con los elementos cósmicos.

De la misma manera, todos los organismos, estamos doblemente ligados a la atmósfera, por medio de la respiración, y a la tierra, por la llamada *fuerza* de Gravedad. Mas, desde un punto de vista cósmico, realmente estamos *suspendidos en el espacio*, exactamente como nos lo muestra la figura del Arcano. La gravedad terrena ata, pues, firmemente nuestros pies; pero la cabeza propende —en el hombre especialmente, debido a su posición erecta—, libremente, hacia las inconmensurables profundidades del espacio galáctico, y más allá de éste, según se extienden sus aspiraciones, con su mirada escudriñadora.

Igualmente, desde el punto de vista de la existencia en su

totalidad, estamos atados a nuestro pasado, mucho más allá de nuestra memoria actual, por los pies de la *acción*, en gran parte, dirigidos por los instintos. Pero nuestra cabeza, en la medida del discernimiento adquirido por medio de la experiencia y de la elevación y anchura de la visión ideal, tiene el poder de *librarnos* y guiarnos inteligentemente en la senda de un Devenir más armonioso, en mejor acuerdo con la Ley Evolutiva.

EL NUMERO 12

El *devenir* del hombre y su progreso desde el dominio de la Fatalidad *kármica* hacia la realización de su Destino Divino (que es el verdadero *plan* del G.°. A.°.) nos llevan naturalmente al número *doce*, clave del Arcano respectivo, pasando por el *once*, que representa la Voluntad y Libre Elección que hace posible la transición de 10 a 12.

10 es, pues, la Rueda del Karma o Determinismo Fatal, el dominio saturnino de la Ley de Causalidad, que se le impone al hombre con una rigidez proporcionada a su incomprensión, es decir, en razón inversa de su crecimiento en capacidad autodirectiva. Es la Luz Divina o *verdadera luz* que alumbró el círculo del Espacio Eterno, para guiar y orientar a la Naturaleza del caos de su primitiva inconsciencia (o 0) hacia el orden que hace patentes el crecimiento de la conciencia y su responsividad obediente a la Ley Directora (número 1).

11 representa las dos *unidades*, macro y microcósmica, el Padre y el Hijo, tanto en el conflicto de la orgullosa e ilusoria *independencia* —que, simbólicamente, indican la rebelión satánica, las luchas entre los dioses y la hermosa parábola del Hijo Pródigo— como en la armoniosa, iluminada y sabia cooperación del Hijo con el Padre, o del Hombre con la Ley, que constituye el camino de la Libertad y Poder más verdaderos. La suma de la Década Productora, o *Natura Naturans*, con la *unidad* producida, reflejo monádico del Ser Uno, que aparece en todas las creaciones individuales y en el individualismo creador.

En el 12, asimismo, tenemos la unión de la Divina Unidad en su *potencia decádica* con la Dualidad Procreadora, en la cual *naturalmente* se expresa, como *polaridad y complementariedad*,

anti-nomia y *armonía*, *sexo* y *ritmo*, o Ley de Alternación. Gráficamente lo expresan tanto el Arquitrabe como el Arco, descansando sobre las dos columnas; y las dos mitades en las que cada círculo, ciclo o esfera naturalmente se dividen.

Así, la Esfera Celeste resulta dividida por los movimientos de la tierra, diurno y anual, en sus dos mitades boreal y austral, que tienen su círculo o plano intermedio, respectivamente, en el Ecuador y en la Eclíptica. Y el globo terrestre es, además, cortado, por su propia opacidad, en los dos hemisferios diurno y nocturno; y desde el punto de vista de cada lugar, o punto de su superficie, por el horizonte respectivo, a su vez entrecortado, como los demás círculos, por los círculos o planos que expresan su orientación solar y cósmica en los llamados cuatro *puntos cardinales*.

Todas estas variadas intersecciones, rectas u oblicuas, de los círculos de una misma *esfera* o *espacio*, con particular referencia a nuestro planeta y a la esfera espacial que lo rodea, sirven de base natural para considerar, estudiar y computar tanto las *relaciones cósmicas* como los movimientos y configuraciones de los diferentes puntos luminosos, o cuerpos celestes, que constantemente brillan, como los *ojos* de Argos, en derredor de nosotros y sus *influencias* reales o virtuales.

Sobre este conjunto matemático, que la Geometría Esférica estudia de una manera abstracta, precisa y general (cuando se refiere objetivamente al Espacio y al Tiempo, según caen bajo nuestra directa experiencia), descansan a la vez la Geografía y la Cosmografía, la Astronomía y la Astrología, la Cronología y la Cosmogonía.

La *letra G*, expresando simbólicamente ese conocimiento, a la vez que su *clave* o punto central (terrestre o humano, solar o cósmico), es la única capaz de guiarnos en ese complejo laberinto. Y, por lo tanto, justamente la ponemos entre la *escuadra* del ángulo recto, o medida básica de cada cuadrante, y el *compás* de la infinita variedad de divisiones y combinaciones angulares, que nuestra comprensión puede abarcar.

Con estos *dos sencillos instrumentos*, que miden la periferia con relación al centro de cada círculo o ciclo —y que son tan indispensables para comprender la dinámica arquitectura cósmica como para levantar toda obra humana duradera—, se subdividen

aquéllos naturalmente en *doce* partes, que corresponden con la trisección de sus cuadrantes. De ahí que el número 12 sea el más apropiado e indispensable para el estudio de las divisiones y relaciones cíclicas.

EL ZODIACO

Expresión característica del número 12 es el Zodíaco —el *ciclo, camino o rebaño de los animales celestiales o divinos*—, la *Vía Sacra* o Camino Sagrado sobre el cual pueden verse constantemente en el cielo aquellos astros más cercanos y móviles que acompañan nuestra Tierra y comparten su destino, en ese campo tan inmenso, desde nuestro punto de vista terrícola o microcósmico, y sin embargo, tan infinitesimal, en comparación con las extendidas galaxias que pueblan los abismos del Espacio-Tiempo, integrando el Gran Todo Sideral o Macrocosmo.

Este Camino tiene como línea central la Eclíptica, la senda virtual del Sol, que, en realidad, es tan sólo la proyección celestial de la revolución anual de la Tierra. En una ancha faja, cortada por dicha línea circular, al igual que toda la Esfera Celeste —que constituye nuestro propio horizonte o panorama del Macrocosmo—, sus divisiones están marcadas por las *doce grandes constelaciones* muy bien conocidas, y que simplemente figuran la *presentación macrocósmica*, con relación a ese círculo.

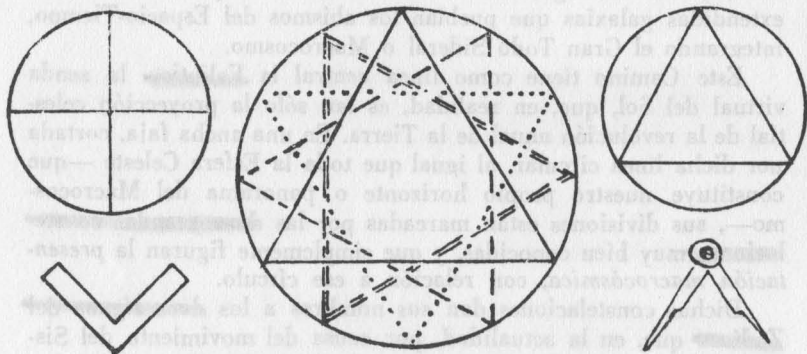
Dichas constelaciones dan sus nombres a los *doce signos del Zodíaco* que, en la actualidad, por causa del movimiento del Sistema Solar que produce la *precesión de los equinoccios y solsticios*, casi coincide cada uno de ellos con la constelación que lo precede: el signo de Aries con la constelación de Piscis, y así siguiendo con los demás.

Las *constelaciones* sirven, pues, principalmente como indicadoras de los *signos*, siendo estos últimos determinados por el sucederse de las estaciones y de los *equinoccios y solsticios* que marcan sus divisiones, de acuerdo con la duración del día en comparación con la de la noche.

Tanto la *línea equinoccial* —que corresponde con el eje o diámetro común en que se cruzan respectivamente el círculo o plano de la Eclíptica con el del Ecuador— como la *solsticial* cortan el círculo zodiacal en dos mitades. Y, dado que forman ángulo

recto la una con la otra, los dos semicírculos vienen por ambas divididos en cuatro cuadrantes. Cada uno de los cuatro puntos es el vértice de un triángulo equilátero cuyos otros dos vértices coinciden con las trisecciones de los cuadrantes. La división uranométrica del Zodíaco se obtiene así *geométricamente*.

Así pues, dentro de la *unidad* cíclica y central del círculo zodiacal, tenemos la *dualidad* formada por sus dos mitades boreal y austral, ascendente y descendente —partiendo respectivamente de los puntos equinocciales y solsticiales. Y luego el *ternario* de las estaciones primitivas, abarcando cada una cuatro signos o meses, que pueden diferentemente computarse a partir de cada uno de los cuatro puntos, y que serían, tal vez, las más apropiadas para los países tropicales.



El *cuaternario* de los cuadrantes y de los puntos que los delimitan, indicando las cuatro estaciones, corrientes en la civilización actual, que son las más apropiadas para las zonas templadas, no necesita mayores explicaciones. Su combinación con la división ternaria produce naturalmente los doce *signos*, en correspondencia algo atrasada e imperfecta con las constelaciones y los meses del año.

Una ulterior subdivisión por mitad de cada una de las doce partes origina las 24 horas del día y las 24 quincenas del año. Su división ternaria produce igualmente los *decanatos* y las *decenas*. Y la división natural de cada decanato en diez partes, en aproximada correspondencia con los días (la diferencia es la

de casi cuatro minutos diarios, siendo la que transcurre entre el *día sideral* y el *día solar*), nos conduce a la subdivisión de cada signo en 30 grados y de todo el zodiaco (así como de todo círculo y circunferencia espacial o angular) en 360, en la cual se combinan e integran de la manera más perfecta los dos sistemas decimal y duodecimal —cada uno de ellos en su propia esfera o campo de dominio natural, para el cual es el más adecuado.

Por consiguiente, aunque basado primeramente sobre el número *doce*, que de la mejor manera ejemplifica, el zodiaco constituye un compendio simbólico de toda la Gnosis numeral. 360 es, pues, exactamente divisible por todos los primeros diez números, con la única excepción de *siete*. Pero, del septenario que se expresa en los planetas y en todas las octavas cósmicas, constituye el *campo*, o *radio de acción*, más natural e indispensable.

LOS DOCE SIGNOS

Siendo muy difícil, sin saberlo, ver las constelaciones tradicionales en sus figuras simbólicas, dentro de las agrupaciones estelares que les corresponden, lo más probable es que fueran elegidas por razones de simbolismo de sus influencias astrológicas, que con relación a la sugerencia de las configuraciones de las estrellas mismas.¹ De cualquier manera es, sin embargo, evidente que los símbolos que se les atribuyen maravillosamente corresponden con las cualidades que la Astrología asocia tanto con las constelaciones como con los *signos*, o divisiones trópicas del mismo círculo zodiacal.

Así, pues, **ARIES**, signo cardinal de *fuego*, que viene *primero*, marcando el equinoccio primaveral, manifiesta en los nacidos bajo su influencia —ya que tengan el Sol en ese signo, o que el mismo surja al horizonte en la hora de su nacimiento— toda la impetuosa juventud y el ardor instintivo y algo voluble, que fácilmente se asocia con el cabo varonil del rebaño de las manzanas ovejas.

TAURO, que parece *consolidar y establecer* en su más fecunda capacidad el primer ímpetu del calor vernal, se asocia, de la

¹ Debe notarse también que, con el tiempo —en períodos de varios millares o decenas de millares de años—, cambia el aspecto de las constelaciones, de manera que, probablemente, hoy se presentan muy diferentes que cuando recibieron sus nombres.

misma manera, con la mayor fertilidad productora de la *tierra*, y con las cualidades de la firmeza laboriosa y tenaz, del amor para el trabajo, como de la buena comida y los placeres de toda clase. el sentido práctico, objetivo y concreto, y la *constructividad*.

GEMINIS. representando a los Dióscuros, hijos de Lada v de Júpiter, manifiesta la *doblez móvil* de los *aires* que preludia un nuevo cambio de estación. la sutileza v ductilidad de la inteligencia. el amor del arte v de la variedad multiforme v versátil, que se acompaña con la época en la cual la naturaleza florece en su mayor belleza y plenitud, v. al mismo tiempo. la inestabilidad propia de todas las cosas inevitablemente caducas.

CANCER. simbolizado por el Escarabeo o Cangrejo, el animal *acuático* que parece moverse "en sentido contrario", es asociado con el solsticio septentrional que acompaña la mayor distancia de la Tierra del Sol. Signo cardinal de *agua*, marca la época en que madura la espiga dorada: aquella de mayor facundia, productora, tanto en el reino vegetal como en el animal.

LEO o León, el quinto signo v cuarto animal zodiacal, que en las zonas templadas septentrionales corresponde a la estación de mayor sequedad y calor abrasador, o sea la llama ardiente y voraz que todo lo consume y hace amarillenta la verde fecundidad fructífera que caracteriza el signo anterior. Es, por lo tanto, el índice de un carácter eminentemente violento, orgulloso y autoritario, aunque también manifieste la *nobleza* que tradicionalmente se le atribuye al *rey* de los animales.

VIRGO o Astrea, la Virgen Madre, simbolizando a la Naturaleza *viuda y fecunda* de los Antiguos Misterios, corresponde, en el dominio de los elementos, con la *tierra móvil*, la estación fructífera por excelencia, en la cual, a raíz del calor del signo anterior, maduran la uva y las semillas de más dura cáscara de los árboles perennes. Es otro signo eminentemente *humano e inteligente*, estimulando sobre todo la mente concreta y la inteligencia analítica.

LIBRA, la *balanza* o diosa de la Justicia, representa elementalmente el Aire cardinal, en correspondencia con el equinoccio otoñal, preside a la estación de frío creciente, e igualmente a la lógica reflexiva. Es el tercer signo *humano*, que desarrolla especialmente la discriminación y la capacidad clasificadora; el sen-

tido del equilibrio, del ritmo y de la armonía; el ligamen o lazo entre todos los *pares de opuestos* de la naturaleza, así como la relación asociativa de las ideas.

ESCORPIO, el quinto animal zodiacal, también *acuático* —como lo demuestran su origen paleozoico y el hecho que, en las zonas tropicales, el *al-acrán* aparece con la estación de las lluvias—, es signo *fijo* (como Tauro, Leo v Acuario) y *fecundo* (como todos los signos de agua, y además Tauro), secreto y pasivo, violento y tenaz. Siempre es índice de un carácter *fuerte*, apasionado y extremo, capaz del egoísmo más brutal y del más noble sacrificio.

SAGITARIO, el sabio Centauro Quirón, representa la estrecha unión y cooperación de la Inteligencia Humana con el *instinto animal*, toda vez que éste sea dominado y subyugado. Lo cual hace posible las más excelsas conquistas, según lo indica la flecha que dirige con certera habilidad. Es signo de *fuego móvil y dual*, de idealismo y religión, inquieto y sincero como el Quijote, que representa uno de sus muchos aspectos.

CAPRICORNIO, el Macho Cabrío o Cocodrilo (Makara), es el signo cardinal de *tierra* que corresponde con el perihelio y el solsticio meridional. Como sexto signo puramente animal, simboliza la transición de la vida acuática de sangre fría a la terrestre de sangre caliente, por medio del estado intermedio del *reptil*, que tuvo su apogeo en la Era Terciaria. Es signo de paciencia, industria y ambición, igualmente capaz de servir fielmente como de gobernar, mandar y administrar.

ACUARIO, el tercer signo de *aire* y quinto signo *humano*, está simbolizado por el Aguador que riega la tierra y la Divinidad Reguladora de las lluvias (Veruna-Urano o Jano), renovando así la capacidad productora del suelo. Es signo de Inteligencia sabia y previsor, capaz de escudriñar por igual con mirada penetrante en el pasado y en el porvenir filosófico por excelencia, incansable en su búsqueda de la Verdad, fraternal, humanista y reformador.

PISCIS, el último signo, *doble y acuático*, representa la etapa de madurez y conclusión de toda la experiencia zodiacal: místico e inquieto, exaltado y humilde a la vez, sensible y compasivo, subraya de una manera especial la lección *final* de toda experiencia humana —el sentimiento y la conciencia de la *unidad en la multiplicidad*.

LOS DOCE DIOSES

Los *aspectos* multiformes, o distintas *presentaciones* de la Divinidad, que las religiones calificadas de “politeístas” llaman *dioses* o *devas* o *elohim* —mientras las que se dicen “monoteístas” los califican como ángeles, arcángeles y potestades, o simplemente como *personas*, *manifestaciones* o *avatares* del Unico Ser Supremo—, son esencialmente *potencias aritméticas* o *sephirot*, que se expresan geométrica, musical y astronómicamente.

Su progresión y valor numeral no deja lugar a la menor de las dudas: al lado del Dios Unico y *sin segundo*, la *Divinidad* cuya Ley y esencia es justamente la de ser la Unidad Eterna, Inmutable e Inmanente de todo lo existente, hallamos en casi todas las religiones *parejas*, *trinidades*, *septenarios*, triples parejas y trinidades, décadas, dodécadas, enteros calendarios y huestes de seres celestiales, divinos o demoníacos, héroes, semidioses y santos.

Más aún que en el *dios celoso* del pueblo hebreo, encontramos la expresión más exclusiva de la Unidad Divina en el Alá o Allah islámico (propiamente *Dios de los dioses*), el Dios de los cien nombres, que son precisamente los *dioses* de los demás pueblos. En cuanto a las parejas, muy raramente las hallamos en la característica oposición del Día y de la Noche, de Osiris y Tifón, de Ahura Mazda y Anra Mainyu, y de Jehová, Allah y Cristo con el Shaitán o Satanás¹.

El concepto dual más frecuente es, sin embargo, la Divina Pareja Creadora y Productora, en analogía con la familiar experiencia humana que acompaña naturalmente una Madre o Divinidad Femenina (Celestial o Terrena), al Padre entendido como Principio del Ser, Esencia Primera y Creadora. Son el Cielo y la Tierra, Dyaus y Prithivi, Urano y Gea, Osiris e Isis, Zeus y Hera, Sávitara y Aditi, Brahma y Saravasti, Shiva y Shakti, el Ser Puro o Sat-Chit-Ananda y *su propio poder creador*, a la vez *motor*, *formador* y *substanciador*.

La *santísima trinidad*, a la cual también se refieren los tres puntos emblemáticos de nuestra Orden, la encontramos diferentemente expresada como Osiris, Isis y Horus; Brahma, Vishnú y Shi-

¹ Aun hoy la Iglesia Católica, cuyos jerarcas dirigentes deberían no ignorar la verdadera naturaleza de nuestra Institución, sigue calificando la Masonería de “Iglesia de Satanás”, en oposición a la de Cristo.

va; Urano, Saturno y Júpiter; el Poder, el Reino y la Gloria; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En cuanto al septenario, su expresión más familiar es la de los siete dioses que corresponden con los siete planetas clásicos (incluyendo el Sol y la Luna) y los días de la semana, los siete Elohim y los siete Ameshaspentas, los siete Arcángeles y los Siete Rayos:

1. la Luz Creadora, que corresponde al Sol;
2. el Cielo o Firmamento, que corresponde a la Luna;
3. la Fuerza o Energía Cósmica, que corresponde a Marte;
4. la Inteligencia o Poder de la Verdad, que corresponde a Mercurio;
5. el Gobierno o Dominio, que corresponde a Júpiter;
6. el Amor y Compasión, atributos de Venus-Armaitis;
7. la Inmortalidad de la Vida Cósmica y sus Infinitos Ciclos, que expresa Saturno (o Ameretat).

Pasando por alto la Década —o triple ternario integrado por la Unidad Originaria, doble quinario y mística unión del ternario y del septenario—, las seis parejas y cuatro trinidades divinas que integran los *doce dioses* son familiares especialmente a las tradiciones de los pueblos arios. Doce son, pues, los *titanes*: seis dioses y seis diosas, así como los *Adityas*, o hijos de Aditi, la Eternidad Madre.

Pero las divinidades clásicas que mejor parecen corresponder con las cualidades más características atribuidas a cada signo zodiacal son probablemente las siguientes:

Marte y Agni con *Aries*: el bélico ardor de la primavera que inicia un nuevo ciclo anual de *vida* sobre la tierra.

Venus y Kama con *Tauro*: la Tierra en su aspecto de Madre fecunda de la vegetación, que estimula todos los sentidos, y particularmente el instinto genésico.

Mercurio y los Asvini con *Géminis*: el Aire sutil y transparente que todo lo mueve, activa y compenetra, como símbolo más apropiado de la Inteligencia.

Junón y Soma con *Cáncer*: las Aguas Madres de la Vida, en las que se originan y perpetúan los gérmenes de todas las especies orgánicas.

Apolo y Surya con *Leo*: por cuyo ardor expansivo la Vida

nacida en las aguas se extiende sobre la tierra, la recubre toda y la domina.

Minerva y Sarasvati con el signo de la *Virgen* o *Kanya*: la casta doncella que representa el estado de madurez de la evolución orgánica.

Ceres y Laxmi con *Libra*, índice del ritmo cíclico de las estaciones y del estado de *equilibrio* que necesita establecerse entre el desarrollo moral y el intelectual.

Yama, Plutón y Vulcano con *Escorpio*, símbolo de los misterios del más allá, en donde se maduran las experiencias terrenales y se forjan los nuevos destinos.

Júpiter e Indra con *Sagitario*, el Fuego Celestial dador de Inmortalidad, codiciado por Prometeo y prerrogativa exclusiva del alma purificada de sus escorias terrenales.

Diana y Varuna con *Capricornio*, la estación en que la Noche y el cielo estrellado dominan soberanos, y en su oscuridad protectora nace oculto el nuevo *Deus Solis* o Ciclo Solar Redentor de la vida¹.

Vesta y Mitra con *Acuario*, el signo simbólico de la purificación de toda naturaleza, a la vez que del alma humana.

Neptuno y Vishnú con *Piscis*: las lluvias abundantes que aseguran la conservación y la renovación de la vida, que constantemente se transmite de uno a otro ciclo. El Pez o *Matsya* es, pues, la primera entre las encarnaciones avatáricas de la Divinidad Protectora y Conservadora.

El ciclo comenzado con el fuego marcial de Agni o Aries, símbolo de todo ardor agresivo y creador, tiene su natural conclusión en el *agua viviente* que preserva las semillas o resultados de todo ciclo evolutivo, para la nueva estación o ciclo que ha de sucederle.

LAS DOCE TRIBUS

Las *doce tribus* sobre las cuales pone Salomón como príncipes a los doce Sublimes Caballeros Elegidos son algo más que las divisiones hipotéticamente genéticas de un pequeño pueblo establecido durante unos diez siglos (desde Moisés hasta la cautivi-

¹ Por supuesto, con relación al Hemisferio Boreal, en el cual los nombres y calificaciones de los doce signos fueron concebidos.

dad) en el valle del Jordán, en medio de la ruta comercial y militar entre Egipto y la Mesopotamia.

Sobre todo se refieren estas tribus, y los hijos de Jacob-Israel (ben Isaac y ben Abraham), de las que toman sus nombres, a las doce *tribus zodiacales*, o sea a las especiales características que desarrollan en el carácter y en las tendencias humanas el respectivo nacimiento bajo el predominio de uno u otro de los doce signos.

Rubén, el primogénito, expresando la "fortaleza y vigor juvenil" de su padre, evidentemente corresponde con Aries. "Corriente como las aguas", no puede conservar para siempre su dominio, por haber, por su impetuosa pasión, llegado a violar "el lecho de su padre".

Simeón, firme y tenaz en sus propósitos, "violento en su furor y en su ira", activo, laborioso y fecundo, corresponde con el signo de Tauro, que busca en la tierra madre su más firme apoyo y sostén.

Leví, compañero del anterior, pero más inteligente, versátil y voluble, naturalmente atraído por los intereses intelectuales más que por las conquistas materiales, se relaciona con el signo de Géminis, que simboliza la *dualidad* de la mente y la espontánea asociación de las ideas.

Cáncer, a su vez, corresponde con *Zabulón*, el cual "en puertos de mar habitará y será puerto de navíos". Es el hombre en que domina la facultad de la imaginación, naturalmente receptivo para la mayor variedad de contactos y percepciones.

Judá, "cachorro de león", dotado de más firme voluntad, es aquel que, por su propio impulso e iniciativa, toma en sus manos las riendas de la autoridad y del poder. "No será quitado el cetro de Judá, y el legislador de entre sus pies", hasta el advenimiento de los nuevos tiempos: de nuevas condiciones y de nuevos ideales humanos.

Dina, la hija de Lea, por la cual, para defender su pureza mancillada, sus hermanos Simeón y Leví mataron a traición toda la población viril de la ciudad que los había acogido hospitalariamente; tal vez más que Issachar corresponde con Virgo, el signo del *servicio* y de la *utilidad*.

Dan, hijo de Bilha, campeón de justicia, el cual "juzgará a su

pueblo como una de las tribus de Israel”, se relaciona evidentemente con Libra, el signo de la Balanza, el primero de los seis signos australes.

Gad, primer hijo de Zilpa, belicoso y hábil, pues un “ejército lo acometerá, mas él acometerá al fin”, representado por Escorpio, que sabe hacer valer en su máxima potencialidad sus propias cualidades latentes, hasta asegurarse la victoria final.

Nestali, segundo hijo de Bilha, al que representa Sagitario, signo inquieto y doble, dotado por igual de agilidad física y mental: “cierva dejada que dará dichos hermosos”.

Asher, el segundo hijo de la sierva de Lea, cuyo pan será grueso y sabroso, y que “dará deleites al rey”, lo indica el signo de Capricornio, el animal que ama las alturas, buscando el pan de las experiencias diarias que sustentan su crecimiento y progreso.

José, el primer hijo de Raquel, “ramo fructífero junto a fuente, cuyos vástagos se extienden sobre el muro”, lo denota el signo de Acuario, fecundo productor en el campo ideal, que busca su asiento cerca del Manantial de la Verdad, el más bendecido entre todos, puesto que supo hallar su fortuna en su propia desgracia y trocar en bien el mal que le hicieron sus hermanos.

Benjamín, el “hijo de la derecha”, nacido con la muerte de su madre Raquel y último entre sus hermanos, corresponde con el signo de Piscis, en que se resumen y concentran las experiencias de todos los anteriores. Su naturaleza *dual y versátil* explica sus contradicciones: “lobo arrebatador, a la mañana comerá la presa, y a la tarde repartirá los despojos”.

Esta descripción, por ser sumaria, es algo unilateral: cada signo o tribu zodiacal es, pues, esencialmente, una *línea o tendencia evolutiva* con sus vicios y sus virtudes, sobre los que no podemos extendernos aquí. En cada uno de ellos hay un diferente aspecto arquetípico de la *ideal perfección humana*.

LOS DOCE TRABAJOS

Otra expresión *humana* del número doce, en correspondencia evidente con el ciclo zodiacal, la encontramos en los *doce trabajos* del héroe solar, Hércules o Heracles.

Como *hijo de Dios*, o del Principio Cósmico de la Luz del

Ser, el héroe solar necesita comenzar las *obras* (athla), con las que demuestra y realiza tal cualidad, consigo mismo: con el dominio de su propio ser instintivo, representado por el *león*, el signo zodiacal que se considera como domicilio del Sol y máximo exponente de su inherente *virtud* y vitalidad.

Por consiguiente, se ha tomado unánimemente como su primer trabajo su lucha cuerpo a cuerpo con el león de Nemea, a quien acaba por ahogar con sus manos, para luego desollarlo y llevarse como trofeo la piel, con la cual en seguida se le representa. La correspondencia de este trabajo con el signo de Leo no deja lugar a la menor duda.

Igualmente, su segundo trabajo juvenil, el vencimiento y destrucción de la Hidra de siete cabezas de los pantanos de Lerna, cerca del golfo de Argos, tiene correspondencia con el signo contiguo de Cáncer más que con los otros signos acuáticos, cerca del cual también está la constelación que lleva su nombre. Su hálito ponzoñoso y las nuevas cabezas que renacen y se multiplican al ser cortadas patentizan el carácter peligroso y amenazador de ese monstruo, destructor tanto de los rebaños como de las cosechas.

Evidentemente, se trata de los *vicios*, que siempre tienden a reproducirse toda vez que el hombre, por falta de discernimiento y debilidad, caiga bajo su dominio, y que sólo pueden vencerse con el elemento opuesto a la pasividad negativa, simbolizada por el agua, en la cual la Hidra tiene su morada: el *fuego abrasador* de la voluntad dirigida por la más firme determinación, y el entusiasmo ardiente (Iolao) que la acompaña.

A las dos matanzas siguen dos capturas que nos llevan a los signos opuestos del zodiaco: la caza del jabalí de Erimantea, en el dominio de los Centauros, o de Sagitario, y la de la cierva del monte Cerineyo, evidentemente en la región montañosa de Capricornio.

La captura del jabalí tiene lugar después de haber participado en una comida opípara con copiosas libaciones: el héroe, riñendo violentamente con sus huéspedes, parece indicar el difícil dominio de la gula y de la intemperancia.

La de la cierva ágil e infatigable, de los cuernos de oro y patas de cobre, cuya persecución dura un año, llegando hasta

la región de los Hiperbóreos para luego regresar a la Arcadia, tiene, junto con el sentido astronómico —la caza de la Luna por el Sol entre dos eclipses—, el del esfuerzo por alcanzar y dominar la propia *naturaleza intuitiva*. Esta difícil conquista necesita mucha paciencia y persistencia, y además, la completa sujeción preliminar de los sentidos físicos.

En la misma Arcadia se verifica la caza destructora de los pájaros antropófagos del lago de Stinfalo, en un alto valle rodeado de montañas —animales protegidos por Marte, cuyas plumas se truecan en flechas mortales. Se trata de los pensamientos destructores que se alimentan de la vida humana envenenándola y que sólo pueden vencerse en vuelo, uno por uno, con la ayuda de Minerva, la Divina Sabiduría.

Después de este trabajo, en correspondencia analógica con el signo Aries, viene otro, también relacionado con el signo contiguo de Piscis: la limpieza, en un solo día, de los establos de Augías, que tenían 30 años de suciedades acumuladas. Lo cual efectúa derivando en esos establos las aguas de *dos* ríos. Aquí se trata de la purificación del cuerpo de sus escorias, aprendiendo a controlar y dirigiendo conscientemente las *dos* corrientes respiratorias, que hacen cabo a las ventanas de la nariz.

La captura del *Toro* sagrado de Minos, rey de Creta —don de Poseidón para que le fuera ofrecido en sacrificio, enfurecido por la ira del mismo dios—, sin duda se relaciona con el signo de Tauro, representando la capacidad de trabajo y los esfuerzos laboriosos que necesitan dirigirse constructivamente, *ofreciéndose* en divino sacrificio al Principio del Ser, que los exalta y ennoblece.

En cuanto a las dos yeguas antropófagas de Diómedes, en Tracia, de las cuales Hércules es encargado de apoderarse para reconducirlas a Micenas, y para cuya conquista necesita entrar en conflicto micidial con el rey y su pueblo, en ella vemos una expresión típica de la dualidad de *Géminis* (los Asvini o jinetes de los arios antiguos), y la necesaria conquista y disciplina de la actividad intelectual, que dejada a sí misma se vuelve destructora de las mayores posibilidades de progreso.

De este signo de Mercurio pasamos al otro, Virgo, con el encargo que Hércules recibe de apoderarse del cinto de Hipólita, la reina guerrera de las Amazonas, que vivían cerca del Mar Euxino.

Esta, informada del objeto de su viaje, está muy bien dispuesta a entregarle su cinturón, pero la intromisión de Hera no lo permite: sigue una lucha mortal por la reina, y la conquista sangrienta del *cinto*, símbolo de la naturaleza femenina, inútilmente sacrificada por una conquista cuyo valor desaparece con ella misma.

Las siguientes aventuras del héroe solar dirigen nuestra atención hacia regiones todavía más apartadas y lejanas, en la dirección general del Occidente: en los reinos de Poseidón y Hades.

Su lucha en contra del gigante tricéfalo Gerión, para apoderarse de sus hermosas vacas rubias, tiene lugar en la isla de Erithia, para llegar a la cual necesita previamente atravesar el gran río Océanos, lo cual hace en la copa de oro que le ha prestado Helios, la divinidad del Sol visible. En esa misma copa regresa después, con todas las becerras conquistadas, abordando a las costas de Europa y atravesando la Iberia, Francia e Italia, con no pocos incidentes.

Esta décima hazaña parece estar en relación con el signo occidental de *Libra*, opuesto al de Aries, cerca de cuya constelación se encuentra Arturo o Bootes "el bovero" con su perro de dos cabezas (hoy los Lebreros):

Hacia la misma Atlántida se dirige en su *trabajo* siguiente, a la conquista del tesoro representado por las *manzanas de oro* de las Hespérides —las ninfas hijas de Héspero, la estrella vespertina. El viaje es complicado, dado que pasa alternativamente al Norte y al Sur, antes de llegar a su destino en la isla transatlántica. Las mismas manzanas, guardadas por un dragón inmortal, una vez más repiten el familiar simbolismo de los frutos del Arbol de la Vida, que pertenece a su más pura expresión, significada por las tres vírgenes, de cuyas manos Hércules al fin recibe las pomas.

Difícil sería relacionar esta aventura con otro signo zodiacal que el decimoprimer o Acuario, cuya constelación justamente se extiende de Norte a Sur, de Pegaso al Pez Austral, entre Capricornio y Piscis, y es el signo más apropiado para representar al Jardinero Celestial.

Igualmente, sólo con Escorpio, cuya constelación es la más apropiada para figurarlo, podemos relacionar la última de sus

hazañas zodiacales, consistente en sacar al perro tricépite del celo-so Júpiter subterráneo, de su reino de las sombras. Naturalmente, sólo puede cumplir esta tarea con el consentimiento del mismo Hades o Plutón, y con la ayuda de Hermes y Minerva a la vez, representando respectivamente la Inteligencia y la Sabiduría.

También es indispensable su previa iniciación en los *misterios*, únicamente por cuyo medio puede el hombre adquirir en la vida el conocimiento de las leyes que rigen la existencia prevalecientemente subjetiva y los mundos ultrasensibles. Ese *guardián del umbral* de la Subconsciencia debe vencerse cogiéndolo sin temor por el cuello de su parásita vitalidad, para traerlo después a la luz meridiana de la Verdad, en la cual, cesando su ilusorio poder, se hará dócil y se encuadrará en su función.

EL DRAMA ZODIACAL

El drama central de este grado —la persecución de los tres malos compañeros por los *nueve* Maestros— también guarda una evidente relación analógica con el zodiaco o Rueda de la Vida, a raíz de su significado aritmo-geométrico.

Las nueve cifras, después de haber hallado en el *cero*, o círculo de su manifestación, la tumba osirídico-hirámica de la Unidad *desaparecida*, se dirigen a la búsqueda de las causas, o causantes responsables, de tal desaparición, subdividiéndose en *tres grupos de tres* (la *edad* completa de los Maestros), alrededor de ese círculo.

Así la Década Originaria, completada por Salomón en sustitución de Hiram, cede su lugar a la *doécada* de su expresión cíclica o dinámica, y por ende, dramática. Los *tres* compañeros juntos, ignorando la *palabra unitaria* de la Suprema Verdad, están fatalmente destinados a desaparecer en el limbo de la subconsciencia, del que surgen a una vida efímera todos los errores, los crímenes y las pasiones, hasta que la Verdadera Luz, castigándolos, los redima.

En virtud del Impulso Cósmico de la Luz que es *vida* (Hiram-Salomón), la primera tríada se pone en movimiento y la triple tríada tiene que seguirla y perseguirla perennemente, sin que jamás pueda alcanzarla. Pues en cuanto se le acerca, al pararse y

salir del reinado cíclico del Tiempo, el dinamismo cósmico queda nuevamente reducido a su estática, eterna e inmanente expresión decádica.

En cuanto la Verdad alcance y alumbre al Error, la Virtud al Vicio, y la Perfección del Ser toda relativa imperfección, se para o termina el *ciclo evolutivo* o *viaje* de ida y regreso, alternadamente de Oriente hacia Occidente, y de Occidente hacia Oriente.

La identificación de los tres compañeros perseguidos (son *compañeros*, o sea *maestros razagados*, y no tan sólo “aprendices”, en la primera etapa evolutiva simbólica), con tres particulares signos zodiacales, y de los Nueve Maestros perseguidores con los demás, es de importancia secundaria. Tratándose, empero, de cuatro tríadas, la correspondencia más racional sería la que consiste en relacionar cada tríada con una de las triplicidades elementales del zodiaco.

Igualmente lógica es, empero, la natural *sucesión* en el tiempo de los signos zodiacales y de las tríadas de meses que corresponden con las estaciones. Los tres meses y signos vernaes, por su impetuosidad instintiva, son los que más fácilmente arrastran instintivamente y traicionan al hombre. Y los nueve siguientes, más reposados y reflexivos, que se precipitan en pos de ellos, en cuanto desaparecen, son las tres etapas del Magisterio que representan las tres estaciones sucesivas: el Verano, el Otoño y el Invierno.

En éstas se *maduran* el fruto primero, luego la semilla, y en fin el germen de una Vida Nueva, para un nuevo ciclo de progreso anual. O sea, respectivamente, en el desarrollo humano, la madurez *física*, que corresponde al Verano; la madurez *psíquica*, emotiva e intelectual, que corresponde al Otoño, y la madurez propiamente espiritual, o renacimiento místico, simbolizada por los meses invernales.

La gruta, el perro y el agua cristalina identifican la región del cielo cerca de la constelación de Géminis, con la Vía Láctea y el Can Mayor: ahí justamente se encuentra Johaben, o sea el signo de Cáncer, quedando algo *atrás* con el de Géminis, representando al mayor culpable: Akirop.

En cuanto al abismo en el cual caen los otros dos compañeros, *fatalmente* al ponerse el Sol, y hacia el cual después bajan con cuidado los Maestros para buscarlos, es simplemente el horizonte occidental en donde, uno después de otro, desaparecen todos los

signos zodiacales, tras su culminación, mientras se levantan al oriente las constelaciones opuestas que parecen *seguir* o *perseguir* a las que les preceden.

La aparentemente prosaica sencillez del fenómeno, para nuestras mentes modernas, no impide que haya servido de base, en otros tiempos, para muchas leyendas poéticas.

LA GRAN OBRA

Todas las dodécadas y todos los *ciclos* pueden interpretarse sobre la base de su correspondencia con la natural sucesión de los signos y constelaciones zodiacales, y así naturalmente sucede también con la afamada y misteriosa *Magnum Opus* de los alquimistas medievales, que los científicos modernos están realizando sobre la más escueta base de los números y pesos atómicos de los elementos, por medio de la aplicación artificial de las radiaciones naturales de los elementos más pesados.

Las *fases* de la Gran Obra son, por cierto, diferentemente enumeradas en los distintos textos: algunas veces menos, otras más de doce. De 3 ó 4 a 7, y de 12 a 14.

Comienzan con la previa *preparación* o *purificación* de la *materia prima* o substancia fundamental, que se nos dice encontrarse dondequiera, pero que el hombre vulgar desconoce, por evidente falta de adecuado discernimiento. Luego viene la *solución*, o tratamiento frío, por medio del solvente universal, a la cual pueden seguir la *filtración* y la *putrefacción* o fermentación.

La segunda etapa consiste en el tratamiento *caliente* por medio del llamado "fuego filosófico" dentro del *atanor* herméticamente cerrado, para evitar cualquier acción de otros agentes externos que pudieran echarla a perder. Se trata de las operaciones llamadas con los nombres de *calcinación*, *incineración*, *evaporación*, *destilación* y *sublimación*.

Luego vienen la *separación*, la *rectificación*, la *digestión* o absorción y la *fijación*. Y finalmente, la *coagulación*, la *coloración*, la *multiplicación* y la *proyección*.

Dichas fases son, a veces, diferentemente enumeradas, y su significado puede haber variado. Tal vez se aplicaban diferentemente para los distintos objetos, y no todas eran necesarias

para determinada finalidad: algunas de ellas son, pues se excluyen mutuamente. Era su objeto la preparación de la *panacea*, del *elixir de larga vida* y de la *piedra filosofal* o místico *polvo de proyección*. Pero lo cierto es que, además del significado material y de los resultados tangibles a los cuales podían o no haber aspirado, tenían también un sentido filosófico o espiritual, refiriéndose a la búsqueda de la Verdad (*vera lapis philosopharum*), no menos que de la Virtud, la cual, naturalmente, alarga la vida por medio de un grado mayor de *armonía individual* con las Leyes y Principios que cíclicamente la gobiernan.

Ese resultado sólo podía obtenerse por medio de la *transmutación* o *sublimación* de las cualidades, facultades y tendencias de la persona (*materia prima* o *metales*), únicamente con lo cual se adquiere un dominio completo sobre la existencia y sus condiciones, hasta que éstas manifiestan la *perfección innata* que constituye la verdadera *natura rerum*, o sea la inherente Creación Divina, que sólo puede manifestarse progresivamente, por medio de su reconocimiento o *comprensión filosófica*.

De una manera general, el número 12 tiene especial importancia *humana*, además que cósmica. El año doceavo tenía un significado especial para los pueblos antiguos, denotando la *maduración* que se expresa físicamente con el comienzo de la adolescencia o con la pubertad, o invariablemente con el más característico desarrollo de la *conciencia individual*. Sus diferentes múltiplos, no menos que los múltiplos de 7 y de 10, muy bien caracterizan las épocas críticas de la vida.

Coincidiendo con una revolución completa, tanto geocéntrica como heliocéntrica, del planeta mayor Júpiter, puede tomarse como especialmente significativo de las diferentes etapas del juicio y del discernimiento.

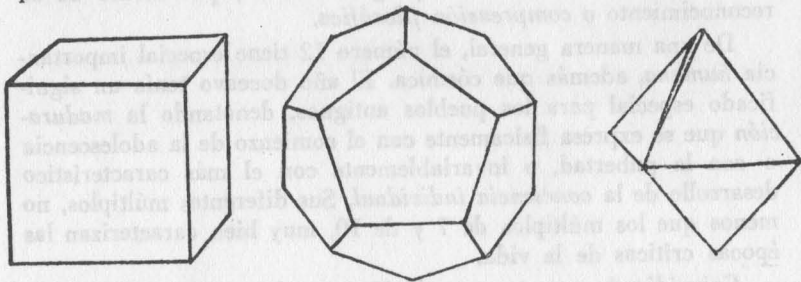
La vida misma en su normal duración pudiera subdividirse en doce períodos de siete años, o bien en siete épocas de doce. Y entre los dos términos de *siete veces doce* y *doce veces doce* pueden comprenderse la gran mayoría de los casos de longevidad normales y conocidos.

Así pues, considerando la vida en su conjunto como la más verdadera Magna Obra Individual, su subdivisión en doce ciclos de siete años sería la más apropiada para caracterizar, con esos

períodos, las sucesivas fases *orgánicas, morales, intelectuales y espirituales*, por cuyo medio nos es posible llegar a realizar su mística finalidad evolutiva. Esos 84 años muy de cerca coinciden con las Cuatro Estaciones pitagóricas de la vida individual, de unos 20 ó 21 años cada una.

EL DODECAEDRO

Encontramos el número *doce* geoméricamente expresado en los tres intermedios entre los cinco sólidos regulares o *platónicos*: en el hexaedro, en el octaedro y en el dodecaedro. En los primeros dos, 12 es justamente el número de las aristas que delimitan y unen sus caras, respectivamente cuadriláteras y triangulares, a las cuales corresponden otros tantos ángulos diedros. Dichas aristas están agrupadas en tres cuaternarios: uno superior, uno inferior y uno intermedio, vertical en el cubo, horizontal en la doble pirámide.



Pero es sobre todo el dodecaedro, con sus doce caras pentagonales, aquel que, más que los otros, puede llamarse una *expresión directa* del número 12. Es, pues, esencialmente, la división duodenaria del espacio, de la irradiación que procede de un punto en todas las direcciones, dado que se lo descompone matemáticamente en doce pirámides pentagonales, cuyos vértices se juntan en su centro y cuyas bases forman las caras de dicho sólido.

Esta división pone en manifiesta relación genética los números 5 y 12. Tratando de dividir todo el espacio alrededor de un punto en doce partes o secciones iguales, cada una de dichas divisiones resulta ser, necesariamente, en ángulo pentaédrico, que se

ajusta perfectamente con sus once compañeros, sin dejar la menor solución de continuidad. Y, al encontrar esa subdivisión doce veces pentaédrica, la superficie de una esfera concéntrica con ese mismo punto de partida, corta dicha superficie en doce pentágonos esféricos, que circunscriben las doce caras del dodecaedro.

Además, en sus 30 aristas, en cada una de las cuales convergen dos de los *doce planos* que lo delimitan, vemos expresada la mitad del producto de la multiplicación de 5 por 12; y en sus 18 vértices triedros, la suma de 12 y 5, más *la unidad central*.

No puede, por lo tanto, maravillarnos la especial veneración en la cual los filósofos griegos tenían este sólido, al que consideraban como una perfecta imagen arquetípica y matemática del Universo. Como en los otros sólidos regulares, irradia la Unidad Creadora de su Centro Originario e Inmanente en *doce* rayos (tres veces cuatro y cuatro veces tres), cada uno de los cuales se expresa en una péntada vibratoria, para manifestarse (con la suma del centro y de la periferia) en la héptada que la complementa, de todas las octavas cósmicas. De la misma manera, se revela como septenario el quinario humano, así como los cinco planetas originarios forman siete con el Sol y la Luna, y como la lira pentacorde engendra la armonía de todas las octavas melódicas, cinco de las cuales son fundamentales. También aún se acostumbra escribir la música en pautas pentalineales.

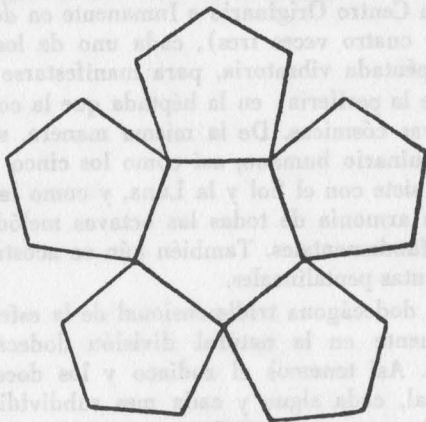
La división dodecágona tridimensional de la esfera se proyecta bidimensionalmente en la natural división dodecádica de todo círculo y ciclo. Así tenemos el zodiaco y los doce meses de la revolución anual, cada signo y cada mes subdividiéndose en los 30 grados y días, que no tan sólo por coincidencia corresponden con el número de aristas del pentadodecaedro, así como el número de sus vértices marca el número de años necesarios para que la intersección nodal de la órbita lunar con la terrestre recorra un círculo completo.

Significativo es también el hecho de que estos mismos números 12 y 30 marquen aproximadamente las revoluciones de Júpiter y Saturno, medidas en años terrestres. La de Venus es casi la duodécima novena parte de la jupiteriana, mientras la de Mercurio es poco menos que una estación terrestre: casi igual en días a los años de la revolución de Urano. Una relación análoga subsiste en-

tre la revolución de Venus y la de Plutón, y muy probablemente el planeta transplutoniano (¿Proserpina?), cuando se descubra, tendrá una revolución aproximadamente equivalente en años a la de los días de la revolución de la Tierra. Así como la distancia entre dos novilunios es casi idéntica, en días, a los años de la revolución de Saturno.

En la división de los días en horas y minutos ha prevalecido la costumbre de *doblar* simplemente esos números 12 y 30, de manera que cada cuadrante cíclico es igual en minutos a los grados de toda la circunferencia, y un día completo corresponde en minutos con los días de un ciclo de cuatro años.

Concluiremos este estudio sumario de las más elementales correspondencias simbólicas del pentadodecaedro con el Universo ha-



ciendo notar que, si tratamos de extender en un mismo plano sus doce caras pentagonales, sólo podremos disponer diez de ellas en derredor de un pentágono central, es decir once en total, representando una rosa de diez pétalos, que corresponden con las diez cifras de 1 a 10, emanadas del 0 o Infinitud.

Más correcta resulta su representación separada en dos mitades, con cinco pentágonos dispuestos en torno de cada pentágono central. Pero, de todos modos, se hace plenamente evidente la conexión aritmética y simbólica entre 5, 11 y 12, que constituye el tema fundamental de este grado, según lo hemos visto expresado en su leyenda.

PARTE CUARTA

APLICACION MORAL Y OPERATIVA DEL SIMBOLISMO DEL GRADO DE MAESTRO ELEGIDO

La importancia moral de este grado, dedicado y entendido en sus muchas formas para alimentar y exaltar la *virtus heroica*, no puede ser en nada menor que la filosófica, comparativamente secundaria ante el drama de la vida que presenta y resume su leyenda, indicando la necesidad capital de la *acción* tempestiva y ordenada, en armonía con los principios éticos y las convicciones individuales, e igualmente con la Naturaleza, o sea con los planes y Leyes omniscientes de la Evolución Humana y Cósmica.

La prosecución y conclusión trágica, de acuerdo con la Ley Kármica de la leyenda hirámica, sustituye aquí, tal vez de una manera demasiado escueta y simple, las más poéticas, complejas, peligrosas y sobrehumanas aventuras legendarias de los héroes arios y mediterráneos, exaltados y venerados en la antigüedad clásica. Esta segunda parte, o elaboración ulterior de la historia del Maestro Hiram —pura y noble víctima de su propia integridad moral, de la cual su tumba es un símbolo venerable—, al sustituir las leyendas míticas paganas, lo hace con una diferencia esencial y profunda: que en lugar de ser el héroe su actor en vida, ya sea en propia defensa o para realizar conquistas maravillosas, el héroe central es más bien su inspirador *post mortem*. Su memoria y la acción inevitable de la Ley de Justicia son la propia razón del drama, impersonificado por un núcleo de *maestros*, justamente *elegidos* para ese objeto por el Rey que a la vez personifica la Sabiduría, la Justicia y el Poder.

Se trata, por lo tanto, tan sólo de *cumplir el deber*, a imitación de la víctima ilustre, asegurándose de que la justicia más elemental sea cumplida o se cumpla, en una forma enteramente digna y moderada, sin exceder un solo cabello, por ser la virtud mayor y más necesaria la de saber siempre mantener *en aquel justo medio* sobre el cual pone un énfasis muy especial la filosofía de Lao-Tse.

La ingrata tarea a la cual se enfrentan esos *maestros*, generalmente dedicados a las obras constructivas y pacíficas, se aclara por sí sola en la misteriosa magia de la vida, una vez tomada la clara determinación de ponerse en camino para localizar a los asesinos y apoderarse de ellos, según el deseo de Salomón y la orden por él recibida. Nada, pues, en la vida puede obligarnos a violar nuestros principios, y lo que íntimamente consideramos como mejor y más digno, ni aun las órdenes aparentemente contrarias, a las que no creemos podernos sustraer: sólo necesitamos ponernos en camino, sin dejar nuestros principios y reglas, sino llevándonos constantemente *en nuestro corazón*.

DISCERNIMIENTO

Lo que más necesita el Maestro Elegido en todo caso —o sea su virtud cardinal— es *saber discernir*. Ese más claro discernimiento entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, la Verdad y el error, la mentira y la veracidad, lo útil y lo inútil, lo debido y lo indebido, lo oportuno y lo inoportuno, lo real y lo ilusorio, ha de ser la cualidad que sobre todo lo distingue como *sabio*, y por ende *elegido*.

A este desarrollo básico de un grado superior de discernimiento precisamente se refiere —como ya lo indicamos— la joya de este grado, el *puñal*, que, emblema tradicional de todas las conjuras y traiciones, a primera vista puede parecer una intrusión indebida y abusiva en nuestro simbolismo iniciático. Pero el mismo discernimiento precisamente nos enseña que no nos dejemos engañar por las apariencias ilusorias. Aunque los profanos puedan, sobre la base del uso del puñal como símbolo masónico, emitir juicios sobre nuestra orden del todo contrarios a nuestros propósitos constructivos y leales y a nuestras actividades eminentemente morales, moralizadoras y benéficas, para nosotros

no es otra cosa que el mismo *compás*, con sus puntas fijas y cerradas, representando el discernimiento y la identificación con los planes de la Naturaleza y la esencia de todo ser y cosa.

A la vez filosófico y moral, iniciático y práctico, el Discernimiento es la propia Luz Divina, la antorcha de Prometeo, que debe iluminar por igual la Inteligencia y la Voluntad, *sacrificándolas* (o sea elevándolas) en aras de una mayor comprensión y mejor realización.

Es el alma que la Biblia nos pinta haber levantado Abraham, creyendo obedecer a una Orden Divina, sobre su propio hijo y esperanza Isaac, amarrado y dispuesto en el ara sacrificatoria. Pero que, en el mismo acto de levantarla, manifestó en él la clara percepción de que aquello que realmente había de sacrificar era *el hijo de sus propios pensamientos y vida íntima*: el complejo instintivo, simbolizado por el carnero que aparece oportunamente ante su visión exaltada, y la propia naturaleza animal, que necesitaba *regenerarse* en el Fuego Viviente de la Divina Presencia.

Es el propio discernimiento que, en la aguda madurez del momento mismo, ha de indicarnos con toda claridad el camino fuera de toda duda, ansiedad, ilusión y temor: el camino del *recto pensamiento* y de la *recta visión*, de la *recta voluntad* y de la *acción recta*: aquel que oportunamente detiene nuestros pies y nuestra mano, nuestra voz y nuestra palabra, frente al abismo de todo peligro y al crimen de lo que es irreparable.

Y es justamente ese discernimiento, con la clara visión que lo acompaña, aquel que mata a Aquirop, el hombre natural y primitivo, víctima de sus errores, pasiones e ilusiones, ante la presencia de la Verdad y del principio de la Rectitud Moral, personificado por Johaben. Todo *remordimiento* es un discernimiento tardío, aunque nunca demasiado para indicar el camino omnipresente de la Luz, de la Esperanza y de la Paz.

Por cuanto un grado superior de Discernimiento sea la esencia de todo progreso iniciático o filosófico, como también metafísico, en este grado asume una importancia del todo especial, al ser indicado por el símbolo del puñal, emblemático de la capacidad de ver y reconocer *la naturaleza íntima* (o sea el corazón) de las cosas, algunas veces oscurecido y velado y otras ocultado por la apariencia exterior.

Con esa arma *filosófica*, el Iniciado o Elegido puede aventurarse en dondequiera con absoluta seguridad: VER, en todo el sentido de la palabra, no es sólo *saber*, sino también *poder*. La Omnipotencia del Principio Creador, o Creatividad Omnipresente, está siempre lista para manifestarse en donde la clara visión permita su mejor expresión realizadora.

MAGISTERIO DEL DOLOR

La más simple y evidente asociación, naturalmente evocada por el puñal, es empero la aguda *punzada* que suele producir, aun cuando se apoye simplemente sobre nuestra sensible epidermis.

Por dos veces hemos visto esa misma punzada, producida por una espada en las ceremonias de iniciación del Aprendiz y elevación del Compañero. En todo caso, la punzada simplemente representa el impacto de alguna fuerza, agente o causa *exterior* en contacto más o menos doloroso con el campo magnético de nuestro microcosmo, especialmente concentrados sobre alguna parte de su sensible capa protectora, hasta desafiar su integridad.

Por consiguiente, de una manera más general, el puñal es el símbolo de todo dolor, pena o sufrimiento, así como de todo estímulo o incentivo: del agujijón que nos mata y del acicate que nos anima con su benéfica reacción. En cuanto al *dolor* en sí, es un fenómeno y una necesidad universal, de un carácter psico-orgánico y moral, que nunca sería posible ni sabio eliminar de la contextura causativa-evolutiva de la manifestación cósmica.

Si en la etapa de la evolución subhumana debemos contentarnos con obedecerle pasivamente y seguir ciegamente sus imperativos, a lo largo del camino de menor resistencia, en la etapa humana sobre todo necesitamos aprender a *no-temerlo*, lo cual en todas las épocas ha sido considerado como la prueba más patente de *virilidad*, de la cual el *heroísmo* es el grado más adelantado.

Mas esa *virtus heroica* que se impone al dolor, aunque sintiéndolo intensamente, con el más sereno estoicismo, pero también casi como una amenaza larvada o rebeldía impávida hacia su causa—natural, humana o superhumana—, es tan sólo una parte y un aspecto del Magisterio del Dolor, y todavía está muy lejos de constituir su *superación causativa*, con la superación de su intrínseca necesidad.

Todo dolor que nos viene naturalmente —distinto del que pueden inferirnos la crueldad y la inmadurez moral de nuestros semejantes, cuya naturaleza es, evidentemente, más compleja, por su misma *artificialidad*, índice de perversión— se nos acerca como un amigo disfrazado de enemigo, o como un Mensajero Divino bajo una máscara diabólica, para *enseñarnos* algo que sólo de esa manera podemos aprender, y para llevarnos algún don inherente en su *real* superación.

Así como el dolor primitivo, madurando progresivamente en la más refinada capacidad de percibir y sentir, es el medio del cual se ha valido la sabia y omnisciente Naturaleza para proveernos de los órganos de sensación y de todo el sistema nervioso, en su conjunto como en cada una de sus fibras más útiles, así igualmente el dolor constantemente tiene su razón de ser en nuestras vidas, para *indicarnos* nuestras faltas y deficiencias, y llenarlas una después de otra.

Todo lo que *somos*, física como moralmente —nuestro cuerpo al igual que nuestro carácter— es, en gran parte, un producto de dolor asimilado y utilizado: lo cual demuestra su valor y utilidad como *fuerza constructora*. Nos hemos levantado progresivamente por el estímulo y con la cooperación de nuestros dolores de cada día, así como en todos los tiempos se han levantado grandiosas moles arquitectónicas y sociales sobre el sufrimiento o la miseria de seres humanos, de una manera o de otra esclavizados.

En toda la naturaleza, así como dentro de la humanidad organizada —cualquiera sea la forma de su organización—, *el dolor construye y paga*: nos compensa generosamente, tanto por el trabajo que nos encomienda como por el sufrimiento adicional que nos proporciona. Cuando la construcción llega a su término nos hace participar en sus beneficios, pero no antes. Toda obra imperfecta, toda síntesis incompleta, toda energía que se haya imprudentemente desviado de su finalidad constructiva, pueden hacernos perder o retardar considerablemente la obtención del *salario* o *resultado* que, en vano, trataríamos de exigir por medios violentos.

La leyenda hirámica una vez más nos lo muestra: los compañeros impacientes, creyéndose en su corta visión defraudados del premio anhelado de una vida más desahogada, trataron de

exigir con la violencia la promoción ambicionada, la cual sólo hubieran podido obtener *esperando el cumplimiento del tiempo y de la obra*. Y la Ley no pudo sino pagarles con el propio resultado de su acción irreflexiva.

En cualquier circunstancia necesitamos aprender a considerar el dolor, ya sea físico o moral, como un Maestro *infinitamente sabio y bueno*, utilizándolo constructivamente en la actividad o Camino de Superación que nos indica. Necesitamos *sacri-ficarlo*, o sea ofrendarlo sobre el ara de nuestra propia elevación y progreso y para la realización de nuestros más altos ideales y aspiraciones.

Como *discernimiento* y como *dolor*, el puñal indica esencialmente un *crecimiento en conciencia*: en Sabiduría, Poder y Dominio. Con la condición, naturalmente, de que la mano que simbólica y filosóficamente lo lleva, pertenezca al corazón que *conoce la acacia*, de quien con sabia inocencia se haya dedicado a ideales constructivos, en armonía con los Planes Cósmicos.

DOLOR Y PLACER

Aun cuando estemos acostumbrados a considerarlos como opuestos y antitéticos, el Dolor y el Placer no son, en realidad, muy disímiles. En el fondo, lo que nos resulta *agradable* es toda sensación moderada y no excesiva: cuando la misma sensación se hace demasiado intensa, automáticamente se convierte en dolor.

Tanto el calor como el frío, por ejemplo, que moderadamente nos son agradables, al pasar su justa medida se hacen desagradables y hasta insoportables. Y aun el dolor más agudo, cuando nos hayamos acostumbrado a soportarlo, puede convertirse en placer. Lo cual explica, por un lado, la sabiduría del estoicismo, y por el otro, todas las formas de sadismo y demás degeneraciones humanas.

En un terreno puramente fisiológico, toda sensación es una *punzada*, cuya intensidad penetrativa es agradable cuando no sea excesiva, y por tanto se convierta en agente que lastima o destruye. Empero, acostumbrándonos gradualmente, nos es dado rebasar ese límite natural, debido al cual el dolor se hace orgánicamente *protector*. Pisamos, entonces, un terreno difícil y peligroso en el que, al alejarnos demasiado del regazo protector de la Natura-

leza, nos exponemos a sus más graves sanciones, aunque con ello podamos adquirir, por cierto que a un costo muy elevado, experiencia y sabiduría.

Es éste uno de los sentidos del *pecado original*, el cual nos expone efectivamente a la muerte y al dolor, toda vez que queramos pasar los límites del crecimiento más equilibrado y armónico que constituye el *paraíso terrenal* tanto de la moderación filosófica como de la beata ignorancia. Siempre, pues, nos será posible regresar al mismo cuando aprendamos a seguir de una manera consciente e inteligente el Aureo Camino del *justo medio*, que en Oriente es considerado como Senda por excelencia de la Sabiduría.

En último análisis, el dominio tanto del placer como del dolor es aquel que siempre se nos impone, guardándonos de ser esclavos del uno como del otro, con buscarlos o temerlos. La Verdad, la Sabiduría y la genuina Felicidad están en el camino de su progresiva *superación*, dejando que libre y plenamente se manifieste en nosotros la Paz Perenne, que constituye la naturaleza profunda y real de nuestro Ser Intimo.

Ambos pertenecen al *círculo periférico*, en donde se aparejan todos los contrastes y dominan alternadamente los pares de opuestos, *moviéndolo* en una continua rotación, según podemos verlo en la Rueda del Destino que nos presenta el Arcano XII.

Sólo en el *centro o fulcro* de la Rueda que todo lo mueve, hay Paz, Serenidad y Beatitud inalterables, como propiedades y cualidades permanentes del Ser, sobre las cuales el Universo se levanta y descansa. Por tanto, ese Centro Inmanente es todo lo que afuera *aparece y deviene* perpetuamente, mudando sus formas y diversamente revistiendo y velando la Realidad Eterna.

Aplicado al placer y al dolor, como básicas experiencias humanas, el Discernimiento nos conduce así a la Filosofía que constituye la esencia de la enseñanza del Buddha.

FILOSOFIA DEL DOLOR

Las *cuatro verdades* que constituyen la esencia del Budismo *originario* son:

1) la *existencia del dolor*, como elemento y factor inseparable de la vida psicosensible, manifestándose especialmente en los fe-

nómenos orgánicos de la *enfermedad*, de la *vejez* y de la *muerte*;

2) el *origen o causa del dolor*, que demuestra hallarse en el deseo personal, que a su vez nace y prospera en el error de la separatividad de cada ser individualizado, producido por la *nesciencia* o Ilusión Fundamental (Avidya);

3) la existencia de un *Camino de Liberación* del mismo dolor, siguiendo el cual éste cesa de afectarnos y dominarnos, siendo su búsqueda el objeto más apropiado para una vida inteligente y sabia;

4) los *medios prácticos* para realizar dicha conquista o liberación del dolor, cuyo conjunto unitario constituye el *óctuple medio* u Octuple Sendero.

Estos últimos son: el *recto entendimiento*, la *aspiración recta*, la *palabra recta*, la *acción recta*, la *manera recta* de vivir, el esfuerzo o *disciplina recta*, la *recta disposición meditativa*, el recto logro o *realización recta* de nuestra esencial identidad con la Unidad Cósmica del Ser (Nirvana o Samaadhi).

En la intención de su fundador, esta filosofía universal y popular, partiendo del reconocimiento de la existencia del dolor y conduciendo a su más sabia superación progresiva y completa, había de sustituir a la religión originaria, basada en cultos, creencias, obligaciones y observancias rituales, con un sistema enteramente racional, adogmático e impersonal. En la práctica, sin embargo, y con el sucederse de los siglos, exaltando la distancia en el tiempo la personalidad de su fundador, se ha vuelto una religión, con sus dogmas, rituales y cultos, no muy disímil de las demás, no más y no menos que éstas útil y verdadera, y en la cual el Buddha mismo ha sido puesto en el lugar dejado vacío por la Divinidad Inefable.

Es, de todos modos, una *nueva versión*, relativamente a-védica, del Yoga clásico u ortodoxo (profesadamente *védico* y evidentemente anterior), coincidiendo su punto de partida —la ignorancia vulgar o falta de discernimiento, causa de todo mal, miseria y dolor humanos—. O sea la búsqueda de los *medios de liberación* (Moxa o Mukti) de la ignorancia y del error, del mal y del dolor, de la enfermedad, de la vejez y de la muerte, y en fin del mismo Ciclo o Rueda Kármica de la necesidad de sucesivas ulteriores existencias terrenales.

Por supuesto, *ocho* también, como las etapas o *angus* del Yoga védico, que reconoce y venera en Isvara (pron. *ishvara*), el Señor, un aspecto humanamente accesible de la Divinidad Trascendente—aunque por encima de toda personificación antropomórfica—, son los medios que sucesiva y coordinadamente necesitan ponerse en práctica, reducidos a su más sencilla y comprensiva esquematización.

El *entendimiento recto*, que se refiere principalmente a las tres primeras verdades básicas para el esfuerzo disciplinado, al que necesitan conducir al discípulo individualmente, y a la comunidad Asociada de los discípulos del Camino Recto (Sangha), a los ojos del Buddha mismo no menos importante.

La *aspiración recta*, que no debe ser egoísta, sino que ha de ser sobre todo un deseo de Pureza y Paz acompañándose con el deseo de la Liberación de toda la humanidad y de la Vida Cósmica en su conjunto.

La *recta palabra*, que es aquella que se basa en la Verdad, y es a la vez *sabia, bondadosa y útil*, o sea un factor constructivo de armonía y cohesión. La *acción recta*, que descansa estrictamente en la Ley Moral, evitando cuidadosamente todo lo que sea causa de dolor y sufrimiento para los demás.

La *vida recta* consiste en ejercer una actividad o profesión *constructiva*, que de ninguna manera sea productora de dolor y sufrimiento, esto es, que esté en entera conformidad y coherencia con la línea ética abrazada.

El *recto esfuerzo*, que tiene por objeto la disciplina de las facultades y poderes de la mente, de manera que cesen, por su indisciplina, de ser impedimentos y se conviertan en medios activos e instrumentos útiles para la Liberación efectiva.

La *recta disposición o meditación recta* (Sammaasati) consiste en la progresiva *estabilización* de la mente, evitando su actividad inquieta y sus oscilaciones, su pasaje constante de una imagen a otra, de un pensamiento a otro, de una idea a otra. Es decir, la práctica inteligente de la *con-centración*.

En fin, el Recto Samadhi es la *justa identificación*, dirigiéndose todas las facultades animicas al despertamiento individual en la plena *conciencia* de lo Real. Estos ocho puntos constituyen un

conjunto indudablemente *coherente, eficiente y suficiente*, además de sencillo y relativamente fácil de comprender.

DOLOR Y PERFECCION

La Filosofía del Dolor, buscando la manera de extinguirlo con eliminar su *causa interior*, conduce, pues, directamente a un sistema de *vida recta* o PERFECTA. Lo cual es lo mismo que decir que toda imperfección nos causa dolor o sufrimiento, los que automáticamente desaparecen en cuanto nos esforzamos hacia un grado mayor de perfección primariamente *interior o moral*.

Es justamente lo contrario de la práctica filosofía común y corriente del hombre ordinario, constantemente en búsqueda de remedios para tal o cual mal, y después de otros remedios para los males que los mismos remedios acarrear, en una cadena ininterrumpida de progresiva y siempre más completa esclavitud... hasta que la muerte es acogida como *verdadera Divina Libertadora*.

En este punto la filosofía corriente de nuestra civilización cristiana y la budista están en antítesis. Pero, por supuesto, no es así si comparamos las enseñanzas originales y esenciales de ambos Grandes Maestros. También Jesús nos enseñó, en realidad, la *liberación o superación* del mal y del dolor, y no tan sólo la "divinización del sufrimiento" —como lo pretenden los teólogos, en su afán de explicar lo que no comprenden— al decirnos: "Sed perfectos como Perfecto es vuestro Padre Celestial". E igualmente: "Mas buscad primero el Reino y su PERFECCION, y todas las demás cosas os serán añadidas".

¡Profundas palabras que habrían de meditar no tan sólo sus sacerdotes y los demás que se dicen *cristianos*, sino igualmente nuestros médicos y nuestros políticos!

Toda imperfección es de por sí un mal, y una causa perenne de dolor y sufrimiento, hasta que sea *superada y eliminada* —destruida en su raíz, infaliblemente productiva y reproductiva— por medio del PROGRESO simple y natural hacia un estado o etapa superior en que deja de existir.

Este *progreso natural* no necesita verificarse en unos cuantos minutos o segundos, como los *milagros* evangélicos y los que aún se cumplen hoy día. Puede requerir días, meses y años, o una entera vida de más o menos completa dedicación, pues siempre

es cierto que *natura non facit saltus*, sino después de haberse previamente preparado y dispuesto con la carrera o esfuerzo preliminar indispensable.

Aunque el cambio efectivo y radical puede tener lugar en un tiempo relativamente infinitesimal, casi como en respuesta a la mágica orden imperativa de *surge et ambula!*, la preparación previa, por medio del deseo y del esfuerzo, como una especie de incubación o acumulación (o germinación fructífera) de *ideas e ideales rectos* y ajustados para ese fin, no puede evitarse ni dispensarse. E igualmente necesario es el ajuste subsecuente (cuando no se haya verificado anteriormente) de la *vida recta*, lo más posible en completa armonía con esos ideales y con esa perfección.

Por dicha razón, aunque en todos los tiempos haya habido y se hayan hecho *milagros*, comparativamente muy pocos son los que logran beneficiarse de la *perfecta visión* restauradora del Taumaturgo, o del Divino Poder de la PERFECCION OMNIPRESENTE, por no haber podido o sabido acumular o desarrollar en sí mismos la *fe salvadora*. Y no todos logran conservarse en la relativa Perfección alcanzada, y que puede ser prematura toda vez que necesite ayuda exterior, por falta de ese ajuste no menos indispensable, que Jesús acostumbraba expresar con las sencillas y significativas palabras: "Vete y no peques más!".

El Esfuerzo *continuado y continuo* hacia la Perfección es, en todo caso y siempre, la cosa más necesaria, y su resultado, en el tiempo requerido para un *crecimiento interior* a la altura de la misma, infalible y seguro. Lo que realmente importa, de acuerdo con la Ley de la Vida, es **ESFORZARSE Y CRECER**.

Aquello que el mal y el dolor, toda forma de sufrimiento y miseria, realmente castigan, son el *estancamiento o falta de progreso*, sobre todo en lo espiritual e ideal. El escaso conocimiento, o reconocimiento, de la Ley de la Vida, que es esencialmente *Amor y Perfección*, lo mismo que de nuestro Ser Intimo, cuya esencial naturaleza es idéntica a la del Principio de la Vida misma, y, por lo tanto, necesita así expresarla, en un afán y esfuerzo de autosuperación incesante, para acercarse siempre más a la propia Perfección Interior.

El *dolor*, tanto físico como moral, toda forma de sufrimiento y condición desagradable, son para nosotros el indispensable aci-

cate que constantemente nos impulsa en sendas de crecimiento y progreso, y en una siempre mayor y mejor armonía con la Vida y su Ley. No podemos evitarlos hasta que logremos identificarnos con el Nirvana de la Suprema Perfección del Ser, pero tampoco debemos y necesitamos sufrirlos pasivamente con estúpida y supina resignación.

El Gran Problema de la Vida no consiste en “aguantarlos” como en *superarlos*, siguiendo el estrecho Camino Ideal de la Perfección que nos indican, a la cual están capacitados para despertarnos. Este es el sentido *vital* del símbolo del puñal para nosotros: los pacíficos constructores de todo Progreso Ideal y necesario.

Todo dolor es el portal iniciático de una Senda de progreso hacia la Perfección, a la cual nos introduce y hacia la cual nos conduce, por medio de la realización:

primero, *negativa* de las relativas imperfecciones actuales que nos DUELEN, precisamente porque necesitamos conjurarlas y superarlas;

y luego, *positiva* de la Perfección Ideal del Ser y del Plan Divino de nuestra vida que está ante nosotros, y con los cuales necesitamos simplemente *cooperar* para movernos en su dirección.

INOCENCIA FILOSOFICA

Por lo mismo que el dolor es una consecuencia natural de nuestras acciones, no digamos delictuosas, sino simplemente impropias e incorrectas, su superación sólo puede ser causativa, por medio de la *acción recta* que acompaña y sigue una intención igualmente “recta”.

Una vez más, simplemente trátase de la *rectitud* que nos indican y puntualizan los símbolos para nosotros familiares de la Escuadra y de la Regla, con las cuales logramos el mayor grado de armonía posible con la Ley o Geometría Cósmica, dentro del Compás de nuestro rayo de acción y de nuestras posibilidades.

La inocencia o *a-kakia*, que indica la rama de Acacia que, aun en este grado, el recipiendario lleva en la mano derecha de la acción, mientras la izquierda sostiene el puñal —o compás cerrado en una conciencia de fundamental *identidad*—, es, pues, algo muy distinto de la primitiva y necia ingenuidad *ignara malis*, anterior

a la simbólica caída edénica, y en contra de la cual es incapaz de defendernos, en el crecimiento o progreso de la Conciencia misma.

A diferencia de la aún infantil inocencia adámica, la Inocencia Filosófica es la que se acompaña con la madurez del Discernimiento: es la Acacia cuya raíz está en la Tumba de Hiram o *primer punto* del Magisterio. Es la que sólo puede madurar en nosotros después de haber gustado y saboreado el fruto del Arbol de la Vida y del conocimiento paralelo y concomitante del Bien y del Mal.

Es el fruto maduro de la Sabiduría que ha reconocido la *raíz* del mal en la propia conciencia que lo resiente, y para la cual tan sólo relativamente existe, como desviación temporal de la Senda Recta del progreso en la acción, ocasionada por una momentánea ceguera mental y moral.

Es la *clara visión* o “clari-videncia” del sutil y perfecto mecanismo de la Causalidad Universal, a la cual necesita obedecer y conformarse todo *devenir*, en las tres dimensiones del Espacio, del Tiempo y de la Conciencia. Ese mecanismo hace que quien es causa directa o indirecta de sufrimiento, tenga a su vez que encontrar y sufrir sus consecuencias, resultados y reacciones, los que, sin embargo, sólo pueden afectarle hasta que haya *superado interiormente* esa capacidad caudativa de sufrimiento, como de las condiciones indeseables.

Así es como de la *muerte* a la vida física y a su perfecta expresión en una línea recta e ininterrumpida de progreso ilimitado —producida por haber comido prematuramente, sin la necesaria preparación previa del conocimiento de la Ley— y del renacimiento en el dolor que la acompaña, en el curso del tiempo, maduran el discernimiento y reconocimiento de la Ley, cooperando conscientemente con ella, *nace* y *crece* en nosotros la Sabiduría que nos hace ir por la senda del Magisterio y de la Liberación.

El primer punto y la primera expresión de esa Sabiduría es, pues, precisamente la Inocencia Filosófica o Ahimsa: la firme voluntad y capacidad de no seguir creando y procurando el Dolor.

FORTALEZA INICIÁTICA

Con la rama de acacia se acompaña la de encina, emblema de *fortaleza*. ¿No es, pues, del nombre latino de la encina o roble (*robor*) que se ha derivado el mismo verbo *roborar* o *roblar*? Fortaleza procede de la *coherencia* de la Piedra Individual del carácter, que, a su vez, denota aquella serena firmeza que sólo puede establecerse sobre el discernimiento de la Verdad.

Esta fortaleza, con la que se consigue vencer a la misma muerte, por medio del dominio regenerador de la propia personalidad, es justamente el resultado de la aplicación de los cinco puntos de la primera etapa del Yoga, llamada YAMA — palabra que es sinónimo de *inhibición, refrenamiento, abstinencia y dominio* sobre uno mismo.

Su primer punto, Ahimsa, es la misma Inocencia Filosófica de la cual acabamos de hablar. El segundo punto, Satyam, es la Verdad en todos sus sentidos: su conocimiento y discernimiento, por medio de un esfuerzo progresivo que hacia la misma *polariza* todas las facultades de la Inteligencia. La *veracidad*, o fidelidad de la palabra, del pensamiento íntimo y también de la imaginación, con lo que sabemos, discernimos y comprendemos. Por fin, aquella firmeza adamantina del pensamiento *establecido* en ella, que se convierte en el poder de su mágica *realización*.

Esta fidelidad a la Verdad y su persecución incansable, su discernimiento y discriminación de toda clase de error, ilusión y apariencia, es aquello que precisamente diferencia el Camino Filosófico, iniciático y realmente científico, de la pasiva aceptación gregaria de cualquier enseñanza autoritaria, dogmática o ideológica.

Nunca debería la *creencia*, y tampoco la Fe, sustituir a la razón y al discernimiento, sino, a lo sumo, esforzarse por seguirlos. La Verdad es, pues, la fundación tanto de la vida como del ser y del carácter: sin ella éstos necesariamente vacilan, y ninguna real fortaleza puede existir y subsistir. Lo que no esté fundado en la Verdad, o que se oponga a su búsqueda y reconocimiento progresivos, inevitablemente tiene que decaer y fallecer, cegado por la hora inexorable del Espíritu del Tiempo, otrora simbolizado por Cronos o Saturno.

Antes que todo, como seres humanos inteligentes, *hijos del Ser*

que es la misma Verdad Suprema, necesitamos *saber*. Y el Pan de la Verdad que, con el Vino de la Vida, son elementos indispensables de nuestro sostenimiento y crecimiento, han de ser lo más posible puros y genuinos. Especialmente exentos de las falsificaciones ideológicas y dogmáticas, que constituyen los verdaderos *opiados*, los que favorecen la sumisión a toda esclavitud, y nos cortan las alas del Intelecto, de las que estamos dotados, para que nos elevemos hacia lo Real, espaciando libremente en su dominio esclarecedor.

PODER DE LA VERDAD

La Verdad es aquello que todo *aclara, comprende y realiza*. Es la Luz Omnipervalente del Ser en cuya diafanidad resplandeciente toda cosa, existencia y ser, todo mundo, ley y fenómeno, todo símbolo, idea y principio, se presentan en su esencia y realidad, en su perfección e inmanencia. Se halla, por lo tanto, unificada con el Origen de todas las cosas, la Vida o Poder que las crea, manifiesta, sostiene y renueva, y su eterno, incesante *devenir*.

Buscando la Verdad nos acercamos a las Fuentes del Ser y de la Existencia y a sus infinitas potencialidades creadoras. Nada puede ocultarse a su pura luz que todo lo aclara *de adentro* y que trasciende, alumbrándolas, toda conciencia y toda inteligencia. No hay oscuridad, laberinto, ilusión o confusión que no pueda y no sepa disolver, orientar hacia su salida, rectificar y ordenar.

¿No es su Luz aquel *verbo viviente* o Logos, creado “en principio por Dios”, la *geometría universal* que revela al Geómetra Eterno, que es en Él y es Él, por cuyo medio y poder “todas las cosas fueron hechas”, y sin el cual “nada de lo que es hecho fue hecho”?

Muy lejos de ser un puro reflejo, un destello evanescente, un producto transitorio y fugaz, una creación tan sólo de nuestra pobre inteligencia, es la Madre Eterna de ésta, al igual que de todo ser y mundo manifiesto. Tan sólo los errores, las mentiras y las ilusiones pueden ser nuestras propias creaciones, exclusivas o comunes.

No puede haber verdadero *poder* sin el *saber* que lo discierne, comanda y domina. Todos los “poderes” que crean poder adquirir sin un grado superior de saber son, por consiguiente, iluso-

rios y ficticios, *otorgados* más bien que *realizados*. Cuando se usen sin el discernimiento necesario, su acción, semejante a un bumerang, hace que se vuelvan en contra de quien los haya impulsado.

Las páginas de la historia nos lo muestran claramente, aunque toda la historia no se lea en ellas. Todo aquel que ha tratado de levantarse y adquirir poder recurriendo a medios ilícitos, y ejerce y trata de conservar su poder de manera injusta y sin el debido respeto para las libertades fundamentales del hombre, está de antemano condenado a perecer violentamente, aun cuando su fin pueda en algunos casos postergarse.

Todos sus conciudadanos y sus víctimas son naturalmente sus jueces, y las circunstancias se hacen moldes receptivos para la acción de la Ley. Las excepciones son tales sólo en apariencia: el hombre no tiene una sola vida y la Ley las abarca todas con su poder determinante. El único camino de salida, en todo caso, consiste en saber escuchar la Voz Interior de la Verdad y conformarse estrechamente con sus dictados.

El imperio del mundo pertenece a la Luz, la Autoridad a quien *sabe*, el Poder a quien *discierne*. No son éstas nunca posesiones y concesiones exclusivas, sino tan sólo oportunidades para *servir* mejor a nuestros semejantes y a la Causa Universal de la Verdad y del Bien. Sólo un espíritu genuino de *servicio* y la efectividad de éste pueden redimir a quien se hizo culpable de lesa humanidad.

En cuanto al *poder real* que emana de la Verdad y la sirve, aunque también tiene sus mártires —víctimas de la Ignorancia y del Fanatismo—, no trae consigo remordimientos, y siempre deja tras de sí un Camino de Luz. Es el mismo Poder Creador Divino, en el cual el Iniciado participa con su conocimiento: el poder de expresar la Perfección de la Unidad, con la cual todo llamado *milagro* queda explicado y se hace posible.

Es el único poder al cual el hombre sabio puede aspirar: aquel que hace del hombre y del iniciado un Santo y Maestro.

LA JUSTICIA DEL REINO

La *perfecta honradez*, que constituye el tercer punto de Yama, no es la pura y simple abstención de toda forma de robo grande o pequeño, y menos todavía de aquellas formas manifiestas de falta de honradez que caen bajo la sanción de las leyes comunes,

o que, de otra manera, atraen el reproche, aunque sea sólo silencioso, o nos alejan la estima debida de nuestros semejantes.

Más aún que de la mera *justicia ante los hombres*, muchas veces simplemente entendida para salvar las apariencias, encubriendo hábilmente la avidez del lobo rapaz, trátase aquí de la exquisita *rectitud interior* que esencialmente busca la íntima satisfacción de un siempre más alto grado de armonía con la Ley Cósmica y, como consecuencia y resultado, con todas las personas con las que tengamos relación.

Es la *honradez del corazón* que busca y se esfuerza por conseguir lo que es debido y mejor *en sí mismo y de por sí mismo*, sin querer ni desear y menos todavía aprovecharse nada de lo ajeno. Y la que evita cuidadosamente lo que puede significar un compromiso indeseable o cualquier forma de dependencia, tanto moral como material. La honradez que procura y mantiene el más alto grado de independencia y libertad.

La palabra *integridad* es otra expresión de una tal honradez íntima y profunda que sostiene la *coherencia y cohesión* del carácter, la misma continuidad de la vida y sus posibilidades de progreso. Es el sentimiento de unidad indisoluble que favorece la más completa comunión y la más armónica relación con el Todo Infinito y Omnipresente, del que nunca dejamos de ser partes y factores indivisibles.

Más aún, es un completo alejamiento de todo sentido y sentimiento de separatividad, que puede inducir a uno a buscar lo propio, aunque sea en detrimento de lo ajeno y en perjuicio de otros. Las únicas posesiones deseadas, y nunca codiciadas, son las que le vienen a uno directa y espontáneamente por la Ley Cósmica, en virtud de sus propios esfuerzos constructivos y actividad creadora, persiguiendo y buscando desinteresadamente el Bien en su más práctica realización.

El cumplimiento de la *perfecta justicia* del Reino, en el cual los Elegidos deben poner todo su celo y discernimiento, está simbolizado primero con el encargo preliminar de buscar y apoderarse de los autores de un crimen particularmente nefando y odioso por la nobleza y virtudes de su víctima ilustre; y luego con la compensación o resultado de la prueba nombrando a los doce Maestros *príncipes* sobre las tribus de Israel.

El pasaje *de nueve a doce* de los números emblemáticos de tal justicia es el pasaje de la década acéfala, con su reintegración, a la Dodécada, por medio de la *sabia elección* que denota el número 11. De manera que los cuatro números siguientes son los que efectivamente *cumplen* la Justicia que simbólicamente representa, como Ley Cósmica y Humana, el Arcano VIII, resultado y semilla de la Octava o Septenario radical, constituido por las primeras cifras.

Primero hay, pues, la *búsqueda* de lo Mejor y Verdadero (número nueve) para que se reintegre la Perfección Decádica. Luego viene la *elección* de lo que sea más conveniente y apropiado (número 11, en el cual la Década se confronta con la Unidad), con lo cual la Justicia se hace efectiva en el Espacio (número 1 o punto básico, en el que se cruzan todos los caminos) y en el Tiempo (el número 2, que une el Pasado al Porvenir). Con lo cual todo es dado en *amor* (1) y *justicia* (2) a aquel al que pertenece.

SUBLIMACION VITAL

El cuarto punto de Yama se refiere a la conservación de las energías vitales y emotivas, lo mismo que a su utilización constructiva, como factor de progreso y regeneración individual.

No podemos al mismo tiempo desperdiciar en una ilimitada variedad de contactos promiscuos las preciosas energías creadoras que se manifiestan en la función sexual, para satisfacer un deseo momentáneo que, a veces, puede acarrear consecuencias desagradables, y tener energías y voluntad suficientes para nuestra cultura y elevación espirituales.

La misma fisiología nos muestra cómo la actividad de la epífisis y de la hipófisis, respectivamente, son en gran parte antitéticas y mutuamente exclusivas. Mientras la hipófisis favorece y estimula la función sexual, la *glándula pineal*, que los antiguos consideraban como asiento del alma —y que es, indudablemente, el órgano cerebral central de la espiritualidad—, representa en nuestro organismo la opuesta tendencia inhibidora: una especie de freno saludable que favorece la conversión de las energías vitales *hacia adentro*, fomentando toda forma de *crecimiento interior*.

En otras palabras, la actividad pituitaria representa en nos-

otros la voz prepotente de la Especie que utiliza al individuo para sus fines de propagación selectiva, y según domine en nosotros nos hace simples instrumentos de sus finalidades, las que, hasta cierto punto, necesitamos obedecer, pero siempre *con discernimiento*.

La pineal es, al contrario, el exponente orgánico de la Individualidad, estimulando la *independencia* del individuo en todos sus aspectos: su afrancamiento del rebaño de la especie y de sus finalidades exclusivas. La actividad pineal constituye, además, el vehículo natural de todas las ideas nuevas y geniales; de toda originalidad creadora, de todo impulso espiritual y regenerador.

La complementaridad de estas dos funciones y la necesidad de su más delicado equilibrio se deben al hecho de que, mientras la actividad pituitaria estimula las secreciones hormonícas, y en particular la actividad gonádica, la actividad pineal vitalmente necesita y consume estas mismas secreciones energéticas, en las que el organismo trata de producir su *quintaesencia*.

Es, por consiguiente, natural que el desarrollo espiritual y la creatividad individual necesiten como *punto de apoyo* indispensable el más alto grado de castidad posible y deseable. Esta no necesita ser absoluta, como lo prescriben todas las órdenes monásticas; pero todo saludable control de uno mismo, sobre este punto, es un factor de progreso espiritual, de armonía social y además de longevidad.

El mismo concepto necesita aplicarse a la concentración y conservación de las energías emotivas, cuyo desperdicio, aun cuando no sea positivamente destructor, es contraproducente para la integridad personal.

Todo deseo que no dominamos nos domina. El deseo es, pues, un león afamado que necesita alimentarse con nuestra propia sangre y vida. Por eso, la primera lucha, prueba o trabajo de Hércules, el Iniciado Solar, es con el León de Nemea, con el cual puede ser necesario luchar cuerpo a cuerpo, para después tener el derecho de ceñirse con sus despojos: con la fuerza acrecida de la Individualidad, debido a su victoria sobre la naturaleza instintiva.

Después de lo cual tiene mayores probabilidades de vencer a la monstruosa Hidra policéfala de la pasión que acecha a los

mortales incautos, para convertir sus vidas en la podredumbre que constituye su natural ambiente. Y, de la misma manera, triunfar en las demás pruebas, destinadas para libertar y poner en el lugar de dominio que le corresponde a la propia Nobleza Divina, o Vida Hirámica.

Este triunfo progresivo y completo es la suma multiplicada de muchos pequeños esfuerzos, así como la capacidad activa de un músculo estriba en la suma combinada de las muchas fibras que lo componen, y la eficiencia de un órgano en el perfecto funcionamiento de cada una de sus células.

Tanto en el dominio de los sentidos como en el de las emociones, el secreto que nos otorga el Cetro del Poder no consiste en el ideal vacío de una constante inhibición, sino en la más sabia utilización *constructiva e integrativa* de todas las energías latentes y activas de nuestra compleja personalidad, asignándole a cada una su precisa tarea y el lugar y los límites que le corresponden.

LIBERTAD ECONOMICA

El quinto punto de Yama es Aparigraha o *desapego*, especialmente con relación a las posesiones materiales, basándose en el hecho de que toda posesión e interés material es un *lazo*, una atadura, que siempre nos quita algo de nuestra libertad e independencia. Sobre todo la atracción predominante hacia las realizaciones concretas, y toda forma de apego a lo que actualmente es manifestado, suele ser un obstáculo para las más importantes y necesarias realizaciones espirituales.

No puede uno dedicar todas sus fuerzas a los intereses soberanos del Reino del Espíritu —de la Verdad y de la Justicia— que todo Maestro Elegido necesita poner en primera línea, mientras sus propios intereses personales lo guíen y dominen. En el Reino, pues, “todas las demás cosas” están comprendidas y *añadidas*, y por lo tanto, en el mismo REINO se encuentra su más real interés, no sólo en lo espiritual, sino también en lo que se refiere a su seguridad y vida material.

Por consiguiente, la Libertad Económica, que sólo puede obtenerse con el desapego en su más alto grado posible —el desapego completo es, necesariamente, *absoluto*—, no es tan sólo

entendida para los ascetas que renuncian a todo, sino también para los más genuinos *obreros* del G. A. que trabajan, de acuerdo con sus propios ideales, para la mejor realización del Plan Cósmico, esperando y recibiendo del mismo el *salario* que a todo obrero corresponde.

En nuestros tiempos se ha hablado y se habla mucho de independencia económica —una cosa imposible, en realidad, además que indeseable—; poco o nada de la *libertad económica*, que es lo más importante y esencial, además de estar en primer término para todos los que entiendan su vital sentido.

En un mundo y en una sociedad basados sobre la *interdependencia*, que es algo como la *fuerza cohesiva* en el dominio material, la independencia es un contrasentido: una cualidad negativa que simplemente denota la falta de comprensión y realización de la más soberana y vital Ley de Solidaridad. Puesto que de todos modos *somos* interdependientes —el Universo, la Vida, el Hombre, la Naturaleza y cualquiera de sus criaturas nunca pueden dejar de serlo—, todo hombre y todo grupo que se jacten de independencia, sólo proclaman su ignorancia y la ficticia y sumamente insegura ilusión en la cual *creen* existir.

Nuestra vida y nuestra seguridad individuales estriban en nuestra *interacción*, y nuestras mejores posibilidades de éxito descansan en nuestros esfuerzos en pos de lo que es *bueno* en sí y deseable para el Bien de todos. La subordinación que hagamos de éstos a nuestro propio interés y conveniencia individuales es una fuerza y un factor negativo que así ponemos en movimiento, que en último análisis tiene que perjudicarnos, así como directamente perjudica la cualidad y utilidad de nuestra obra, actividad o labor, y su *integración* en el Plan Universal.

La verdadera *libertad económica* consiste en el sabio discernimiento que le permite a uno *saber prescindir* de toda consideración de conveniencia personal, al poner por encima de todo la utilidad intrínseca del trabajo que *constituye* su pan de cada día, mucho más que el medio de procurarlo. Lo cual, naturalmente, no significa ser o hacerse víctima de la explotación o codicia ajena, contribuyendo a sostener cualquier forma de parasitismo contraproducente.

Es la libertad espiritual de toda forma de coerción indebida,

la que sólo puede tener fuerza sobre nosotros en proporción de nuestra falta de discernimiento. Y nuestra libertad progresiva, en la misma medida de la claridad de la visión íntima, de todos esos lazos y complejos mecanismos de los que se valen la misma sociedad y los hombres hábiles y faltos de escrúpulos, con objeto de sujetar o servirse para sus fines personales —y, por consiguiente, indeseables— de las especiales capacidades y del trabajo de sus semejantes.

Verdadero Maestro Elegido sólo puede ser realmente quien *sabe elegir*: la misma capacidad y posibilidad de elegir es la medida de toda libertad. Esta sólo puede conservarse sabiendo elegir *lo mejor*, lo cual nunca coincide con “el menor de los males” —invariablemente preferido por la lógica ilusoria de los que carecen de discernimiento espiritual y que de esta manea se atan a sí mismos, abdicando su Divina Herencia en esa red aparentemente inextricable de los intereses creados y procreados.

EL HIJO DE LA LUZ

El Maestro Elegido es un *hijo de la Luz*, así como el Maestro Secreto es *hijo del Silencio* y el Maestro Masón un *hijo de la Muerte*. Muerte y Silencio son las actitudes eminentemente negativas que preparan y predisponen para la realización positiva, representada por la Luz.

¿*Muerte* de qué cosa y para qué cosa? Muerte de lo inferior, mortal, vicioso y negativo; de todo lo que necesita ser *trascendido, superado o renovado*. Abandono de todos los errores, falsos juicios, opiniones, credos y creencias ilusorias; hábitos negativos y destructivos; con objeto de poder renacer a la Verdad, a la conciencia de la Inmortalidad y Perfección del Ser; a una vida y una actividad renovadas; expresando las ideas constructivas que son los *planes* del G. A. .

¿*Silencio* de qué cosa y para cuál objeto? Aquel místico Silencio de los pensamientos, deseos e instintos que constituyen la polaridad inferior de la personalidad y mente humanas, con el objeto de que su polaridad superior, demasiado callada, tenga la posibilidad y la oportunidad de expresarse, manifestar su Presencia Eterna y hacer oír su Voz de Verdad, dentro del Santuario

Intimo de la *conciencia*, recogida en sí misma en el Templo del Alma.

¿Y cuál es la *Luz* que debe iluminar al Elegido, desarrollando su discernimiento y orientando rectamente sus sendas y tareas?

Evidentemente, la *luz de la Vida*, que es la misma *luz de la Verdad* y la mística Luz del Ser. La Luz del Ser, o *Sat*, es la Luz de la Conciencia o *Chit*, trayendo consigo el *anándico* Contenido Profundo y la Calma Serenidad, que favorecen todo crecimiento y progreso interiores.

Una vez más, la *verdadera luz* “que alumbra a todo hombre que viene a este mundo, idéntica con el Verbo de Verdad o Idea Divina, naciendo de aquel *Silencio* de que hemos hablado, y creativamente capaces de renovar el mundo y la vida en su propia *perfección inherente*, que es la Creación hecha por Dios “en el Principio” o Raíz, productiva, conservadora y renovadora de todo ser y cosa.

Salomón, substituyendo a Hiram, simboliza esa Luz como Sabiduría Directora, que guía a los Maestros en las sendas de su propia *elección evolutiva*. Personificación exterior y legendaria, como el mismo Hiram, de una Realidad Omnipresente y universalmente activa, que se descubre interiormente a los Maestros Secretos, que buscan al extinguido Director de la Obra en el Santuario del Ser.

Pero también la simboliza el *rayo* del Discernimiento, representado por el *puñal*, que, en las manos puras y sin mancha de los pacíficos Constructores Ideales “que conocen la *acacia*”, es, al igual que la espada, un arma eminentemente filosófica. Dicha Luz Renovadora, evidentemente mortifica a la maldad del ambicioso Akirop Abibalac, y cumple la Divina Justicia entendida para la *redención y renovación* de todo ser y de toda existencia.

CORAZON FLAMEANTE

Descendiendo el *puñal* simbólico del *Discernimiento Espiritual* en su corazón, enciende en éste naturalmente la Luz Latente, convirtiéndolo en mística llama de *Amor y Verdad*: el Amor de la Verdad que se hace manifiesto en la Suprema Verdad del Amor Cósmico.

El mismo *corazón de Hiram* —o de la Vida Divina en nosotros— buscado en el Grado Cuarto, es aquí, pues, *realizado y vivido*. Es la vital y positiva característica del Elegido, verdadero *corazón ardiente y flameante*, como lo son en su esencia las lejanas estrellas que suavemente alumbran la noche más oscura con un fulgor que ha atravesado el espacio por años y siglos, y millones de años, irradiando igualmente por todos lados, hasta formar una esfera que todo el Cosmos compenetra.

La *ley de los Astros*, la viviente Astro-nomía que vibra en múltiples octavas luminosas, expresando la Música Celestial en un Canto Inmanente de Amor Eterno, que el Maestro Masón se ha esforzado por comprender, es para el Elegido algo más que una teoría que transforma la fría *gravedad* del mundo físico en los términos espirituales de Vida y Amor palpitantes en la Substancia Cósmica, animando sus rítmicos movimientos cíclicos y la mutua atracción de los cuerpos. Es una Ley que especialmente necesita *ser obedecida y realizada* en actividad constructiva y creadora, como nos lo demostró el Arquitecto Hiram, concibiendo y elevando un Templo digno de la Gloria del Ser.

Así como los Astros constantemente irradian y esparcen su Luz, que conquistan penetrando todas las inmensidades cósmicas *para servir* la evolución de todos los seres en millones de millones de mundos, así igualmente el Elegido tiene que esforzarse en su radio de acción y en el compás de su propio discernimiento, trabajando para el Imperio Universal de la Luz de la Verdad y su más amplio *reconocimiento* hasta substituir y desplazar todos los errores, supersticiones y falsas creencias que esclavizan las mentes de los hombres, desviando o reduciendo sus mayores posibilidades.

Trabajando en todo el Dominio de la Luz, del Oriente al Occidente y del Occidente regresando al Oriente, el Maestro Elegido hará que todo Ideal genuinamente *constructivo* sea más universalmente reconocido y seguido, y que todos los errores y las ilusiones —las mentiras convencionales que paralizan los mejores esfuerzos, como la Medusa vencida por Perseo— sean des-enmascarados para quitarles su poder, y así destruir su vida parasitaria. Toda fuerza *integralmente* constructora se halla, pues, en el Recto Camino de la Evolución Cósmica, mientras que las fuer-

zas y tendencias *esencialmente destructoras* —aunque aprovechando, y a veces monopolizando, las actividades constructivas para sus siniestras finalidades— se hallan en la opuesta senda involutiva, y trabajan en contra de la Verdad y de la Libertad, para sostener y fortalecer el error y la esclavitud.

SABIDURIA Y AMOR

Buscar la Verdad como guía o *regla* para la acción, como el criterio que la ajusta y rectifica, de manera que la misma Verdad, una vez reconocida y apropiada, se exprese en Ideal inspirador de una labor digna, en actividad útil y fecunda, en una obra hermosa que, a la vez, satisfaga la mente y el corazón. He aquí la esencia de la Masonería, como Filosofía Iniciática que se adquiere por grados sucesivos, esencialmente entendida para *eleva*r, *ennoblecer* y *purificar* la acción, añadiéndole *virtud* y *poder*.

En una época como la actual, básicamente utilitaria, en la cual las grandes masas humanas, creyendo poder así mejor perseguir sus intereses, son presa fácil de *ideologías* comprendidas por mitad y pensadas vicariamente, que descansan en la lógica capciosa de sus *fin*es sólo aparentemente humanos —y para los cuales todos los *medios* se juzgan apropiados—, la más vital necesidad es, evidentemente, la de tener Ideales *integralmente constructivos*, tanto en sus fines como en sus medios, descansando en el discernimiento de la Verdad, más bien que en las falaces ilusiones de la apariencia y de supuestas leyes materiales que gobiernan el mundo, la vida y la historia.

Las Cruzadas Ideológicas, de las que mucho también se habla hoy día, son difíciles de combatir y resultan incapaces de vencer, cuando no tengan otra base más segura que otro *dogma*, político o religioso, que sus adversarios de antemano califican de soporífero ilusorio, aun cuando la infusión que ellos mismos presentan como Verdad, de confección más moderna, sea de calidad mucho peor, como lo demuestra su penosa digestión.

Lo que necesitamos son *ideales* y *verdad* que substituyan todas las ideologías y todos los dogmas, pues trocando unos con otros no hay ninguna verdadera ganancia y progreso, sino el círculo vicioso de una perenne esclavitud que se vale de ellos para rematar,

aun cuando proclame y pretenda aflojar o quebrantar, sus cadenas.

En el claro umbral de un nuevo milenio, en el cual hemos entrado con la segunda mitad del siglo XX, nuestra Institución dos veces y medio centenaria tiene que hacerse intérprete de esta universal necesidad: de la *verdadera luz* que disipe las tinieblas de una ignorancia que la Ciencia demasiado joven y todavía incompleta, a pesar de sus grandes conquistas en el terreno práctico y experimental, se ha demostrado incapaz de aclarar. Y de aquel poderoso dinamismo psicológico que la Verdad engendra en el alma humana, y que nosotros representamos simbólicamente por medio de la Estrella Flameante.

Sólo la Verdad puede realmente guiarnos, sólo los Ideales pueden alumbrar la senda constructiva de un progreso real y seguro. Sus *substitutos* no sirven: de ninguna manera pueden libertar a la humanidad de sus milenarias cadenas, sino que tan sólo logran empujarla en la senda suicida de la mutua destrucción, que puede alcanzar las proporciones más pavorosas, y que, aun como simple experimento, deberíamos tratar de alejar con todas nuestras fuerzas.

Si acaso fuera posible, la *victoria* de las que se apellidan Democracias, y que lo son por sus ideales —aun cuando éstos no se realicen de una manera suficientemente efectiva en el campo político, social y económico—, en contra de todos los totalitarismos, pasados, presentes y futuros, nos costaría demasiado cara en términos de vida y de libertades, sin garantizarnos que ese peligroso enemigo al que tratamos de vencer y destruir como todas las ilusiones externas, como el molino de viento del Quijote, no renazca y se regenere mañana en nuestro mismo medio, aprovechando el inevitable desajuste que resultaría de esa lucha.

La que necesitamos es la Victoria de la Humanidad, de sus *sentimientos* más nobles, de sus *ideales* más exaltados y perennes, de su Divina Inmortal Naturaleza, de los cuales todo Héroe o Elegido es un campeón. Necesitamos la Victoria de la Religión, por encima de todas las divisiones y falsedades de sus dogmas *humanos* en el sentido más bajo de esta palabra: la Victoria de la Religión Universal de la Humanidad, Madre de todos sus Profetas y Redentores, de todas sus reformas y reformadores, a los que, sin embargo, *preexiste*. Aquella Religión como la entendía

Ramakrisna, en la cual Paganismo y Cristianismo, Budismo e Islamismo, Hinduismo y Judaísmo, comulgan en la Unica y Suprema Verdad.

No necesitamos nuevos templos y nuevos dioses, y mucho menos las modernas farsas de canonizaciones espurias y anacrónicas y las innumerables formas de servilismo indigno, impuesto de arriba y con el látigo en la mano, las adoraciones indecentes y sacrílegas de los iconoclastas de ayer. ¿Cuál Templo es más majestuoso que el Universo, con su bóveda espacial en donde la Luz pasa a través de millones de millones de años, en donde el G. A. se nos presenta como Ser Supremo, Viviente Verdad y Construcción Perenne?

Pero, si necesitamos mucha más *comprensión* y *discernimiento*, una *visión* más profunda y una *pasión* más intensa y duradera. Necesitamos *saber* y *ser* algo más que lo que creemos y pretendemos. Necesitamos encontrar al Inmortal Maestro Hiram dentro de nosotros, en nuestras vidas y en su Ideal Animador, después de haber buscado inútilmente sus despojos por todos los rincones de la tierra, en los residuos, supersticiones y reliquias de todas las tradiciones antiguas.

Todo esto, y mucho más aún, que la meditación descubrirá al hermano lector, significa, expresa y trata de despertar este grado masónico de Maestro Elegido. Este grado eminentemente *positivo* y *realizador* que nos enseña la necesidad de *obrar sabiamente*, en plena armonía con nuestras íntimas convicciones e ideales, alimentando a aquéllas con la Verdad, y a éstos con la *virtud activa*.

La Masonería es la depositaria excelsa, en sus símbolos venerables que reflejan y conservan todas las tradiciones de todos los tiempos, de la Unica Verdadera Luz: en Ella debemos buscar nuestros Ideales y nuestra más ajustada *orientación*, en lugar de profanar el Templo, como muchos desgraciadamente hacen, con luces prestadas y verdades efímeras.

CONCLUSION

Habiendo llegado al término de este quinto *Manual* de la serie interpretativa de los grados masónicos, el lector erudito en esta materia juzgará hasta qué punto hemos logrado la tarea que nos habíamos propuesto de *demostrar la unidad* de un Grado masónico e iniciático que hallamos fraccionado en su presentación escocesa, al mismo tiempo que nos hemos esforzado en explicarlo y justificar su simbolismo, que mucho se presta a las más equivocadas interpretaciones, y no solamente entre el mundo profano.

Simbolismo y escocesismo (vulgarmente dicho *filosofismo*) han vivido hasta ahora juntos, como han podido, buscando un *modus vivendi* que fuera satisfactorio para ambos, y así, componiendo y ajustando los muchos conflictos que han tenido en este tiempo. Dos siglos, si los contamos a partir de ese férvido período de elaboración y presentación primera de los grados *superiores*, especialmente en Francia, y, como reflejo, segunda en los países colindantes, en la tempestuosa mitad del siglo XVIII. Siglo y medio, si preferimos partir de la fundación en América del primer Supremo Consejo del 33º y último grado, atribuyendo sus Grandes Constituciones al extinguido Emperador de Prusia, que se había honrado de ser un simple *Maestro Masón*.

La aceptación inmediata, y subsiguiente asombrosamente rápida propagación de ese sistema *nuevo*, a pesar de su calificación de *antiguo y aceptado* —que sólo hoy puede relativamente justificarse—, es un fenómeno histórico que sólo puede explicarse con el hecho de que respondía a una *real necesidad*, en ese momento favorable a comienzos del Nuevo Siglo en que fue lanzado. A su éxito contribuyó, sin duda, la hábil táctica, característicamente *americana*, que hizo tragar fácilmente la píldora dorada de su

creación y promulgación por un Emperador Masón que la posteridad ha llamado *grande*, con el reclutamiento inmediato y honroso en el último grado de todos los simples masones que podían y querían trabajar para su difusión.

Hoy día puede iustamente decirse que, con la notable excepción de la madre Albión y de sus colonias fieles, y de algunos otros países tradicionalistas, el escocesisimo *innera* en dondequiera que se ha difundido y está permitida la Masonería.

22 de tales Supremos Cuernos se reconocieron mutuamente, definiendo la Unidad del Rito y su respectiva jurisdicción en el Convenio de Lausana del 22 de setiembre de 1875, aun hoy considerado como su más notable Landmark.

Pero, al mismo tiempo y prácticamente en dondequiera, las organizaciones puramente simbólicas de los tres grados más universales han convenido en afirmar y reafirmar constantemente su propia absoluta *soberanía e independencia*, tanto administrativa como legal y moral. De manera que, descuidando las disensiones en ambos campos y los Ritos subsidiarios, la Unidad Masónica resulta prácticamente dividida entre dos poderes y autoridades, cuya relación sigue siendo aún de *mutua tolerancia* mucho más que franca cooperación.

¿Es posible y deseable un grado mayor de *unidad y cooperación*? Esta pregunta, a nuestro juicio, mirando al presente como punto de partida para el futuro, habría de acompañarse con otra que, tal vez, le antecede: ¿Responde la actual organización masónica, tanto en el campo de los *primeros* tres grados como en el de los grados *superiores*, posteriormente adjuntos, como un interesante y útil experimento, a las necesidades presentes y futuras de la Orden, sobre todo desde el punto de vista de una más apropiada y compacta *acción social*, en armonía con sus postulados de Libertad, Igualdad y Fraternidad?

Los tres grados masónicos esenciales han sido probados infinitas veces y de distintas maneras, demostrando su plena eficiencia y su *casi* suficiencia en todas las circunstancias. Lo demuestra el hecho de que, en estos tres últimos siglos de vida *masónica* propiamente dicha, siempre se ha tratado de construir sobre estos grados, que a su vez siempre se han esforzado en afirmar su soberana independencia.

¿Es, entonces, el escocésismo, con sus 30 grados nominalmente adjuntos, una superfluidad indeseable, cuando no directamente contraproducente, con relación a la pura y sencilla Masonería, Primitiva y Fundamental?

Muchos buenos y sinceros masones así lo piensan y creen tener sobradas razones para hacerlo. Pero nunca lograron ni nunca lograrán impedir que *otros grados*, superiores cuando menos en la intención, se introduzcan entre los Maestros y logren su aceptación y reconocimiento.

Por otro lado, el sistema escocés, aunque se le haya aceptado y se le siga aceptando con supina pasividad, siempre se ha prestado y naturalmente se presta a muchas críticas, tanto por su administración como por su constitución, y más de una vez ha contribuido a desacreditar a la Orden.

Sus 33 grados son en la práctica, en su gran mayoría, nominales: un penoso laberinto de símbolos, edades, signos, toques y palabras, y un acopio de mandiles, collarines, bandas y distintivos cuya existencia es las más de las veces no menos simbólica, en el sentido más vulgar de esta palabra. Y la manera en la cual tales grados se coleccionan y administran es mucho menos cuidadosa y más arbitraria de lo que sucede con los primeros tres.

Por consiguiente, y para que sean *un útil y deseable complemento* de éstos, está fuera de duda que necesitan *simplificarse y dignificarse* para ser mejor *entendidos y practicados*. Necesitan reducirse, de una vez por todas, a los que, en estos dos siglos, han demostrado *mayor vitalidad, utilidad y eficiencia*.

La Masonería es una Institución Progresista, cuya mirada se fija constructivamente en el futuro, para el cual esencialmente *trabaja*, en plena conciencia y conocimiento de todo el pasado humano e iniciático. En este espíritu, y para que los II.°. HH.°. que nos leen lo mediten, presentamos a la vez en estos Manuales nuestra interpretación de la *substancia vital e iniciática* de los grados superiores, haciendo de igual manera hincapié en los más esenciales de ellos.

INDICE

Prefacio	7
Al Maestro Elegido	11

PARTE PRIMERA

EL GRADO DE ELEGIDO EN SU CORRELACION CON LOS GRADOS ESCOCESSES QUE LO PRECEDEN E INTEGRAN	15
El Primer Novenario	16
Maestro Perfecto	17
Secretario Intimo	18
Preboste y Juez	20
Intendente de Edificios	22
Elegido de los Nueve	24
Elegido de los Quince	27
Sublime Elegido	29
Los Nueve Maestros	31
El Grado de Elegido	33
El Rito Francés	35
Valor de la Leyenda	39
La Justicia del Reino	41
Mitos Antiguos	42

PARTE SEGUNDA

SIMBOLOGIA DE LA CEREMONIA DE ELEVACION	44
La Cámara Negra	45
El Poder de la Decisión	46
El Velo Rojo	47
La Rama de Acacia	49
Identificación de los Asesinos	50
Los Nueve Elegidos	51
Johaben	52

Lucifero	54
El Viaje	55
Camino de las Sombras	56
La Estrella de la Tarde	58
La Caverna de la Ambición	59
El Puñal y la Estrella	61
La Fuente Cristalina	63
Las Tres Cabezas	65
La Triple Victoria	66
El Héroe Solar	67
Mitra y sus Misterios	69
Regreso a Jerusalén	72
La Fuerza de la Paz	73
Fuerza y Pureza	74
La Calidad de Elegido	77
La Rama de Encina	78
Obligaciones	79
La Vida Interior	81
Consagración	83
Emblemas Distintivos	84
Signos Característicos	85
Compañerismo Solidario	87

PARTE TERCERA

FILOSOFIA INICIATICA PARA EL GRADO (O LOS GRADOS) DE ELEGIDO	89
La Dualidad Inicial	89
La Lucha Eterna	91
La Luz Triunfadora	93
Ternario y Cuaternario	95
El Nacimiento de la Vida	96
El Arco y la Bóveda	97
El Número 5	98
El Pentagrama Humano	101
El Arquitecto del Templo	103
La Palabra	104
La Búsqueda	105
Caída y Ascensión	108
Progreso Equilibrado	110
La Estrella	111
Los Tres Arcanos	114
El Número 12	117
El Zodíaco	119
Los Doce Signos	121
Los Doce Dioses	124

ÍNDICE

Las Doce Tribus	126
Los Doce Trabajos	128
El Drama Zodiacal	132
La Gran Obra	134
El Dodecaedro	136

PARTE CUARTA

APLICACION MORAL Y OPERATIVA DEL SIMBOLISMO DEL GRADO DE MAESTRO ELEGIDO	139
Discernimiento	140
Magisterio del Dolor	142
Dolor y Placer	144
Filosofía del Dolor	145
Dolor y Perfección	148
Inocencia Filosófica	150
Fortaleza Iniciática	152
Poder de la Verdad	153
La Justicia del Reino	154
Sublimación Vital	156
Libertad Económica	158
El Hijo de la Luz	160
Corazón Flameante	161
Sabiduría y Amor	163
CONCLUSION	166